

Compromiso fingido

LEANNE BANKS

Compromiso fingido

Leanne Banks

1º Serie de película

2009

Argumento:

De la noche a la mañana, se encontró prometida a un extraño

Años después de huir de Hollywood, la actriz Gwen McCord se enfrentaba a su papel más difícil. Luc Hudson, un magnate de la industria del cine al que no había visto nunca, anunció su compromiso con ella. Y, para colmo de males, se instaló en su refugio de Montana, donde ella se creía a salvo de la vorágine mediática de Los Ángeles. Obligada a seguir con la farsa para proteger a su hermana, Gwen se vio inmersa en un mundo de estrenos, promociones y juegos de poder. Sin embargo, el auténtico peligro estaba en sucumbir a los encantos del jefe de publicidad de Hudson Pictures.

Prólogo

—Apuesto mi Ferrari —dijo Devlin Hudson.

La habitación olía a humo de puro, a rivalidad fraternal y también a whisky del caro.

—Vendiste el Ferrari —le dijo Luc, recolocando las cartas que tenía en la mano—. Apuesto mi whisky añejo de veinticinco años.

—Bueno, no es más que un tecnicismo —contestó Devlin, dándole una calada al puro—. Paso.

—Tus cartas deben de oler como tus pies —dijo Luc.

Max Hudson le dio un sorbo a su copa.

—Yo voy.

Su primo, Jack Hudson, mascculló un juramento.

—No ha dicho mucho. Eso quiere decir que tiene algo gordo.

Jack era muy buen fisonomista, pero Luc sabía que Max podía tirarse un farol delante de cualquiera de ellos.

—Eso es lo que quiere que creas.

Max miró a Luc de reojo.

—Tu psicología barata de relaciones públicas se te ha subido a la cabeza.

—Lo que tú digas —dijo Luc—. Yo sé cuándo me están tomando el pelo.

Jack miró a Luc y después a Max.

—Voy, y añado mi Patrón.

—Estás acabado —dijo Luc.

—Cierra el pico —replicó Max. Devlin gruñó.

En ese momento sonó el móvil de Luc.

—Oh, no. ¿Es otra de tus jovencísimas novias? —preguntó Jack.

—A él le van las más jovencitas —dijo Max, que estaba de acuerdo.

—Las mayores saben demasiado —intervino Dev.

—Luc Hudson —dijo al teléfono.

—Soy el agente Walker del Departamento de policía de Los Ángeles. Le llamo de parte de la señorita Nicki McCord. La han detenido por conducir ebria y ha pedido que lo avisaran —el hombre se aclaró la garganta—. No se encuentra bien en este momento.

Luc se puso en pie.

—¿Adonde la llevan?

El agente le dio la dirección.

—Señor, iba en sentido contrario por una calle de un solo sentido y estuvo a punto de chocar con una familia que volvía de Disneylandia.

Luc se pasó la mano por el cabello y sacudió la cabeza.

—Llegaré tan pronto como pueda —dijo y colgó el teléfono—. Lo siento. Es Nicki McCord. Tengo que irme.

—Conducción en estado de embriaguez, ¿no? —dijo Devlin.

Luc asintió.

—Maldita sea —dijo Max—. ¿Qué vamos a hacer con la precampaña para *Sala de espera*? Se suponía que Nicki iba a empezar la gira de promoción la semana que viene.

—Si hubieras tratado con su hermana Gwen… —dijo Jack—. He oído que es muy profesional.

—Sí, pero dejó plantado a su marido durante su última película —afirmó Devlin.

—Con Peter Horrigan, nunca se sabe cuánto hay de verdad.

A Luc se le acabó el buen humor.

—Voy a tener que averiguar algunas cosas.

—Tú eres el que siempre resuelve todos los problemas —dijo Devlin—. Ve y haz lo que mejor se te da.

Capítulo 1

—Soy Luc Hudson. Su hermana ha sufrido un contratiempo.

A Gwen McCord se le cayó el corazón a los pies al mirar a aquel hombre alto y apuesto que la observaba con unos penetrantes ojos azules desde el porche.

—¿Se encuentra bien? ¿Está…? —preguntó, temiéndose lo peor.

—Está viva —afirmó él y señaló la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Claro —dijo Gwen, apartándose el pelo de la cara

Se hizo a un lado y apartó a June, su perra, del umbral.

Aunque la preocupación por Nicki absorbiera todos sus pensamientos, no pudo evitar fijarse en la impresionante estatura de aquel hombre. Olía a cuero de primera calidad y a algo más; un aroma masculino y poderoso.

Miró hacia fuera y vio el todoterreno aparcado delante de la casa. Para que uno de los Hudson, una de las familias más influyentes de Hollywood, se hubiera dignado a hacerle una visita en su rancho de Montana, algo horrible debía de haber ocurrido.

A Gwen se le agarrotó el estómago.

—Por favor, dígame lo que sea. ¿Está en el hospital?

—No, está en rehabilitación —dijo Luc—. La arrestaron por conducir ebria. Iba en sentido contrario en una calle de sentido único. La policía dice que iba casi a 190 kilómetros por hora y estuvo a punto de tener una colisión frontal con una familia que venía de Disneylandia.

—Oh, Dios mío —dijo Gwen, consternada.

Unos repentinos mareos la hicieron tambalearse, pero los fuertes brazos de Luc la sostuvieron en el aire.

—¿Quiere sentarse? —le preguntó, mirándola a los ojos.

Ella asintió.

—Sí, gracias.

Luc la condujo hasta un mullido sofá del salón.

—¿Dónde está la cocina? Le traeré un poco de agua.

—Está al final del pasillo —dijo ella, apoyando la cabeza en las manos, castigándose a sí misma.

«Si Nicki me hubiera escuchado…», pensaba.

Muchas veces le había pedido que se tomara la vida con más

calma, pero Nicki jamás le había hecho caso. Su hermana pequeña estaba decidida a llegar a ser alguien, de una forma u otra, pero en los últimos meses se había hecho mucho más conocida por su delirante vida nocturna que por sus dotes interpretativas.

En ese momento Luc regresó con el vaso de agua y, al verla hacer el amago de levantarse, sacudió la cabeza.

—Todavía está muy pálida —le dijo.

Ella bebió un sorbo de agua y respiró con dificultad.

—Debería ir a verla.

—No puede. Nadie puede verla durante el período de desintoxicación.

Ella lo miró fijamente.

—¿Ni siquiera un miembro de su familia?

—Nadie. Fue una de las condiciones para que pudiera entrar. La clínica tiene unos índices muy bajos de recaídas.

Incapaz de seguir sentada, Gwen se puso en pie.

—Intenté que parara. Incluso conseguí convencerla para que pasara unos días aquí conmigo, en el rancho. Esperaba que el aire fresco y la tranquilidad la ayudaran a olvidarse de las fiestas, pero sus amigos no hacían más que llamarla y mandarle mensajes de texto. Al final se puso impaciente y se marchó. Le hice prometer que tendría más cuidado.

—Ahora tendrá la ayuda que necesita.

Gwen trató de contener las lágrimas.

—He fracasado con ella. Debería…

Luc le puso una mano en el hombro.

—Ya es adulta, y es libre de hacer lo que quiera, esté bien o mal. No puede controlar todo lo que hace.

Gwen sabía que Luc tenía razón. Ella le habría dicho lo mismo a cualquiera que estuviera en esas circunstancias, pero eso no atenuaba la culpa y la impotencia que la carcomían por dentro.

Respiró hondo y entonces sintió una profunda gratitud hacia los Hudson. Ellos habían llevado a su hermana a un lugar seguro.

—Muchísimas gracias por haberos ocupado de ella. Me gustaría haber estado allí para ayudarla, pero ahora sé que tiene quien la ayude. Podría haber sido mucho peor.

El asintió con la cabeza y entonces la miró con detenimiento.

—Todo el mundo quiere que Nicki se recupere. El problema es

que esto ha ocurrido en un momento difícil para Hudson Pictures. Nicki se estaba preparando para hacer la promoción de *Sala de espera*. Su estancia en la clínica podría dañar la imagen de la película en los medios.

Gwen llevaba años fuera de ese mundo, pero aún recordaba muy bien toda la parafernalia de relaciones públicas: las entrevistas con los medios, los eventos, las ruedas de prensa, las premieres, las apariciones públicas…

—Es difícil —dijo y se encogió de hombros—. Pero si mi hermana está en rehabilitación, no se puede hacer nada.

Luc la miró con determinación y firmeza.

—No estoy de acuerdo —le dijo en un tono aterciopelado, pero implacable—. En este caso, la prensa necesita una distracción. Anoche, después de ocuparnos de Nicki, tuvimos una reunión de emergencia y encontramos una solución.

Gwen se encogió de hombros, sin entender el propósito de aquella conversación. Su mayor preocupación era Nicki, y no la productora de una célebre estirpe de magnates de la industria del cine.

—Me alegro.

Luc esbozó una retorcida sonrisa cargada de sarcasmo.

—Ya veremos —su sonrisa se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos—. Para desviar la atención de Nicki, dimos un comunicado a la prensa ayer por la noche. Anunciamos que usted y yo estamos comprometidos.

Gwen se quedó atónita y parpadeó varias veces.

—Lo siento, pero creo que no he entendido bien —le dijo, sacudiendo la cabeza.

—Por lo que respecta a la prensa, estamos comprometidos.

Gwen volvió a negar con la cabeza, aún más deprisa.

—Oh, no, desde luego que no. Ni siquiera lo conozco. Y no quiero conocerlo —añadió para resaltar su negativa—. Hace muchos años que dejé Hollywood y lo hice para alejarme de ese mundo falso y delirante. No…

—Ya está hecho —la interrumpió en un tono intransigente—. Si no quiere que la reputación de su hermana se vaya al traste, debe cooperar.

La frialdad cortante de aquella voz hizo mella en la decisión de

Gwen. Contempló aquellos ojos profundos y entonces vislumbró una crueldad que la hizo estremecerse.

—Eso suena casi a chantaje.

—Llámelo como quiera. Soy bueno, pero no puedo hacer milagros. Su hermana ha armado una buena, y alguien tiene que pagar por ello. Su falta de madurez y disciplina ha puesto en peligro la promoción de la película.

Gwen apenas podía aguantar las ganas de salir en defensa de su hermana.

—Usted no tiene ni idea de lo que ha pasado Nicki. Cuando nuestros padres se divorciaron pasó por unos momentos muy duros. De hecho, casi habría sido mejor que se quedara huérfana, teniendo en cuenta la atención que le prestaban nuestros padres. Lleva muchos años luchando contra esos recuerdos, intentando reparar el daño.

—Y para eso está la terapia —dijo Luc—. Nadie tiene una vida perfecta. En algún momento tenemos que crecer y hacernos responsables de nuestra propia vida y de lo que queremos. Y a Nicki ya le ha llegado ese momento.

Aunque hubiera algo de verdad en sus palabras, Gwen no podía perdonar semejante falta de compasión.

—Es muy fácil decirlo cuando se tiene una vida perfecta. Supongo que la suya no anda muy lejos de serlo. Los Hudson son perfectos y poderosos.

Él le lanzó una sonrisa amarga.

—La razón por la que cree que somos perfectos y poderosos es que yo sé hacer muy bien mi trabajo con la prensa. Y eso es lo que estoy haciendo en este momento para proteger nuestros intereses y los de su hermana.

Gwen montó en cólera.

—Buen intento, pero no creo que funcione. No creo que haya nadie interesado en mí a estas alturas —dijo—. Ya no estoy bajo los focos de Hollywood. Por lo que respecta a los paparazzi, llevo una vida muy aburrida y tranquila rescatando caballos en el rancho de mi tío. Y eso es lo que tengo intención de seguir haciendo.

—Una vez más se equivoca. Usted fue la niña bonita de Hollywood. Las mujeres la envidiaban y los hombres la deseaban. Su última película se estrenó hace un año y se espera que el DVD,

que sale dentro de dos semanas, rompa récords de ventas.

Gwen masculló un juramento silencioso.

—Entonces, hablando en términos de relaciones públicas, soy una de las sensaciones del momento —dijo, sintiéndose impotente. Aquel ardid mediático ya empezaba a agarrotarle los miembros como si fuera una camisa de fuerza—. Pero no funcionará. Tengo un rancho.

—Me voy a quedar en el rancho durante un tiempo y después haremos una estruendosa aparición pública en Los Ángeles dentro de unas semanas.

A Gwen le dio un vuelco el estómago.

—No podría fingir ser su adorable prometida ni dos segundos.

—Ganó un Globo de Oro y la nominaron para los Oscar. Esto será pan comido.

—Pan comido —repitió Gwen en un tono incrédulo—. Bien podría haberme prometido con el demonio. Una vez me casé con un hombre que sólo me quería para… —se detuvo.

Había heridas que aún no habían cicatrizado.

—No voy a volver a fingir.

—Lo hará, por su hermana —le dijo Luc.

Furiosa, ella fue hacia el armario y sacó sus botas. Era un buen momento para limpiar los establos. Tenía que quemar la energía que amenazaba con hacer erupción en cualquier momento.

—¿Dónde quiere que me quede mientras esté aquí? ¿Tiene habitación de invitados? —le preguntó Luc.

Gwen se mordió el labio y reprimió las respuestas soeces y groseras que le venían a la mente.

—Sé que preferiría que me quedara en el granero —le dijo él con una amarga carcajada.

—Oh, no. No querría hacer sufrir a mis caballos —dijo ella—. La segunda puerta a la derecha del pasillo. Tiene un camastro de hierro y una alfombra de piel de oveja en el suelo. Puede usar esa habitación —dio media vuelta y salió de la casa con aires de satisfacción.

Luc llevó la maleta a la habitación y, al entrar, miró a su alrededor. Estaba en un dormitorio completamente pintado de rosa, con estampados florales tanto en las cortinas como en la ropa de

cama.

La habitación de una chica, o de una niña… A punto de sufrir una reacción alérgica, se frotó los ojos y trató de no mirar los encajes que decoraban las fundas de las almohadas y los bordes del cubrecama.

¿Cómo iba a concentrarse para trabajar en esa habitación? La cómoda estaba llena de accesorios y utensilios femeninos, desordenados y puestos de cualquier manera; algo que Luc no podía soportar. El desorden no era para él y, por ello, su trabajo consistía en arreglar los líos de otros. Y ése era el motivo por el que estaba allí.

De pronto pensó en la mujer que lo iba a ayudar a montar aquella farsa. Era mucho más impactante en persona que en la gran pantalla. El más mínimo cambio de emoción se reflejaba intensamente en sus expresivos ojos, y era bastante difícil dejar de mirarla. El siempre había sido buen fisonomista, pero Gwen era demasiado complicada.

No había sido necesario leer su informe. La historia personal de las estrellas de Hollywood era de dominio público gracias a las revistas y los periódicos. Se había rumoreado que una aventura con un compañero de reparto había desencadenado la ruptura de su matrimonio con uno de los grandes productores de Hollywood.

Y entonces había desaparecido.

Pero su talento y belleza, no; ni tampoco la sensualidad latente que ardía bajo aquella coraza insensible.

De hecho, el mismo Luc se habría sentido tentado de conocer los secretos de Gwen fuera y dentro de la cama si no se hubiera sabido tan bien la lección: salir con actrices nunca era una buena idea.

En ese momento sonó su teléfono móvil.

Era Max.

—Oye, ya está hecho —le dijo.

—Quería asegurarme, como no me has llamado…

—Me llevó un poco más de lo que esperaba alquilar el todoterreno. El rancho de Gwen está en el fin del mundo. Es evidente que quería olvidarse de Hollywood para siempre.

—¿Y qué tal se lo tomó?

—Depende de la noticia —dijo Luc, mientras intentaba encontrar la forma de abrir las cortinas—. Lo de Nicki la afectó

mucho. Quería ir a verla.

—Pero te ocupaste de eso, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué tal se tomó lo del inminente compromiso?

Luc frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Hay que ver qué cosas hago por el negocio familiar. Digámoslo así: me alegro de que no hubiera ningún objeto cortante cerca de nosotros cuando se lo dije.

Max soltó una carcajada.

—¿Quieres decir que no se moría por comprometerse con uno de los solteros más codiciados de la ciudad?

—Te lo estás pasando muy bien, ¿verdad?

—A lo mejor tú también podrías si jugaras bien tus cartas. Gwen McCord es muy atractiva. Hace algunos años una revista la nombró la mujer más sexy del mundo. ¿Cómo se llamaba?

«Varias revistas», pensó Luc.

Recordaba una foto en particular, tomada durante el rodaje de una de sus películas. Llevaba una camisa de hombre medio desabrochada, y nada más. La instantánea dejaba entrever una generosa parte de su inmaculado escote y sugería unos turgentes pezones, además de mostrar unas piernas kilométricas. Aquella imagen había alimentado las fantasías de millones de hombres.

—Ahora mismo no está muy sexy que digamos —dijo Luc, ahuyentando la imagen de su mente—. Está furiosa conmigo y con todos los Hudson.

—Oh, ¿pero es que se ha vuelto fea?

—No —dijo Luc, exasperado—. Aún es guapa, pero está muy molesta por lo del compromiso.

—Debería estarnos agradecida por haber logrado que la loca de su hermana entrara en rehabilitación tan rápido.

—Y lo está. Pero no quiere verse en el punto de mira de la opinión pública de nuevo —al abrir el armario lo encontró vacío y entonces sintió un gran alivio. Ahí podía guardar todas las cosas que estaban sobre la cómoda.

—¿Crees que seguirá adelante con ello? —le preguntó su hermano.

—No tiene elección. Por eso está tan molesta —dijo Luc—. Pero su frustración no tiene importancia siempre que colabore.

—Ya he oído ese tono de voz antes. Y no sé si sentir pena por ti o por ella.

—Por mí no tienes que sentir ninguna pena —dijo Luc, mirando las paredes de color rosa y apretando los dientes—. Yo sé cuidar de mí mismo.

Después de limpiar los establos y dar de comer a los caballos, Gwen regresó a la casa, todavía molesta, pero tranquila. Dejó las botas delante de la puerta de entrada y, de camino al dormitorio, percibió un agradable aroma que salía de la cocina. La puerta de Luc Hudson estaba abierta. Miró dentro… y por un instante no pudo creer lo que veían sus ojos. Luc estaba sentado frente al portátil, pero las cortinas ya no estaban, ni tampoco las almohadas, por no hablar de las Figuritas y cofres de porcelana. Incluso los cuadros que colgaban de las paredes habían desaparecido. Una manta oscura que debía de haber sacado del armario del pasillo cubría la cama. Las ventanas estaban descubiertas.

Gwen entró en la habitación.

—¿Dónde están…?

—En el armario —dijo él sin dejarla terminar. Se puso en pie—. He hecho algunos cambios provisionales. Lo volveré a dejar todo donde estaba cuando me vaya. Aunque la decoración era… encantadora, era fácil distraerse con ella. Tengo que concentrarme en el trabajo.

Ella miró las desnudas ventanas y asintió.

—De acuerdo —le dijo, pensando que siempre lo despertarían los primeros rayos de sol.

Pero eso no era asunto suyo.

—No hay problema —añadió—. ¿A qué huele?

—Mi chef me preparó comida antes de irme —dijo Luc—. Cuando le dije que me iba a Montana, creyó que iba a quedar atrapado a la intemperie en mitad de una tormenta de nieve —miró por la ventana. La nieve caía copiosamente—. Casi acertó. ¿Tienes hambre? —preguntó, tuteándola.

Gwen quería decir que no. No lo quería allí. El había irrumpido en su vida sin invitación y se había colado en el apacible mundo que tanto trabajo le había costado conseguir.

Pero su estómago rugía silenciosamente y probar lo que él le

ofrecía no tenía nada de malo. Además, ella nunca había sido buena cocinera.

—Un poco —admitió.

—Entonces come algo, si quieres. Hay pollo asado y verduras. Y pan casero —añadió en un tono de advertencia—. No hay mujer en Los Ángeles que pruebe el pan.

«Pan casero…», pensó Gwen, intentando ocultar la emoción mientras sus pies la llevaban rumbo a la cocina.

—Yo no estoy en Los Ángeles —le dijo ella.

El la siguió.

—¿Te han dejado subir eso en el avión? —le preguntó ella al ver una caja con asas sobre la encimera.

—Fleté un jet.

—Oh, claro —dijo Gwen, recordando los viejos tiempos, en los que ella también iba en avión privado.

Aquellos días ya estaban muy lejos. Su carrera como actriz ya era historia y rara vez echaba de menos todos los extras de aquella glamurosa vida. Sin embargo, sí había una excepción: contar con el servicio de un chef. La cocina nunca se le había dado bien.

Miró dentro de la caja y aspiró el aroma a pan recién hecho.

«El cielo en la tierra», pensó.

Aunque con reticencia, miró a Luc a los ojos.

—¿Seguro que no te importa compartir? —le preguntó.

—En absoluto —dijo él, con una media sonrisa—. Nunca pensé que te gustaría tanto.

Gwen no quería entablar amistad con él. Era un tipo poderoso, seguro de sí mismo, y seguramente siempre conseguía lo que quería.

—Una de las cosas buenas que tiene vivir lejos de Hollywood es que puedo comer cosas prohibidas más a menudo. Gracias —le dijo y le dio un mordisco el pan.

El sacó unos recipientes del frigorífico.

—He visto que no tienes casi nada en la nevera excepto algunos platos congelados. ¿Dónde está el servicio?

—Mi tío, el dueño del rancho, me ofreció compartir ama de llaves, pero no quiero ocasionarle gastos aquí —dijo ella, poniendo la comida en un plato y metiéndola en el microondas.

—Entonces mi chef no andaba tan desencaminado —dijo él,

apoyando las manos en las caderas.

—Ahora mismo mi principal preocupación es acelerar las labores de recuperación del rancho. Quiero montar un campamento para chicos con problemas, así que cocinar para mí no está entre las prioridades. Si te preocupa la comida, puedes quedarte en el pueblo. Hay un restaurante y también otro de comida rápida, un motel…

El sacudió la cabeza.

—Tenemos que estar juntos para poder vender esta historia, ¿no?

Sonó el timbre del microondas y Gwen sacó la comida.

Se le hacía la boca agua con sólo pensar en ella.

Estaba a punto de sacar un tenedor y un cuchillo de un cajón cuando le sonó el móvil. Al ver el número respondió inmediatamente.

—¿Hola?

—Gwen, soy Robert Williams, de la sede de bomberos. Nos han informado de que hay una yegua atrapada en una charca helada en la propiedad de los McAllister. Si logramos sacarla con vida, ¿quieres hacerte cargo de ella?

—¿No es de ninguno de los granjeros de por aquí?

—No. Están seguros de que es una yegua salvaje.

—Vaya —dijo Gwen, con la adrenalina a flor de piel—. Sí. Llamaré a Dennis y al veterinario y llevaré el tráiler. Gracias —colgó y llamó a Dennis, el capataz del rancho.

Pero Dennis tenía puesto el contestador.

—Maldita sea —murmuró, al recordar que Dennis se había llevado a su esposa a cenar al pueblo para celebrar su aniversario.

—¿Qué ocurre? —preguntó Luc.

—Tengo que recoger un caballo. Dennis suele acompañarme.

—Puedo ayudarte.

Gwen lo miró con incredulidad.

—Es una yegua salvaje. Si los bomberos pueden sacarla de la charca helada, no creo que quiera cooperar mucho.

—Un buen amigo de mis padres tiene un rancho. Solía pasar los veranos allí cuando era un niño. Trabajé con el entrenador mientras adiestraba a un par de ponys salvajes.

—¿En serio? —le dijo ella, sorprendida.

Los miembros del clan Hudson estaban acostumbrados a una vida de lujos y extravagancias, y el mayor desafío físico al que Luc Hudson debía de haberse enfrentado en toda su vida era a una dura sesión de entrenamiento en el gimnasio.

—Sí, así es —dijo él—. ¿No deberíamos salir ya? Voy a por mí abrigo y mis guantes.

Abrumada por tanta determinación, Gwen se limitó a asentir. Al no contar con Dennis, no tenía más remedio que aceptar su ayuda.

—De acuerdo —dijo y cubrió la comida con un papel transparente antes de meterla en la nevera.

—¿No traes la comida? —le preguntó él por encima del hombro mientras iba hacia su habitación.

—No puedo comer y conducir al mismo tiempo —le dijo ella, pero él no pareció escucharla.

En menos de dos minutos Luc volvió a salir al pasillo, listo para partir.

—Conduciré yo. Así podrás comer algo.

—La palanca de cambios de ese camión es muy dura y el embrague es muy traicionero.

—Me las arreglaré —le dijo él con decisión.

Gwen lo observó un momento y pensó que quizá lo había infravalorado.

Luc Hudson movía su atlético cuerpo con confianza en sí mismo y sensualidad.

Pero ella no necesitaba un hombre en su vida. Quedarse sin aliento con una mirada, sentir cómo se acelera el corazón… No echaba de menos ninguna de esas cosas, y tampoco echaba de menos el dolor que llegaba después.

Luc Hudson debía de ser un seductor infalible; uno de ésos que eran capaces de tomar el corazón de una mujer y romperlo en mil pedazos.

Pero ella nunca sería esa mujer.

Capítulo 2

En cuanto llegaron al lugar, Gwen supo que había infravalorado a Luc Hudson. El se paró frente a la charca helada y, con el agua hasta las rodillas, partió la capa de hielo con una sierra mecánica.

Gwen se ponía más y más nerviosa a cada segundo que pasaba. En cuanto el frío le llegara a los huesos, la yegua dejaría de luchar y entonces sería mucho más difícil rescatarla. Era un ejemplar de color marrón intenso con una bonita estrella blanca sobre la frente, pero sus ojos estaban llenos de miedo. Quería salir, pero tenía miedo de ellos y ya estaba agotada.

Los hombres arrojaron hábilmente una cuerda a su cabeza y ella trató de poner resistencia nuevamente.

Como era salvaje no sabía que querían ayudarla.

Luc ayudó a los hombres a extender una loneta sobre el hielo que acababa de romper.

Uno de los hombres se metió en el agua. Llevaba una cuerda para las patas traseras del animal. Gwen se apresuró a agarrar una de las cuerdas que estaban en la orilla.

Luc sacudió la cabeza.

—No tienes por qué estar aquí. Ve a preparar el camión.

—El camión está listo.

—El tiene razón —dijo Dan, el hombre que sujetaba la cuerda junto a ella—. Hay que hacer mucha fuerza.

Aunque reticente, Gwen le pasó la cuerda a uno de los hombres.

—Acercaré un poco el camión.

—Buena idea —dijo Dan—. Tendremos que meterla dentro rápidamente.

El frío viento cortaba como el filo de una navaja y la escarcha se le clavaba en el abrigo como agujas de hielo. Gwen subió al camión, arrancó el motor y dio marcha atrás lentamente hasta oír gritar a uno de los bomberos. Entonces, bajó y volvió a comprobar la posición del vehículo.

Luc le hizo señas.

—Toma —dijo, sacándose una cámara del bolsillo.

—¿Qué? —le preguntó ella, perpleja—. ¿Quieres que saque fotos?

—No, quiero que hagas un vídeo —le dijo él—. Ponte ahí. La luz es mejor.

—¿Te has vuelto loco?

—No —dijo él—. Confía en mí. Ya me darás las gracias. Haz el vídeo. Aprieta este botón cuando te diga que empieces.

—Esto es ridículo. Tengo que ayudar al caballo en cuanto lo saquen.

—La meteremos directamente en el camión. No puedes hacer ninguna otra cosa. Será una publicidad buenísima para ti.

Gwen sintió el sabor del cinismo en los labios.

—Publicidad. Debería haberlo sabido. Tu mente sólo va en una dirección.

Los ojos de Luc se volvieron fríos.

—La publicidad atraerá las donaciones que necesitas si quieres seguir rescatando caballos —dijo y se encogió de hombros—. No digas que no te lo advertí.

—¡Eh! —gritó el hombre que estaba dentro del agua—. Ya está lista para moverla. Creo que ya sale.

Frustrada y molesta, Gwen se hizo a un lado y se volvió hacia la charca. La yegua estaba saliendo del agua.

—¡Ahora! —gritó Luc.

Gwen apretó el bolón de la cámara y empezó a filmar.

El animal luchó con todas sus fuerzas para salir de la charca. Al tratar de incorporarse tropezó y los hombres tuvieron que hacer muchas maniobras para ayudarla a levantarse. Cuando el hocico del animal se sumergió en el agua unos segundos, el corazón de Gwen se detuvo.

Pero entonces Luc tiró de la cuerda con suavidad y le habló en un susurro.

—Vamos, pequeña, puedes hacerlo. Sólo un poco más. Vamos a cuidar de ti.

La yegua hundió el hocico en el agua de nuevo, sacudió la cabeza y entonces empujó hacia delante con una fuerza inesperada. Luc tiró de la cuerda, el bombero empujó desde dentro del agua y, poco a poco, el animal logró salir de la charca.

—¡Ya puedes parar! —le gritó Luc a Gwen mientras conducía a la yegua hasta el camión.

Gwen parpadeó un instante y automáticamente obedeció la

orden.

—¿Lista? —le preguntó Luc al tiempo que cerraba la puerta trasera del camión.

Gwen fue a su encuentro y se encontró con su mirada. Un intenso escalofrío le recorrió la espalda.

Asintió con la cabeza y trató de ahuyentar aquellos extraños sentimientos que la invadían por momentos.

Luc detuvo el camión frente a un enorme granero. Dos hombres salieron a recibirlos.

—Bien —murmuró Gwen y lo miró a los ojos—. El veterinario y el capataz del rancho.

Luc bajó del vehículo al mismo tiempo que ella.

—Carl, Dennis, éste es Luc Hudson. Está de visita y me ha ayudado con el rescate.

Luc les estrechó la mano.

—Espero que haya algo con lo que calentarse —dijo.

—Ya está todo arreglado —afirmó Carl—. Hablé con los bomberos y me dijeron que los ayudó mucho.

—Me gusta echar una mano.

—Siento haberte estropeado el aniversario —dijo Gwen dirigiéndose a Dennis.

El rozagante joven sonrió y asintió.

—Oye, por lo menos salimos a cenar —contestó guiñando un ojo —. Y habrá mucho más si regreso pronto.

Se oyó un golpe dentro del camión.

—Se está poniendo impaciente. Será mejor que la metamos dentro.

Después de unas cuantas maniobras lograron meter a la yegua en el establo. No parecía muy contenta entre cuatro paredes, pero se bebió toda el agua con gusto.

Mientras la observaba, Luc empezó a sospechar algo. Miró a Gwen y ella levantó la vista al mismo tiempo.

—Está embarazada —dijeron los dos al mismo tiempo.

Gwen dejó escapar una carcajada, parpadeando varias veces.

—Carl, ¿crees que la cría estará bien? —le preguntó al veterinario, apartando momentáneamente la vista de Luc.

—Dame tiempo para examinarla —dijo Carl, acariciando al

animal.

Luc contempló a Gwen un momento. Era una mujer complicada, muy distinta a todas las que había conocido hasta ese momento. En Hollywood su cabello era rubio platino y su rostro siempre estaba impecablemente maquillado.

Pero la Gwen que tenía ante sus ojos en ese momento era mucho mejor. El cabello era de color miel y el rostro estaba limpio y natural. Parecía mucho más cálida y real, más cercana.

En otras circunstancias se habría preguntado si sus oscuras pestañas eran postizas o si el intenso verde de sus ojos se debía a unas lentillas de color, pero la joven que contemplaba en ese instante no dejaba lugar a dudas. Era una de las pocas cuya belleza no moría bajo el implacable escrutinio de la alta definición.

Al verla vacilar, se acercó un poco a ella.

—¿Cómo la vas a llamar?

Ella lo miró con una expresión transparente.

—No tengo ni idea.

—Es fuerte. Creo que sobrevivirá.

—¿Sí? —le preguntó ella esperanzada, mirando a la yegua.

—Claro. ¿Tú no?

Ella lo miró y asintió con la cabeza.

—Gracias. No esperaba que…

El la hizo callar con un gesto de la mano.

—Fue un placer ayudar. En serio.

Ella entornó los ojos y lo observó un momento.

—De verdad que no te entiendo. A veces eres el perfecto relaciones públicas, pero otras veces…

El levantó las cejas.

—¿Pero otras veces…?

—Otras veces compartes tu comida conmigo y me ayudas a rescatar caballos.

—Debes fiarte de la primera impresión —le dijo en un tono seco —. A mí siempre se me ve venir. No soy más que un cínico sin corazón.

Ella parpadeó, sorprendida.

—De acuerdo, gracias por la advertencia —le dijo, riendo y sacudiendo la cabeza.

—Creo que la yegua estará bien —dijo el veterinario desde

dentro del establo. Te va a dar mucha guerra cuando se recupere del todo, así que prepárate.

Gwen fue hacia el establo.

—¿Y qué pasa con esos cortes que se hizo con el hielo?

—No me dejaba limpiárselos, pero lo hice de todos modos. Logré darle un antibiótico. No tiene fiebre y eso es bueno.

—¿Y qué hay de la cría?

El veterinario asintió.

—Hasta ahora, todo va muy bien. Deja encendido el monitor toda la noche y me pasaré mañana.

—Gracias por venir —dijo Dennis—. Si te parece bien, me voy a casa. Llámame al móvil si me necesitas. Si no, estaré aquí a primera hora de la mañana.

—Vete a casa. Yo me quedaré un rato —respondió Gwen.

—Muy bien. Buenas noches —dijo Dennis, despidiéndose con un gesto—. Gracias por todo, Luc.

—De nada.

Cuando los dos hombres se marcharon, Gwen se volvió hacia Luc.

—Puedes volver a la casa. Estaré bien.

Luc se encogió de hombros.

—Me quedaré.

—De verdad que no es necesario. No necesito…

—Nunca se sabe. Hace un rato te hizo falta mi ayuda.

Gwen no tuvo más remedio que aceptar.

—De acuerdo —dijo.

Luc se dio un paseo por el establo y, al ver a los caballos, se acordó de aquellos lejanos veranos en el rancho del amigo de su padre. Hacía mucho tiempo de aquello y eran muy pocos los que lo sabían, pero en aquella época había soñado con ser granjero. Sin embargo, poco antes de graduarse en el instituto, se había dado cuenta de que Hudson Pictures lo necesitaba.

Volvió junto a la yegua. Gwen estaba colgando una brida en un lado del establo.

—Bien hecho —le dijo—. Quieres que se acostumbre a la brida, así que la pones donde pueda verla y olerla.

—Una de las cosas que me han enseñado Dennis y mi tío. Mira qué cansada está —dijo Gwen en un susurro—. Se le cae la cabeza.

—Casi no puede tener los ojos abiertos, pero se resiste. Podrían pasar días antes de que duerma un poco. Los caballos no duermen a menos que se sientan realmente seguros, pero seguramente sea mejor para sus pulmones esperar un poco.

Gwen lo miró sorprendida.

—Eso es más que saber algo de caballos.

—Te dije que pasé muchos veranos en el rancho de un amigo de familia.

Gwen lo observó fijamente, con ojos curiosos.

—Eres un Hudson. Tienes muchos contactos y cuentas con el apoyo de tu familia. ¿Por qué no te hiciste actor?

El se echó a reír.

—Ese no es mi fuerte y nunca lo he deseado. Se me da bien estar frente a los medios durante quince minutos. Treinta como máximo.

—¿Y después qué?

—Entonces sale mi verdadero yo.

Los labios de Gwen dibujaron una sonrisa.

—¿Y tu verdadero «yo» da mucho miedo?

—Ya lo creo.

—¿Y entonces por qué decidiste dedicarte a las Relaciones públicas?

—Creo que las Relaciones públicas me escogieron a mí, más bien. Hudson Pictures es mucho más grande que yo. He pensado en dedicarme a otras cosas, pero siempre he sabido que terminaría en el negocio familiar. La familia, la herencia, el destino… —añadió en un tono falsamente melodramático.

—Por eso me gusta tanto este rancho, y lo de rescatar caballos. Es algo más grande que yo —dijo Gwen.

—¿Y lo de hacer películas no lo era? —preguntó él.

—Esto es real. Las películas son mentira.

Luc se acercó un poco.

—Pero tienes que admitir que las películas cumplen una función. Hacen reír a la gente cuando están deprimidos. Entretienen y educan.

—Cierto, pero ahora tengo más paz de la que he tenido en toda mi vida.

—Algunos dirían que te escondes.

Ella sacudió la cabeza.

—Pueden decir lo que quieran. Pero a mí me importa lo que yo pienso —lo miró de reojo—. ¿Seguro que no quieres volver a la casa?

El se echó a reír al ver que ponía tanto empeño en librarse de él.

—Yo pensaba que te gustaban los desafíos.

—Depende. A lo mejor el desafío no merece la pena —le dijo en un frío tono de voz, mirándolo fijamente.

En ese momento Luc sintió una extraña curiosidad por Gwen.

—¿Qué tal está? —preguntó, señalando a la yegua.

Ella se volvió hacia el animal y suspiró.

—Tiene que descansar un poco —le dijo. Su voz revelaba cansancio.

—Pareces cansada. Has tenido un día duro. ¿Por qué no te vas a la casa?

Ella cruzó los brazos alrededor del cuerpo.

—Si me voy me quedaré dormida en cuanto entre por la puerta, y tengo que mantenerme despierta.

—¿No tienes cámaras para vigilar desde la casa?

—Sí, pero…

—Yo podría vigilar mientras duermes.

—¿Y por qué harías eso?

—Porque no estoy tan cansado como tú. Además… —dijo, lanzándole una sonrisa picara—. ¿Qué clase de hombre sería si no me preocupara por mi prometida?

Gwen entornó los ojos.

—Oh, no me lo recuerdes. Ya casi se me había olvidado.

—Muy pronto te lo recordarán todos los días. No me sorprendería nada si los paparazzi se presentaran en tu puerta mañana mismo.

—No sería la primera vez. Normalmente intento que se aburran y termino diciéndoles que ya no concedo entrevistas.

—Eso es un error. En algún momento, necesitarás ingresos para seguir con el rescate de caballos. Podrías rentabilizar mucho tus películas.

—Eso ya no me interesa —dijo ella al tiempo que se sentaba frente la cuadra de la yegua—. Estás a tiempo si quieres irte.

—No. Alguien tendrá que sujetarle cuando te caigas de esa silla —dijo él, inclinándose contra la puerta.

Ella levantó la barbilla en un gesto de protesta, pero no dijo ni una palabra.

Un apacible silencio se cernió sobre ellos y Luc respiró hondo. A lo mejor ella tenía razón. A pesar del día tan ajetreado que había tenido, la calma del rancho le hacía sentirse tranquilo y en paz.

Estaba a punto de decir algo cuando se dio cuenta de que Gwen se había quedado dormida.

La observó unos instantes. Ella estaba a punto de caerse hacia delante.

Luc la agarró de los hombros y en ese momento ella abrió los ojos.

—¿Qué haces? —le preguntó Gwen, parpadeando.

Luc sintió un nudo en el estómago. Olía a algo dulce y agradable, muy distinto del olor a tierra del establo. Su piel, limpia y sin maquillar, relucía como el más fino satén y un rubor natural hacía resplandecer sus mejillas.

—¿Qué estás haciendo? —repitió ella.

—Te agarro —dijo él—. Te agarro antes de que te caigas.

Capítulo 3

El corazón de Gwen se detuvo un instante y un latigazo de emoción la sacudió por dentro. Negó con la cabeza y le hizo apartarse.

—No me voy a caer —se puso en pie, algo irritada—. Estoy bien —dijo, decidida a estarlo en los próximos segundos.

Observándola, Luc se incorporó lentamente y asintió con la cabeza.

—Bien.

Gwen fue hacia la yegua y la observó unos segundos. Luc estaba detrás de ella. Podía sentir su presencia justo detrás.

—Voy a volver a la casa —dijo, mirando el reloj. Al día siguiente tenía que levantarse temprano—. Mañana será un día muy ajetreado.

—Voy contigo —dijo Luc y echó a andar junto a ella.

Durante los dos años anteriores, Gwen había pasado mucho tiempo sola y ese tiempo había sido bueno para ella. Había tenido la oportunidad de lamentar sus errores en privado. No obstante, de vez en cuando echaba de menos algo de compañía, pero eso no era motivo suficiente como para hacer algo al respecto. En cuanto a las relaciones románticas, no había mucho que hacer. Después de su divorcio de Peter, se había vuelto tan fría como un lago helado en invierno.

Mientras caminaban hacia la casa, empezó a nevar.

—Hace un tiempo de perros —dijo Luc—. ¿Cómo lo soporta una chica de California?

—Ya no soy una chica de California. Me gusta la nieve. No hay nada como la quietud del paisaje recién nevado. Es como si la tierra guardara silencio durante un tiempo.

El asintió.

—Nunca lo había pensado así, pero supongo que sí. Es igual cuando hay una tormenta o un terremoto. ¿La nieve te produce la misma sensación?

—Es más peligroso —admitió ella—. Pero yo tengo suerte. Mi tío instaló generadores de emergencia en mi cabaña y en los establos.

—Y nunca echas de menos el océano, o el buen tiempo —dijo él en un tono incrédulo—. Sobre todo durante el invierno.

Ella arrugó los labios.

—De vez en cuando echo de menos el calor. Todo tiene sus cosas malas —dijo, entre carcajadas—. Pero los paparazzi no vienen mucho por aquí. Sólo un loco se atrevería a presentarse aquí en mitad de una tormenta de nieve para hacer una foto de una vieja actriz.

—Vieja actriz —repitió él, cortándole el paso—. ¿Así te ves a ti misma? Podrías dejar de serlo en cuanto quisieras…

Ella sacudió la cabeza y sonrió.

—La vieja actriz es feliz así.

El la miraba con ojos que lo atravesaban todo y Gwen empezó a sentirse incómoda; tanto así que se hizo a un lado y, al dar un paso adelante, se dio con un bloque de hielo y perdió el equilibrio.

—Maldita sea…

El la agarró en el aire y la apoyó contra su fornido pecho.

—Estoy bien —dijo ella, mordiéndose los labios—. No necesito…

—A lo mejor no, pero por si acaso. Ya es la tercera vez hoy —dijo él. Sus ojos estaban llenos de curiosidad, y también de una mezcla de ironía y picardía.

Gwen se apartó rápidamente.

—Te diré un secreto: nadie nos mira. Podrías haberme dejado caer y nadie se habría dado cuenta.

Luc se encogió de hombros.

—Yo sí. Además, has tenido un mal día. Lo de tu hermana, el compromiso, el caballo…

—Tú puedes ocuparte de una de esas cosas —dijo ella, poniéndose cada vez más nerviosa.

—¿De cuál?

—Del compromiso. Podrías cambiar de idea. Podrías irte sin más.

El soltó una carcajada.

—Ni hablar. Los dos estamos metidos en esto. Si no te gusta, piensa que es igual que el tiempo. Todo tiene sus cosas malas —apoyó las manos en la caderas—. Así que vete a la cabaña antes de que me vea obligado a llevarte en brazos.

—Dios me libre —dijo ella y echó a andar.

Esa noche dormiría en la oficina para poder vigilar el establo a través de los monitores. A cada paso que daba oía el crujido de las botas de Luc tras sus propias pisadas. Oía su respiración. Justo detrás de ella, él la observaba, dispuesto a sujetarla si le flaqueaban las fuerzas.

Aquélla era una extraña sensación que no había experimentado durante años; una sensación que no le gustaba.

Horas más tarde Gwen se despertó al oír que tocaban a la puerta. Rápidamente se incorporó en la cama y entonces se dio cuenta de que todavía llevaba la ropa del día anterior: unos vaqueros y una camisa de franela.

«¿Qué? ¿Cómo?».

Se apartó el cabello de la cara y trató de espabilarse.

La noche anterior había ido a la cabaña y se había sentado frente a los monitores que vigilaban los establos. ¿Cómo había podido terminar en la cama?

Volvieron a tocar a la puerta y entonces oyó una suave voz masculina. Era Luc Hudson. Apartó las mantas y miró el reloj.

¡Las siete de la mañana!

Debería haber estado en pie a las cinco. Se levantó corriendo y fue hacia el cuarto de baño.

Se echó un poco de agua en la cara, se cepilló los dientes y salió a toda prisa rumbo a su despacho.

—Gwen, Cariño —dijo Luc.

Ella se detuvo a medio camino y se dio la vuelta con brusquedad. El estaba en el umbral, muy despierto y despreocupado.

Un hombre al que nunca había visto se asomó por detrás de él y tomó media docena de instantáneas.

Gwen se quedó perpleja.

Luc cerró la puerta a toda prisa y fue hacia ella.

—Ya están aquí.

—¿Quiénes? —preguntó ella, deseosa de tomarse una taza de café—. ¿Y cómo terminé en…?

—No tenemos tiempo. Tendremos que hablar luego —le dijo—. Ponte esto —añadió, sacándose una cajita del bolsillo.

Era un enorme solitario con pequeños diamantes incrustados por toda la banda del anillo. Tomó su mano izquierda y le puso la sortija en el dedo.

Gwen se quedó mirando la joya, boquiabierta.

—¿Cómo sabías…?

—Sólo tienes que fingir que estás locamente enamorada de mí —dijo, y la condujo hasta la puerta.

—¿Pero qué…?

—Los periodistas —dijo y abrió la puerta.

En ese momento se oyó el clic de una cámara.

—¿Cuándo empezó su relación con Luc Hudson? —preguntó un hombre—. ¿Y qué ocurre con su hermana?

Luc le rodeó la cintura con el brazo.

—Habéis tenido suerte, chicos. Sois los primeros en saberlo. A veces nos ponéis las cosas bien difíciles —se volvió hacia Gwen y bajó la cabeza—. Creo que nos han pillado, Cariño —dijo y le dio un beso en los labios.

Sorprendida, Gwen parpadeó al sentir el tacto de sus labios, pero en cuanto oyó el clic de la cámara recordó el papel que debía desempeñar; la adorable prometida de Luc Hudson. Haciendo uso de todas sus dotes artísticas, posó junto a su supuesto novio y saboreó aquel extraño beso. Un beso artificial pero, al mismo tiempo, natural.

El la agarraba por la espalda con firmeza y decisión.

—Escuchad, ¿por qué no volvéis luego y os enseño la yegua que rescatamos ayer? Está embarazada —dijo Luc.

—¿Gwen está embarazada?

Aquellas palabras fueron como una bofetada en la cara para Gwen.

—No —dijo inmediatamente en un tono brusco—. La yegua está embarazada. No yo.

—De acuerdo —dijo el reportero, que parecía decepcionado—. ¿Me dejan hacer una foto del anillo? A todo el mundo le gusta verlo.

Gwen levantó la mano y miró el extraño anillo que relucía en su dedo.

—Vaya, parece que todavía no acaba de creérselo —dijo el reportero.

Gwen hizo un esfuerzo y esbozó su mejor sonrisa plástica.

—¿Podemos tomar un vídeo? —preguntó el reportero, mirando a Luc.

—Claro, así entenderéis mejor por qué caí rendido a sus pies.

El fotógrafo miró a Gwen.

—Como si necesitara una razón —dijo—. Hollywood la echa de menos, Gwen.

Gwen sonrió, consciente de su aspecto rústico y desaliñado. La mujer que los paparazzi tenían ante sus ojos nada tenía que ver con la glamurosa rubia de Hollywood que habían conocido, pero eso a ella no le importaba.

—Sois muy amables —dijo, agarrando a Luc del brazo—. Hay un restaurante en el pueblo, por si tenéis hambre.

—De acuerdo —dijo el reportero—. ¿Me promete que no irá a ninguna parte?

—No vamos a ninguna parte —dijo Luc.

El reportero asintió.

—Esto va a ser fabuloso. Por cierto, yo soy Tripp y éste es Gordon.

Los dos hombres les estrecharon la mano.

—Nos vemos en una hora.

—Mejor en dos —dijo Luc.

—De acuerdo —respondió Tripp con reticencia—. Dos horas, pero ni un minuto más.

Los dos hombres volvieron al coche y se despidieron antes de marcharse.

Molesta, Gwen cerró la puerta y se volvió hacia Luc.

—¿Por qué los invitaste a quedarse para hacer el vídeo? No los quiero por aquí.

—No estarán mucho tiempo —dijo él—. Esto es perfecto. Tendrán otras cosas con las que entretenerse.

—No quiero que Hudson Pictures saque provecho de este rancho. Este es un lugar pacífico y hermoso; un refugio para los caballos y…

—Y para ti —dijo Luc, interrumpiéndola—. Un refugio en el que te escondes de todo el mundo.

Gwen sintió una punzada en su interior. Esas palabras se habían clavado en ella como diez puñales.

—No tienes derecho a criticar la vida que he elegido. No tienes derecho a invitar a… —se detuvo, incapaz de contener la ira—. A esos parásitos a la propiedad de mi tío sólo porque te conviene. Después de muchos años de duro trabajo mi tío por fin se ha tomado unas merecidas vacaciones. No quiero ver cuál será su reacción cuando regrese y se encuentre con esto. ¿Has pensado qué será lo próximo? ¿Cuántos reporteros aparecerán por aquí cuando las fotos se publiquen? Y cuando esta farsa termine, ¿cómo se supone que voy a lidiar con los que aparezcan después, pidiendo explicaciones de la supuesta ruptura?

Luc la miró con ojos tranquilos.

—Confía en mí. Yo me ocuparé de todo.

Ella miró al techo.

—Ya he oído eso antes. «Confía en mí» son las peores palabras de Hollywood.

—Como dijiste ayer, no estamos en Hollywood. Yo me he ocupado de la prensa durante muchos años, Gwen. Y puedo hacerlo esta vez. Si la cosa se pone fea, traeré seguridad.

—Genial —dijo ella en un tono sarcástico—. Eso era justo lo que quería. Seguridad.

—Es temporal. Y no deberías rechazar la publicidad que conseguirás. Cuando esto se haga público, tendrás muchas donaciones para el rescate de caballos.

Ella suspiró, sabiendo que no tenía más remedio que admitir que él tenía razón.

—Tengo que ir a ducharme. No sé cómo terminé en la cama con la ropa puesta. Lo último que recuerdo es que estaba en mi despacho vigilando a la yegua y… —se detuvo al ver la expresión de Luc—. Oh, no me digas que me llevaste a la cama.

—Lo hice por mí. Tenías la cabeza apoyada en las manos. Ibas a terminar con un terrible dolor de cuello, y ya eres bastante difícil sin dolores de cuello.

Ella abrió la boca para protestar, pero fue incapaz de encontrar las palabras adecuadas. ¿Acaso tenía que darle las gracias por su amabilidad o darle una bofetada por atreverse a tocarla mientras dormía? No estaba acostumbrada a tener a alguien observándola, sobre todo cuando se trataba de Luc Hudson.

—Necesito saber cuánto va a durar esto. Y no me digas que lo

que haga falta. Tú sabes mucho más que eso. Apuesto a que lo planeaste al detalle. ¿Cuánto?

—Si todo sale bien con tu hermana, entre un mes y un mes y medio.

Gwen se dijo a sí misma que ésa sería la última vez y se preparó para lo que estaba por venir.

Dos horas más tarde, Gwen les enseñó la yegua a los reporteros.

—Todavía está un poco asustada y nerviosa, así que no podéis acercaros mucho. ¿No es una belleza?

Tripp asintió.

—Sí. ¿Sabía que estaba preñada cuando la rescató?

Gwen sacudió la cabeza.

—No. No lo supimos hasta que la trajimos al rancho. Luc se ofreció a ayudar a los bomberos con el rescate.

—¿En serio? —dijo el reportero, mirando a Luc—. No sabía que fuera un amante de los caballos.

—Nunca me lo han preguntado —dijo Luc en un tono misterioso y rodeó la cintura de Gwen con el brazo.

Tripp asintió.

—Hay que impresionar a la señorita.

—Y ha funcionado a la perfección —intervino Gwen, siguiendo el juego—. Pero a mí me impresionó mucho antes.

—¿Y cómo comenzaron su relación?

—Nos conocimos en un evento hace algunos años v nos volvimos a encontrar cuando Gwen hizo un viaje a Los Ángeles hace unos meses. No podía dejarla marchar esa vez.

—Pero el cambio es bastante drástico. ¿Cómo lo llevan?

—Yo tengo un jet privado. Puedo presentarme aquí cuando quiera.

—¿Y no podría convencerla para que vuelva a hacer películas?

Gwen se puso tensa.

—La verdad es que estoy más interesado en convencerla de otras cosas.

—¿Y ya tienen fecha para el gran día? —preguntó Tripp.

—Acabamos de prometernos —dijo Gwen, acurrucándose contra Luc y mirándolo con ojos de miel—. Llevábamos mucho tiempo esperando, y queremos saborear cada minuto —hizo una pausa—. Y

hablando de minutos, tengo que ir al pueblo esta misma tarde, así que, si me disculpan… De verdad que tengo que irme.

El fotógrafo empezó a hacer fotos a toda velocidad. Gwen se puso en pie, le dio un beso en la mejilla a Luc y le susurró algo al oído.

—Por favor, líbrate de ellos —le pidió.

—Eso es todo por el momento —dijo Luc—. Gwen y yo tenemos otras cosas que hacer —la tomó de la mano—. Sé lo mucho que significa para ustedes haber conseguido esta exclusiva.

—Más de lo que cree. Mucho más —dijo Tripp y le dio la mano —. Gracias por trabajar con nosotros. No se arrepentirá. Y buena suerte con el caballo, Gwen. ¿Qué nombre le va a poner?

—No había…

—Pyrrha —dijo Luc, mirándola a los ojos.

—¿Pyrrha?

—Mitología griega. Era una reina.

—Que sobrevivió a una gran inundación —dijo ella, esbozando una sonrisa—. Me gusta.

Se oyó el clic de la cámara una vez más y Luc sintió un brote de exasperación. Los medios nunca tenían bastante.

Le estrechó la mano a Tripp.

—Que tengáis un buen viaje de vuelta a Los Ángeles —dijo, y los acompañó a la salida.

—¿Te has inventado lo del recado para librarte de ellos? —le preguntó a Gwen de camino a la cabaña.

—Es verdad —le dijo ella por encima del hombro mientras subía por las escaleras—. Pero ya tenía ganas de que se fueran. De hecho, habría sido mucho mejor si no hubieran aparecido por aquí.

—Ya te alegrarás cuando las donaciones empiecen a llegar — dijo él.

—¿Por qué te importa mi operación de rescate? —le preguntó al entrar en la casa.

Luc se encogió de hombros.

—Es una buena causa. Ya que nos vemos implicados en esta pequeña farsa, no está mal si sacas algún beneficio de ella.

Gwen suspiró, llena de desconfianza.

—Sólo me pregunto cuántos donantes me pedirán que les devuelva el dinero después de que cancelemos el compromiso.

—No tenemos que darle un final dramático al compromiso. A diferencia de tu… —se detuvo al ver la fría mirada de Gwen.

—Esos son los comentarios que no soporto. Por eso odio tratar con la prensa. Si no consiguen tergiversar las cosas a su conveniencia, terminan inventándose algo. Créeme, no sabes nada del motivo por el que se rompió mi matrimonio —miró el reloj—. Tengo que irme. No quiero llegar tarde a recoger a los chicos.

—Chicos.

Ella levantó una mano.

—Eso no es asunto tuyo. Ya me has explotado bastante.

Aquella acusación se clavó en el corazón de Luc como un cuchillo. La agarró del brazo con brusquedad y tiró hacia sí.

—¿Acaso se te ha olvidado por quién estamos haciendo esto?

Ella respiró hondo y se mordió el labio.

—Nicki —cerró los ojos y sacudió la cabeza—. No. Cuanto más pienso en ello, más de acuerdo estoy contigo. Es que no soporto a los paparazzi.

—Entonces, no es personal —dijo él en un tono seco.

—No. No es personal. En realidad, eres… —se detuvo y se encogió de hombros—. A lo mejor deberíamos empezar de nuevo. Hola, soy Gwen McCord. Encantada de conocerte.

Él le agarró la mano.

—El placer es mío —dijo, siguiéndole la corriente—. Soy Luc Hudson. Eres aún más encantadora en persona que en la gran pantalla.

Ella sonrió.

—Gracias. Tú has resultado ser un Hudson un tanto atípico. Sé que a ninguno de los dos nos hace gracia todo este montaje, pero a partir de ahora intentaré no poner las cosas más difíciles. ¿Quién sabe? A lo mejor terminamos siendo amigos después de todo esto.

Luc asintió con la cabeza y se llevó la mano de Gwen a los labios.

Ella lo miró con gesto de sorpresa y algo más.

—Por la amistad —dijo Luc.

Capítulo 4

Siempre que Gwen regresaba a casa después de impartir sus clases de teatro en el colegio, se sentía triste y nostálgica. Si las cosas hubieran salido de otra manera, su propio hijo habría estado en preescolar. Peter le exigió que terminara el rodaje antes de que se le notara el embarazo y se mostró algo molesto cuando le dio la noticia, llegando incluso a sugerir que interrumpiera el embarazo para no tener que posponer el rodaje.

Gwen recordaba el momento como si hubiera ocurrido el día anterior. Entonces se dio cuenta de que su relación con Peter empezaba a zozobrar.

De pie en el recibidor de la cabaña, sintió cómo se le caían las llaves al suelo. Las manos le temblaban y en su dedo brillaba el anillo de compromiso. Respiró profundamente y cerró los ojos. Comida. Necesitaba comida. Esa era la razón por la que tenía temblores. No había comido nada desde la mañana.

La voz de Luc se oía como un susurro tras la puerta de la habitación de invitados.

Recogió las llaves rápidamente, se quitó la chaqueta, la colgó en el armario del pasillo y fue a la cocina.

Sopa… Sacó una lata de la estantería; y también buscó mantequilla de cacahuete, pan y miel. No era un manjar exquisito, pero servía para llenarse un poco. Tendría que tostar el pan porque estaba congelado.

Tratando de pensar en cualquier cosa excepto en el bebé que había perdido muchos años atrás, calentó la sopa y preparó dos sándwiches por si Luc quería uno.

En ese instante, un doloroso recuerdo atravesó su mente y volvió a revivir aquel día en el que se había caído en el plato. La sala de urgencias, la cirugía, Peter, más preocupado por mantener las apariencias que por otras cosas…

Al despertar se había sentido vacía.

—Huele bien —dijo Luc, por detrás.

Su voz la hizo sobresaltarse y, por accidente, tocó el borde de la sartén caliente.

—Oh, no —dijo, sintiendo un agudo dolor en la punta de los

dedos.

Luc mascullό un juramento.

—Pon la mano bajo el grifo —le dijo, metiéndole la mano en el fregadero—. Maldita sea, siento haberte asustado.

Gwen sacudió la cabeza, confusa.

—No es culpa tuya. Estaba pensando en demasiadas cosas a la vez. Sólo ha sido un despiste.

—¿Te pasa a menudo? ¿Lo de quemarte mientras cocinas?

—¿Por qué? Normalmente quemo la comida, no a mí misma.

El asintió.

—Te distraes.

—Sí. Hay cosas más importantes que la comida.

—Por eso tienes tantos platos de comida preparada en el frigorífico.

Ella hizo una mueca.

—De acuerdo, ya conoces mi secreto. Bueno, uno de ellos —sacó la mano de debajo del agua—. Creo que ya estoy mejor.

El sacudió la cabeza.

—No. Mantenía bajo el agua unos minutos más. Yo me ocupo de la sopa.

Gwen lo miró por encima del hombro mientras él quitaba la cacerola del fuego y servía dos boles de sopa.

La imagen era inverosímil: un vástago de la estirpe de los Hudson sirviendo sopa en su cocina.

Luc levantó la vista y se encontró con su mirada.

—Me estás mirando. ¿Por qué?

Ella sacudió la cabeza.

—No tenía previsto tener a Luc Hudson en mi cocina esta semana, o ninguna otra.

El esbozó una sonrisa.

—Qué suerte.

—¿Quién ha tenido suerte, tú o yo?

—Muy bueno. A primera vista, cualquier hombre daría lo que fuera por estar en mi lugar.

—Pero…

—¿Quién no querría estar atrapado en una cabaña con la mujer más sexy de 2004?

Gwen lanzó una exclamación.

—No me lo recuerdes.

—Sólo por curiosidad —dijo él, mirándola fijamente—. ¿Todavía tienes esa camisa?

Gwen se mordió el labio inferior al oír su pregunta.

—No, sólo era una camisa de hombre. Nada especial.

—¿Sabes cuántos hombres tuvieron fantasías gracias a esa camisa?

Gwen sintió un repentino calor en las mejillas.

—No, y no quiero saberlo.

—Claro, pero ellos fantaseaban con quitarte la camisa.

—Lo cual no ocurrió. Así que ya puedes ponerlo en la lista de fantasías sin cumplir —cerró el grifo.

—Muchas veces la realidad se nutre de fantasías.

—Puede —dijo Gwen, dándole la razón—. ¿Cómo aprendiste eso?

—Por mi trabajo. Mis hermanos me llaman el mago de las relaciones públicas, pero yo sé la verdad. Sólo se trata de semántica e ingenio —llevó los boles a la mesa del comedor y la invitó a sentarse.

—Un minuto —dijo ella.

Sacó una botella de la nevera y buscó dos copas en el armario.

—Por eso me gusta vivir aquí—le dijo al sentarse a la mesa—. No hay que comerse la cabeza demasiado. La gente dice lo que piensa. Y nunca me he sentido más en paz que aquí.

El asintió.

—¿Y cómo es que no has buscado compañía para esta vida solitaria? Seguro que tienes algunos pretendientes.

Gwen se dispuso a descorchar la botella, pero él se la quitó de las manos.

—A lo mejor eso es parte del secreto de mi felicidad. Yo podría preguntarte lo mismo. ¿No hay ninguna mujer… —Gwen hizo una pausa y lo miró de reojo—o mujeres en Los Ángeles? Seguro que se les romperá el corazón cuando se enteren de que te has prometido.

Luc también la miró de reojo y sacudió la cabeza. Descorchó la botella y sirvió el vino.

—No he tenido una relación seria en muchos años. Estuve a punto de cometer un gran error —bebió un poco de vino.

—Compré el vino en una bodega del pueblo. No sé de qué

cosecha es —dijo ella—. Pero me has dicho algo sobre un error que cometiste. Todos los cometemos. ¿Cómo evitaste cometer el tuyo?

—Yo no huyo de la verdad cuando me golpea en la cara —le dijo con amargura—. Yo no me escondo de nada.

Gwen se dio cuenta de que la fuerza de Luc Hudson no era meramente superficial. El despertaba su curiosidad y la hacía sentirse más despierta que nunca.

—¿Y cómo es que casi cometes el error? —le preguntó ella, antes de darle un mordisco al sándwich.

—Mis hermanos y yo sufrimos de un mal extendido entre los hombres. Somos propensos a rescatar damas en apuros.

Gwen sonrió.

—Y caballos en apuros también.

Luc soltó una carcajada y la miró a los ojos, pero Gwen apartó la vista de inmediato.

—Conocí a una mujer. Se le había roto el coche. Una cosa llevó a la otra. Empezamos a salir. Ella era actriz, y yo les presenté a algunas personas. Iba a declararme, pero un día me enteré de que se había liado con un productor que yo le había presentado en una fiesta.

Gwen hizo una mueca.

—Lo siento. Por lo menos, lo supiste antes de casarte. Eso es más de lo que yo puedo decir. Era tan joven e ingenua… Caí en las redes de Peter como una tonta. En aquella época, estaba bastante descentrada. Había hecho algunos anuncios y algunos papeles pequeños, pero él era todo lo contrario. Sabía exactamente lo que tenía que hacer en cada momento y cómo conseguir sus objetivos. Y también parecía saber exactamente lo que yo necesitaba.

—Pero al final tuviste algunas discrepancias con él.

Gwen se acordó de su embarazo y asintió.

—El estaba dispuesto a sacrificar algo, pero yo no.

—Debe de haber sido algo muy gordo para que dejaras Los Ángeles, la interpretación y también a los hombres.

—Lo fue —dijo Gwen, poniéndose en pie. No se sentía cómoda con aquella conversación—. ¿Quieres más sopa? ¿Otro sándwich?

El la agarró de la muñeca al tiempo que ella intentaba alejarse de la mesa.

—Tienes que comer algo. Siéntate y termina.

Enojada consigo misma, Gwen respiró hondo. Durante sus días de actriz, había tenido que besar a muchas estrellas del celuloide, así que no había motivo para que Luc Hudson la perturbara tanto.

Se dejó caer en la silla y tomó un poco más de sopa al tiempo que se comía el sándwich, decidida a terminar lo antes posible.

—Cuando nos llevamos a Nicki a la rehabilitación, nos dijo que no llamáramos a sus padres. Nos dijo que te llamáramos a ti.

Gwen dejó de comer y asintió con la cabeza.

—Mi padre se fue a Arizona y hace tiempo que no sabemos nada de él. Mi madre se volvió a casar y vive en Malibú. Le molestaría mucho enterarse de algo así. Si no son buenas noticias, no le interesa oírlas.

—Pero la vida no es siempre de color de rosa.

—Por mucho que te esfuerces.

—Así es. Una de las razones por las que suelo salir adelante es que le hago frente a los problemas. Mi familia también ha pasado por malos momentos. La muerte de mi abuelo fue un golpe duro. Él era el corazón y el alma de Hudson Pictures. Todos queremos estar a la altura del imperio que él construyó.

—Entonces, dejó el listón muy alto.

—No sólo en los negocios. Era la clase de persona que llenaba una habitación con su presencia. Tenía un gran talento para los negocios, pero también amaba mucho a mi abuela, y su amor hacia ella nunca menguó. Se casó con ella en secreto, en Francia, durante la Segunda Guerra Mundial. Fundó los estudios para llevarla a la gran pantalla. De alguna manera, creo que todos esperamos encontrar lo que él tuvo. Dios… Puede que se haya ido, pero mi abuela sigue queriéndolo como el primer día.

—Es una historia muy bonita.

—Sí. Si no fuera tan condenadamente cínico, algo así podría pasarme alguna vez. Algo tan intenso, para siempre.

Ella asintió con la cabeza.

—Para siempre —repitió—. A lo mejor es más duro ser cínico cuando te encuentras con alguien que sí lo ha tenido. Entonces, no resulta tan irreal.

El extendió la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Sí —la miró a los ojos durante unos segundos—. ¿Tienes cartas?

Gwen se lo pensó un segundo.

—Sí, creo que sí.

—Juguemos.

—¿A qué?

—Al póquer. Al strip póquer si te animas —le dijo bromeando.

—En tus sueños —replicó ella—. Tengo que vigilar a la yegua por la cámara.

—¿Como hiciste ayer? —le preguntó él, levantando una ceja.

—Hoy no estoy tan cansada.

—No querrás quedarte despierta toda la noche, ¿verdad?

—No, pero…

—Podemos jugar en tu despacho. Así el tiempo pasará más deprisa.

Gwen se dejó convencer. Siempre le había gustado jugar a las cartas.

—De acuerdo, pero mi ropa se queda en su sitio.

—¿Eso quiere decir que quieres quitarme la mía?

—No —dijo ella, ignorando la broma—. Voy a buscar las cartas.

—Yo traeré el vino.

—Iré a preparar café —dijo, pensando que combinar a Luc Hudson con vino no era una buena idea.

Buscó las cartas y entró en el despacho para echarle un vistazo al monitor. La yegua se movía dentro del establo.

—Ya está recuperando las fuerzas —dijo Luc desde detrás.

—Sí. Eso significa que pronto podremos sacarla al exterior —barajeó las cartas y las repartió.

—La apuesta máxima son veinticinco centavos —dijo él, colocando su mano de cartas—. Y la subida máxima son cincuenta. Apuesto quince centavos. ¿Cuál es tu color favorito? —le preguntó, tomando una carta del mazo.

—El turquesa. ¿Por qué lo preguntas? —Gwen miró sus cartas y trató de no revelar su decepción—. Voy.

—Porque los periodistas que aparezcan mañana nos preguntarán muchas cosas sobre nosotros.

Gwen apartó la vista de las cartas.

—¿Mañana? Ya hemos hablado con ellos. Pensaba que las otras entrevistas serían por teléfono.

El sacudió la cabeza, desechó dos cartas y sacó dos del mazo.

—Necesito saberlo todo de ti y tú tienes que saberlo todo de mí. Apuesto veinticinco.

Ella suspiró, llena de impotencia.

—Muy bien, entonces el azul es tu color favorito —empezó a decir.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Cuando a un hombre le preguntan cuál es su color favorito, casi siempre dice el azul.

—A mí me gusta el verde.

—Sólo quieres llevarme la contraria.

—No. Tus ojos son verdes.

—Qué adulador —dijo ella, desechando cartas y tomando otras del mazo.

—¿Adonde quieres ir de luna de miel? —le preguntó él.

—¿De luna de miel?

—¿A Tahití o a Bali?

—A algún sitio más íntimo. Peter me llevó a Hawai. Después me enteré de que le había vendido la exclusiva a la prensa.

Luc la miró fijamente.

—¿En serio?

—Sí. Todo por las relaciones públicas.

—Pero en tu luna de miel…

—No me digas que nunca le has sacado provecho a lo de la luna de miel —dijo, desechando dos cartas malas y escogiendo otras que eran todavía peores—. Paso.

—Puede, pero las parejas que realmente se aman no… —se detuvo al darse cuenta de que tanto Gwen como él habían llegado a la misma conclusión.

Se hizo el silencio entre ellos.

—Lo siento —dijo él.

Herida en su orgullo, Gwen levantó la barbilla.

—No sientas pena por mí por lo de Peter.

—Vas a perder esta mano —dijo él, poniendo su full sobre la mesa.

Ella miró las cartas de él y después las suyas propias.

Sólo le faltaba una carta para tener un full como el de él.

—La suerte del principiante —dijo, frunciendo el ceño—. Ya te pillaré en la próxima.

El se echó a reír.

—En tus sueños —replicó, recogiendo las cartas y barajándolas —. Ahora estás en deuda conmigo.

—¿Cómo dices? Estamos jugando unos centavos.

—Pero los centavos se convierten en favores —dijo él, barajando de nuevo—. No quieres jugar con prendas, así que tendrán que ser favores.

—Favores. ¿Y qué te parece esta farsa de compromiso? Oh, espera, me he equivocado. Eso es chantaje.

—Exactamente —respondió poniendo el mazo sobre la mesa para que ella lo cortara—. Así que vamos a jugar con favores.

—¿Y si gano el mismo número de veces que tú? Así quedaríamos en paz.

—Eso no ocurrirá. Pero si ocurriera, yo te haría la misma cantidad de favores.

—¿Y si no quiero que me hagas ninguno?

—Querrás —dijo él, mirándola fijamente.

—Trato hecho —contestó Gwen, dispuesta a darle una lección.

Durante las dos horas siguientes jugaron a las cartas, jugaron, ganaron, perdieron y compartieron secretos.

—¿Tu primer amor? —le preguntó ella, preparándose para su próxima victoria.

—Sara Jameson, en cuarto de primaria.

Gwen lo miró, sorprendida.

—¿Te acuerdas de su nombre? Pensaba que habías salido con tantas mujeres que serías incapaz de recodar sus nombres.

El sacudió la cabeza.

—Si soy el rey de las mentiras, ¿crees que no sé cubrirme las espaldas?

—¿Me estás diciendo que Luc Hudson no es el playboy que todos creen que es?

—Yo creé a Luc Hudson, el playboy. Así puedo hacer lo que me da la gana.

—Pero no has contestado a mi pregunta.

—Te dije el nombre de mi primer amor. Salimos juntos hasta que ella se fue antes de empezar en el instituto.

—Vaya. Eso sí que es fidelidad.

—¿Y qué me dices de ti?

—Yo era demasiado tímida. Me llevó un tiempo.

—Entonces no tenías esa largas piernas —dijo él, deslizando la mirada por sus ceñidos vaqueros.

—Tucker Martin —respondió Gwen, suspirando—. Tenía hoyuelos y ojos azules. Era listo y divertido.

—¿Y cuánto duró?

—Oh, ni siquiera llegó a arrancar del todo. No me hacía el más mínimo caso.

El se echó a reír.

—Pobre chaval. Supongo que llevará mucho tiempo arrepintiéndose —puso las cartas sobre la mesa—. Full.

Gwen masculló un juramento.

—Esto es increíble.

—Es que se me da muy bien. Ya me debes otro favor.

Ella suspiró y volvió a mirar el monitor.

—Ya me preocuparé de eso mañana. Tengo que irme a la cama —se puso en pie—. Gracias por la velada.

El también se levantó.

—Un placer. Tienes que hacerme un favor ahora.

—¿Por qué? —preguntó Gwen, en un tono alerta.

—Es algo que tengo que saber para la entrevista —dijo él, acercándose.

Gwen debería haber retrocedido unos pasos, pero no lo hizo.

—¿El qué? —le preguntó.

Luc se acercó más.

—Tengo que saber a qué sabes —dijo y le dio unos segundos para reaccionar.

Pero Gwen no hizo ninguna de las cosas sensatas que pasaban por su cabeza porque ella también quería saber a qué sabía él…

Capítulo 5

—Ya me habías besado antes —dijo ella, a un milímetro de sus labios.

—Pero eso no cuenta.

Gwen sintió un chispazo de pasión al notar el roce de los labios de Luc y un intenso calor recorrió cada centímetro de su cuerpo. ¿Acaso había sentido algo parecido en toda su vida?

—Sabes a miel —le dijo él en voz baja, deslizando la punta de la lengua sobre sus labios.

Ella apretó sus pechos contra el fornido pectoral de Luc y soltó un sofocado gemido.

Entonces él le metió su poderoso muslo entre las piernas y la acorraló contra la pared, deslizando una mano por debajo del suéter que llevaba puesto y agarrándola de la cintura.

Mientras, ella le rodeó el cuello con los brazos y se dejó llevar por el deseo de acariciarle el cabello.

Luc gimió de gozo y rozó su potente miembro contra ella. La agarró del trasero y la guió hacia su erección al tiempo que le acariciaba los pechos con la otra mano.

Gwen contuvo la respiración y sintió cómo se le endurecían los pezones bajo el fino tejido del sujetador. Lo único que deseaba en ese momento era quitarse el suéter y sentir las manos de Luc sobre sus pechos desnudos.

Su corazón latía sin control.

Él le soltó el sostén y en cuestión de segundos comenzó a acariciarle los pechos con devoción.

—Eres maravillosa —le dijo acariciándole un pezón con el dedo pulgar—. Deliciosa.

Empezó a moverse entre sus piernas y deslizó una mano por dentro de sus vaqueros y de sus braguitas hasta abarcar su duro trasero.

—Oh, Dios… —dijo y le metió la lengua en la boca.

Ella sucumbió a la tentación de deslizar las manos por su torneado pectoral.

—Me pones muy caliente —susurró Luc sobre sus labios—. Hacía mucho tiempo que nadie me ponía así.

Gwen se meneó contra él, pidiéndole más.

Él le agarró una mano y la llevó hasta su excitado miembro para que lo acariciara, y Gwen así lo hizo.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —le preguntó Luc, conteniendo la respiración.

—Vamos demasiado deprisa —contestó sin aliento.

Lo hizo apartarse de un empujón y sacudió la cabeza.

—Es una locura. Lo siento. No debería…

Luc le tapó la boca con la mano.

—No tienes que disculparte —le dijo, obligándola a mirarlo a los ojos—. Seremos amantes —le dijo con una confianza que, en lugar de sonar arrogante, parecía certera—. Es sólo cuestión de tiempo —le dio un beso en la mejilla—. Que tengas dulces sueños, Gwen —dijo y se alejó de ella.

Gwen se quedó inmóvil durante unos segundos.

—Vaya —susurró.

Se llevó las manos a la cabeza como si necesitara sujetarla y cerró los ojos.

Luc y ella pertenecían a mundos muy distintos. Ella no podía sucumbir a la tentación, pero no estaba segura de poder resistirse a él. Su carisma, su poder y la masculinidad primaria que desprendía eran arrolladores.

Si se entregaba a él ya no volvería a ser la misma…

A la mañana siguiente, Luc se encontró con Gwen en el establo.

Pyrrha levantó las orejas al verlo llegar y fue hacia él.

—Hola, preciosa —la saludó, extendiéndole la palma de la mano.

Pyrrha relinchó y lo dejó acariciarla. Gwen lo observaba con gesto risueño.

—¿Qué pasa? —le preguntó él. —Ya veo que le gustas.

—Una chica lista.

Gwen lo miró a los ojos e hizo un gran esfuerzo por no sonreír, pero no tardó en echarse a reír.

—Eres terrible.

—Si quieres, te demuestro hasta qué punto.

Gwen suspiró profundamente y apartó la vista.

—Parece que está mucho mejor —dijo, mirando a la yegua—. El

veterinario dice que el corazón de la cría está fuerte. Sólo espero que siga así durante todo el embarazo.

—Estoy seguro de que ese potrillo verá la luz, así que será mejor que empieces a hacer planes.

Gwen suspiró y lo miró a los ojos.

—Haces que parezca posible.

Un rato más tarde llegó un equipo de Entertainment TV con varias cámaras y una reportera. La chica, una morena llamada Trina con enormes pechos y extensiones en el pelo, no sabía si venerar a Gwen o tratar de impresionar a Luc.

—Me he reservado lo mejor para el final —dijo después de hacerles unas cuantas preguntas de carácter general—. Quiero hacerle algunas preguntas a Gwen sobre usted, y también a usted sobre ella. A ver quién gana —añadió—. Señor Hudson, vaya a entretenerse con algo mientras le hago unas preguntas a Gwen.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gwen.

—No quiero que el señor Hudson oiga sus respuestas hasta que haya contestado las mismas preguntas. ¿Puede irse un ratito al porche? —le pidió a Luc—. Será sólo un momento.

Teniendo en cuenta que ese día la temperatura no llegaba a los diez grados, Luc esperaba que así fuera. ¿Sería Gwen capaz de mantener la farsa en su ausencia?

Su «futura esposa» lo tomó de la mano y tiró hacia sí. Le dio un beso en la mejilla y sonrió como si fuera de verdad.

—No te preocupes, Cariño. No revelaré casi ninguno de tus secretos más terribles.

Luc se puso tenso al oírla adoptar ese tono tan juguetón y seductor. Se puso la chaqueta, los guantes y el sombrero y salió al exterior, a merced de los elementos. No obstante, a pesar del frío, el sol brillaba en el cielo.

Bajó los escalones del porche y caminó hacia el patio. La nieve crujía bajo sus botas. Respiró profundamente y la fría bocanada de aire lo golpeó por dentro, resaltando así la calma total que reinaba en el exterior.

Gwen tenía razón. Ese lugar ofrecía algo más preciado que los diamantes.

—¿Señor Hudson? —le dijo uno de los cámaras desde la puerta —. Trina está lista.

Volvió a la casa y respondió a todas las preguntas superficiales que la reportera había preparado. Y entonces fue cuando le tendieron la emboscada.

—¿Qué le hizo enamorarse de Gwen?

Luc guardó silencio unos segundos.

—Cuando la miras ves lo hermosa que es. Eso es evidente. Pero eso es atracción, no amor. Gwen es intensa y humilde, y me hace reír. Cuando estoy con ella, el mundo parece mejor de lo que creo que es.

Se hizo el silencio. Luc miró a Gwen.

Ella parecía sorprendida.

—Qué romántico —dijo Trina, poniéndose la mano en el pecho.

Luc sacudió la cabeza. Era una locura. El sexo era una cosa y los sentimientos eran otra muy distinta…

Gwen fue junto a él y le puso la mano en el hombro.

El se puso en pie.

—Gracias por venir —dijo, despidiendo a los periodistas—. Avísenme cuando lo emitan.

Trina se levantó y cruzó los dedos.

—Mañana por la noche, si todo va bien, y si no hay ningún escándalo amoroso de última hora —le lanzó una mirada picara a Luc—. También habrá una pequeña sorpresa para usted.

—¿En serio? —dijo él en un tono cauteloso. Las sorpresas de la prensa nunca tenían gracia.

Gwen le apretó el hombro.

—No te preocupes —dijo—. Sólo está tomándote el pelo.

Cuando se fueron los periodistas, Gwen cerró la puerta y se volvió hacia Luc.

—Creía que no se te daba bien lo de actuar. Sin embargo, lo hiciste muy bien cuando Trina te hizo la última pregunta.

—He practicado mucho. Tan sólo tuve que contestar la pregunta como si fuera un hombre que realmente cree en el amor; como si fuera un hombre que se hubiera enamorado de ti.

Ella esbozó una amarga sonrisa y se acercó a él.

—A mí me parece que eso es actuar.

—No fue tan difícil —respondió, incapaz de apartar la mirada de ella.

Gwen suspiró lentamente.

—Por alguna razón, me está resultando muy fácil fingir que me siento atraída por ti.

El soltó una carcajada.

—Eso es porque no estás fingiendo. Te sientes atraída por mí, y yo por ti. Hay algo entre nosotros. Yo no esperaba que ocurriera, y supongo que tú tampoco, pero está ahí.

—Lujuria, sexo —dijo ella.

Luc sucumbió al deseo de estrecharla entre sus brazos.

—Ya lo averiguaremos.

Al día siguiente, un camión de una empresa de mensajería paró delante de la casa. Luc estaba al teléfono, discutiendo sobre la promoción de la nueva película producida por Hudson Pictures. De camino a la puerta, vio salir a Gwen del establo.

Ella miró el camión y después lo miró a él.

—Son sólo unas cosas que necesito. Como voy a quedarme otra semana y media más…

El conductor del camión empezó a descargar varias cajas grandes.

Gwen miró los bultos con gesto escéptico.

—¿Qué cosas?

—Aunque ya empiezo a apreciar la paz del entorno, no consigo apañarme con tu tecnología. Esa televisión tiene por lo menos diez años y tu conexión a Internet va muy lenta. Cuando el conductor terminó de meter los paquetes en la casa, Luc vio una furgoneta que se aproximaba por el camino.

—Roberts Satellite y Televisión Setup —Gwen leyó las palabras en el lateral del vehículo—. ¿Has perdido el juicio? —le preguntó, incrédula—. Ya tenemos televisión por cable.

—Pero esto es mejor, más potente, y hay más canales.

—No necesito más canales.

—Pero yo sí. Rugby, baloncesto.

—Oh, esto es ridículo. No olvides llevártelo todo cuando te vayas.

—No hay problema. Pero apuesto a que querrás quedártelo para entonces. Una vez te acostumbras a lo bueno, es difícil dejarlo. Y hablando de cosas buenas, dos de esas cajas contienen comida. ¿Te importa sacarla mientras me ocupo del tío de la televisión por

cable?

—Comida —dijo Gwen con los ojos como platos.

Abrió la boca para objetar algo, pero entonces se lo pensó mejor y se mordió la lengua. Finalmente, dijo:

—¿Me estás diciendo que no quieres sopa y sándwiches de mantequilla de cacahuete todas las noches?

—¿Tú sí?

—Muy bien, muy bien —cedió Gwen, refunfuñando.

***

Horas más tarde la nueva televisión panorámica estaba lista para usar. Luc encendió el equipo justo antes de que emitieran la entrevista que les habían hecho.

—Gwen —dijo, al ver que ella no estaba—. Tenemos que ver la entrevista.

—Estoy vigilando a Pyrrha —contestó desde el despacho—. Parece algo inquieta.

Luc frunció el ceño y fue hacia la puerta del despacho.

—Date un respiro. Tenemos que ver la entrevista para acordarnos de lo que hemos dicho y decir lo mismo la próxima vez.

—Yo recuerdo lo que dije —respondió ella, con la vista fija en el monitor.

—Sí, pero necesitas recordar lo que yo dije —respondió Luc, acercándose y mirando la pantalla por encima de su hombro—. Pyrrha está comiendo. Está bien.

—No me gusta verme —le dijo ella, moviendo el pie de forma compulsiva.

Luc ya había oído eso antes, pero esa vez no sabía por qué estaba nerviosa.

—Esto es diferente. Es una entrevista.

—Pero no deja de ser una actuación.

Luc hizo girar la silla de Gwen, la agarró de la muñeca y la hizo levantarse.

—No dura mucho.

—De verdad que no quiero…

Luc empezó a sospechar algo inquietante mientras la hacía

sentarse frente a la televisión.

—¿Qué le dijiste a la reportera exactamente?

Ella se encogió de hombros y esquivó su mirada.

—Sólo desempeñé mi papel y traté de darle un poco más de emoción al asunto.

Luc se temió lo peor.

—¿Qué demonios…?

—A lo mejor ni siquiera lo usa.

—¿Gwen? —le dijo él en un tono de advertencia.

Ella se mordió el labio inferior y sacudió la cabeza.

—Si quieres que me siente aquí y que lo vea, entonces tendrás que esperar y verlo por ti mismo.

—No me gustan las sorpresas.

—Estamos en paz. A mí no me gusta verme en la pantalla. En ninguna pantalla.

Una foto de ellos dos juntos apareció en la televisión, interrumpiendo la discusión.

—Quédense con nosotros. Nuestra intrépida reportera Trina Troy desafió a las frías montañas de Montana para entrevistar a la actriz retirada Gwen McCord en su refugio de caballos y al soltero más codiciado del momento, Luc Hudson —dijo la presentadora del programa.

—¿Crees que Trina Troy es su verdadero nombre? —preguntó Gwen.

—Claro que no —murmuró Luc, mirando la entrevista con gesto pensativo.

Ambos se levantaron al mismo tiempo.

—Voy a buscar…

—Voy a buscar una copa de vino.

Hablaron al mismo tiempo.

Gwen esbozó una sonrisa incómoda y fue hacia el frigorífico. El fue tras ella.

—Toma —dijo ella, dándole una cerveza fría.

—Pareces un poco alterada.

Gwen agarró la botella de vino y se sirvió una copa.

—Había olvidado lo molestos que pueden llegar a ser los periodistas. O quizá es que preferí olvidarlo —bebió un sorbo y se relamió—. Y tampoco estoy acostumbrada a tener a alguien en casa

todo el tiempo.

Luc reparó en sus carnosos labios, ligeramente enrojecidos por el frío.

Le apartó el pelo de la cara.

—¿Te molesto?

Ella bebió un poco más.

—¿Molestarme? —fingió considerarlo un momento—. Sí. Y deberías parar ahora mismo.

El se echó a reír.

—No puedo. De hecho, tengo pensando seguir molestándote.

Gwen le lanzó una mirada oscura y sexy que lo despistó un momento.

—Y ahora nos vamos con nuestra reportera Trina Troy, que nos va a contar cómo sobrellevan las frías noches de Montana Gwen McCord y su prometido, Luc Hudson.

Luc miró la pantalla y después miró a Gwen.

—¿Como sobrellevan las frías noches de Montana? —repitió, agarrando a Gwen de la mano y tirando de ella hacia el sofá.

—Yo no he dicho nada.

—Entertainment TV les ha hecho una visita a Luc Hudson y a Gwen McCord en su rancho de Montana. Los dos tortolitos se atrevieron a jugar a un pequeño juego de preguntas y respuestas conmigo.

En el reportaje mostraron imágenes de Gwen sonriendo mientras contestaba a las preguntas sobre las cosas favoritas de Luc. La cámara, como siempre, la adoraba, y lograba captar cada expresión de su delicado rostro. El cabello le relucía bajo el sol y tenía la piel radiante.

Una mujer enamorada en toda regla…

Hacía tan bien su papel que Luc se lo habría creído de no haber sabido la verdad.

—Esto es pura dinamita. Vean lo que Luc Hudson tiene que decir sobre Gwen —dijo Trina para presentar su entrevista con Luc.

La cámara parecía captar la química que existía entre ellos.

—A Gwen le hicimos la misma pregunta y nos dijo que la honradez de Luc la impresionó mucho. Pero miren qué más nos dijo.

—Aquí viene —murmuró Gwen.

La emisión siguió adelante.

—¿Lo que me hizo enamorarme de Luc? —decía Gwen en el reportaje, ladeando la cabeza como si estuviera pensando en la respuesta—. Aparte de las cosas superficiales, como lo guapo que es y lo útil que resulta cuando hay que rescatar caballos o ayudarme a levantarme… —soltó una risotada sexy—. Tengo que decir que es increíble en la cama.

Sorprendido, Luc se volvió hacia Gwen.

—¿Qué demonios…?

—Tuve que improvisar —respondió encogiéndose de hombros—. Esa pregunta no estaba en la lista y no estaba preparada. Y ya sabes lo que dicen: el sexo vende.

En ese momento empezó a sonar el móvil de él.

—¿Te das cuenta de lo que se me viene encima por tu culpa? Mi familia, mis socios… —contestó al teléfono en un tono brusco—. Luc Hudson.

—Señor Hudson, soy de la revista Holtie Magazine, y nos gustaría hacerle una entrevista…

—No me interesa, pero muchas gracias —dijo y colgó el teléfono.

Se volvió hacia Gwen justo cuando ella estaba a punto de escabullirse.

—Espera un momento. Me has metido en un buen lío.

—Lo siento —dijo ella con un gesto falsamente afligido—. Pero me dijiste que querías desviar la atención de los problemas de Nicki y… —se detuvo al ver que avanzaba hacia ella.

Ella soltó una risa nerviosa.

—Y mejor tú que yo.

Capítulo 6

«Mejor tú que yo…».

Al ver una llama desafiante en los ojos de Luc, Gwen se dio cuenta de que acababa de cometer un gran error.

—Creo que deberías saber bien lo que dices antes de hablar —le dijo, acercándose.

Gwen sintió que las piernas empezaban a flaquearle.

Luc la miró de arriba abajo, como si la acariciara con la vista, y deslizó la punta del dedo sobre su mejilla hasta llegar a sus labios.

Ahí se detuvo un instante y entonces recorrió el contorno de su barbilla, descendiendo por la suave curva de su cuello.

—¿Por qué te late tan deprisa el corazón? —le preguntó en un tono burlón y deslizó el dedo entre sus pechos—. Estás respirando muy rápido. ¿Acaso estás nerviosa?

La forma en que la tocaba la excitaba sobremanera. Sentir el tacto de sus manos era maravilloso. Esos ojos prometían algo que su propio cuerpo se resistía a rechazar.

Pero estaban cometiendo un terrible error.

Gwen respiró hondo, lo agarró de la muñeca y se quedó mirándola. Su piel era más oscura que la de ella y, sus manos, mucho más grandes.

—No quiero comportarme como una estúpida —susurró.

—Yo te haré sentir un montón de cosas, Gwen. Pero no te haré sentir estúpida.

Ella volvió a respirar profundamente y trató de sofocar el deseo que sentía por él, pero fue inútil. No obstante, se alegró de ver que Luc no se aprovechaba de su debilidad.

—No lo haremos hasta que estés preparada, pero pronto lo estarás —dijo él.

Esas palabras deberían haberle sonado muy arrogantes, pero Gwen estaba demasiado cerca del precipicio como para negar la verdad. Retiró la mano, lo soltó y retrocedió un paso atrás. Necesitaba espacio desesperadamente.

—Yo… Eh… Debería ir a ver a Pyrrha.

El asintió.

—Ya sabes dónde estoy.

Con el corazón desbocado, huyó en dirección a su despacho y

cerró la puerta tras de sí. No quería complicaciones en su vida y no quería sentir lo que estaba sintiendo por un hombre que formaba parte de la vida que había elegido dejar atrás.

Dividida entre caminos opuestos, Gwen miró el monitor.

—¿Qué…? —exclamó, mascullando un juramento.

Uno tras otro, comprobó todos los ángulos del establo, pero no sirvió de nada.

La sangre se le heló en las venas.

—¡Luc! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡No está! —dijo, saliendo por la puerta—. ¡No está, Luc!

Luc y ella se pusieron a buscar inmediatamente. Los empleados del establo no habían cerrado bien la puerta y la yegua debía de haberse escapado.

Ya era noche cerrada y la nieve caía de lado debido a las fuertes rachas de viento.

Luc decidió ir en el todoterreno para poder seguir al labrador de Gwen, June, que trataba de rastrear el olor del caballo.

Gwen estaba fuera de sí.

—No estaba lista para esto. No ha descansado lo suficiente. Las heridas no se han curado del todo.

—La encontraremos —afirmó Luc, conduciendo con cuidado por aquel terreno helado.

—¿Y cómo estás tan seguro?

—Porque los dos somos demasiado cabezotas como para no encontrarla —respondió, mirándola un instante.

La confianza que demostraba la hizo tranquilizarse un poco.

Una hora más tarde, Luc le dio un poco de agua a June y le puso zapatillas en las patas para protegerle las pezuñas.

El vapor de su aliento era tan visible como el humo de un cigarrillo.

—Hace mucho frío —dijo, volviéndose hacia Gwen—. Llamaré a Dennis para que te lleve a casa.

Ella sacudió la cabeza.

—No, estoy bien.

—Gwen…

Ella volvió a negarse.

—En serio, estoy bien. Estando a tu lado me mantengo caliente.

—De acuerdo —dijo él, cediendo ante su insistencia—. Un poco

más.

Continuaron la búsqueda durante otros veinticinco minutos y entonces Luc detuvo el vehículo.

—No puedo dejar que sigas aquí fuera ni un minuto más —le dijo, tocándole la nariz.

—Estoy bi… —Gwen no pudo terminar la frase. Los dientes le castañeteaban sin cesar.

—Nos vamos.

June echó a correr hacia delante y empezó a ladrar.

El corazón de Gwen comenzó a latir más rápido, lleno de esperanza.

—Ha encontrado algo. Tenemos que seguirla.

Luc siguió a la perra hasta una zona boscosa y apagó el motor. Ayudó a bajar a Gwen y agarró una cuerda y un cabestro.

—¿Estás segura de que puedes hacerlo?

Ella asintió con la cabeza sin atreverse a pronunciar ni una palabra; los dientes le castañeteaban demasiado.

Pisando las huellas que él dejaba tras de sí, Gwen lo siguió hasta el interior del bosque. June seguía ladrando, pero también se oía el ruido de unas ramas y hojas secas.

—Parece que June ha cercado algo —dijo Luc.

Un momento después oyeron relinchar a un caballo. El se detuvo para escuchar y entonces oyeron otro relincho.

Sonriente, le ofreció la mano a Gwen.

—Esa perra se merece un filete cuando regresemos.

—Lo… lo tendrá —dijo Gwen, agarrándose a Luc para seguirle el ritmo.

Abriéndose camino entre los árboles llegaron hasta Pyrrha, que estaba acorralada entre dos árboles y un muro a sus espaldas. June había hecho muy buen su trabajo.

Gwen llamó a Dennis inmediatamente.

—¡Ho! —dijo Luc, acercándose a la yegua.

Pyrrha levantó las orejas al oír su voz y Gwen contuvo la respiración, temiendo que el caballo echara a correr.

Sin dejar de hablarle en voz baja, Luc se fue acercando poco a poco con el cabestro en la mano. Pyrrha retrocedió, pero sus patas traseras enseguida toparon con el muro.

Luc se sacó una manzana del bolsillo y se la ofreció. El animal

dio un inseguro paso adelante y comenzó a olfatear la fruta.

Gwen no podía creer lo que veían sus ojos: Pyrrha acercó un poco el hocico y tomó la pieza de fruta de la mano de Luc al tiempo que él le ponía las riendas. Sabía cómo tratar con un caballo salvaje y asustado.

Una oleada de alivio recorrió todo el cuerpo de Gwen. Aunque todavía tenían que llevarla de vuelta al rancho, tenía la certeza de que la yegua estaría bien.

Una hora más tarde, Pyrrha volvió a su establo, con heno fresco, agua y una luz para calentarse.

—Dennis dice que el veterinario vendrá por la mañana. Deberías ir a descansar un poco.

Ella sacudió la cabeza.

—Voy a dormir aquí. Tengo un catre.

—Estás loca. Apuesto a que te has deshidratado. Parece que tienes ganas de enfermar.

—Estaré bien. Soy más fuerte de lo que parezco —dijo, sonriendo—. Dejé de temblar en cuanto llegamos al rancho.

Luc suspiró.

—De acuerdo, como quieras. Yo también me quedo.

Unos extraños sentimientos la recorrieron de la cabeza a los pies. Contaba con pasar algo de tiempo sola para recuperar las fuerzas y las defensas… contra Luc.

—No es necesario —le dijo—. Además, sólo hay un catre y yo lo voy a usar.

El se encogió de hombros.

—Sé que tienes mantas de sobra y sacos de dormir, porque los he visto en el cuarto de la lavandería.

Gwen levantó las manos, rindiéndose.

—Muy bien, pero no me eches la culpa si terminas con dolor de espalda.

Luc fue a buscar el catre y también agarró un par de sacos de dormir y dos mantas. Al regresar al establo, se encontró con Gwen en el umbral. A ella se le caía la cabeza del cansancio.

—Ya lo estás haciendo de nuevo —dijo Luc en voz baja y deslizando un dedo por el contorno de su barbilla.

Ella abrió los ojos bruscamente.

—Estoy bien. No estoy…

—Podemos turnarnos. Tú descansas y yo vigilo primero.

Ella se frotó los ojos.

—Debería decir que no. No es tu responsabilidad.

—Sólo descansa.

Reticente, Gwen miró a la yegua y después a Luc.

—¿Estás seguro?

—Sí. Estoy seguro.

—Gracias —dijo ella con una mirada dulce—. Por todo.

—No hay de qué —respondió, mirándola fijamente un instante.

Apartando la vista de inmediato, Gwen extendió un saco de dormir encima del catre y se metió dentro.

En cuestión de segundos se quedó profundamente dormida.

Luc la observó unos segundos mientras dormía.

Era tan caprichosa, tan testaruda, tan independiente…

Apartó la vista, frunciendo el ceño.

—Apuesto a que estas cansada —le dijo a Pyrrha, acariciándola —. Esta noche nos has dado un buen susto.

El animal abrió los ojos, miró a su alrededor y volvió a cerrarlos. El caballo confiaba en él, pero Gwen no.

Volvió a mirar a la joven. ¿Por qué le interesaba tanto tener su confianza?

Al fin y al cabo, lo único que quería era meterla en su cama, y nada más…

Al día siguiente Gwen se sintió como si tratara de emerger a la superficie desde lo más hondo del océano. Podía ver la luz a lo lejos, pero algo le impedía salir de las profundidades del sueño. Parpadeó varias veces y finalmente despertó, aturdida y desorientada.

Le llevó un momento averiguar dónde estaba y por qué, pero entonces recordó lo ocurrido el día anterior. El aroma a heno fresco deleitaba su sentido del olfato.

Miró hacia la cuadra de Pyrrha y vio a Luc montando guardia. Una botella de agua medio vacía estaba apoyada encima de la puerta. Desde esa perspectiva sus anchas espaldas y su imponente estatura eran más evidentes que nunca.

Había algo en él que la hacía calmarse.

Respirando profundamente, salió del saco de dormir. Luc se

volvió hacia ella en ese momento, se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio y le ofreció una mano.

Sorprendentemente, ella la aceptó y se detuvo a su lado para contemplar al caballo.

Pyrrha dormía plácidamente, confiada y tranquila.

Gwen miró a Luc con cara de asombro. Los caballos no se echaban a dormir a menos que se sintieran a salvo.

El asintió con la cabeza y sonrió.

—¿Cuánto ha dormido? —susurró Gwen, señalando su reloj de muñeca.

—Unos treinta minutos.

Gwen continuó contemplando el caballo y Luc le puso el brazo sobre los hombros, invitándola a recostarse contra él.

Y ella así lo hizo, apoyando la mejilla sobre la solapa de su chaqueta y acurrucándose en su abrazo.

Hacía mucho, mucho tiempo que las cosas no iban tan bien.

Un cuarto de hora más tarde Pyrrha se despertó. Se puso en pie, miró en la dirección de Luc y entonces empezó a caminar por la cuadra.

—Increíble. Parece que quería asegurarse de que seguías aquí.

—Sí —dijo él, asintiendo—. Ahora empiezo a entender por qué te gusta tanto estar aquí.

—Es totalmente distinto a Los Angeles.

—Aquí sólo hacen falta las cosas básicas de la vida —dijo él, volviéndose hacia Gwen y acariciándole el cabello.

Lentamente bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos, deleitándola con sus caricias firmes, pero seductoras.

Tres segundos más tarde, Gwen deseaba mucho más.

Luc empezó a besarla en la cabeza y deslizó una mano por dentro de su chaqueta hasta llegar al final de su espalda. Entonces tiró hacia sí y la hizo arrimarse a él para hacerla sentir su excitación.

Gwen lo agarró de la cabeza y lo hizo besarla con frenesí. Quería sentirlo todo de él, así que le puso las manos sobre la espalda y lo atrajo hacia ella.

Luc emitió un gruñido gutural y se apartó un instante, mirándola a los ojos.

—No empieces nada que no quieras terminar.

Ella respiró profundamente y se rindió al deseo que la dominaba.

—No lo haré —dijo, finalmente—. ¿Y tú?

El abrió los ojos, sorprendido ante semejante desafío, y la tomó en brazos.

—Estoy listo para lo que quieras darme.

A Gwen se le secaron los labios al oír el tono seductor de esas palabras.

Luc la tumbó en el saco de dormir y se acostó a su lado. Mientras la besaba con pasión le quitó la chaqueta y el suéter, y no tardó de deshacerse del sujetador. Una brisa fresca acarició el cuerpo desnudo de Gwen, pero él la cubrió con su cuerpo y sus manos rápidamente.

Y entonces empezó a mordisquearle los pechos y la sintió estremecerse debajo de él. De pronto ella metió las manos entre ellos y empezó a tirarle de los pantalones.

Aún quedaba ropa de la que deshacerse, así que Luc giró a un lado y la ayudó a quitarse las prendas inferiores mientras hacía lo propio con sus pantalones.

—Quiero tocarle por todas partes —le dijo, poniéndose encima de ella nuevamente.

Mientras cubría uno de sus apetecibles pezones con los labios, deslizó una mano entre sus piernas y pronto encontró el centro de su feminidad, húmedo y dispuesto para él.

—Eres tan suave… Tienes que ser mía —le susurró, separándole los muslos.

Rebosante de deseo, Gwen levantó las caderas para recibir todo el empuje de su potencia masculina, y entonces se detuvo, deleitándose con la exquisita intimidad de sus cuerpos entrelazados y unidos.

Pero Luc ya no podía aguantar más, así que comenzó a moverse a un ritmo delicado que, finalmente, sin prisa pero sin pausa, la llevaría al cielo que jamás había conocido.

Capítulo 7

Tumbado en la cama, Luc empezó a tener ideas que, lejos de ser las de aquel hombre sensible que susurraba a los caballos, se parecían a las del playboy que todos creían que era. ¿O lo era en realidad?

Por fin la sangre le había vuelto a la cabeza después de unos momentos de tórrida pasión, pero… ¿Cómo había sido capaz de cometer semejante locura?

«No ha sido más que una estupidez», se dijo a sí mismo.

Se había propuesto meterla en su cama, pero en ningún momento había pensado en acostarse con ella sin protección. Sin embargo, una mujer como Gwen debía de tomar la píldora… Era demasiado hermosa y sensual como para no tener un plan B. Además, seguro que había estado con otros hombres desde su divorcio.

«Disfruta del momento, disfruta de la mujer y olvida todo lo demás».

Deslizó los dedos sobre su sedoso cabello. Sentir la ligera presión de sus senos sobre el pecho, la caricia de su aliento sobre el cuello… Todo en ella era maravilloso y va la deseaba de nuevo.

Pero debía poner freno a su apetito carnal.

—Aunque esta experiencia ha sido de lo más placentera, preferiría volver a hacerlo en una cama de verdad.

Ella se rió suavemente, retorciéndose contra él.

—No es mala idea. Estoy de acuerdo. Un colchón es mucho mejor que el suelo. A lo mejor es porque ya ando cerca de los treinta.

—Eso lo dirás tú. Yo superé lo de dormir en el suelo a los veinticinco.

—Eso es porque eres un niño mimado —dijo ella, frotándose la cara contra su pecho fuerte.

—No soy un niño mimado. Trabajo muy duro —replicó, un tanto molesto.

Ella le agarró el trasero.

—Desde luego, conmigo sí que has trabajado duro —le dijo en un tono pícaro.

El soltó una carcajada y la hizo levantar la cabeza.

—Eres increíble.

Gwen se mordió los labios y cerró los ojos.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó, volviéndolos a abrir. Luc sacudió la cabeza.

—No me digas que no lo sabes. Fuiste nombrada la mujer más sexy del año.

Ella se apartó un poco.

—¿Por eso querías estar conmigo?

—No —dijo él, sin vacilar—. Te quería porque… —se detuvo y sacudió la cabeza—. Ni siquiera puedo decir todas las razones. Es una locura, para tratarse de un hombre que se gana la vida diciendo las cosas apropiadas, ¿no?

Gwen suspiró y se apoyó sobre él como si confiara.

—La mujer más sexy del año llevaba toneladas de maquillaje y pestañas postizas para la sesión de fotos. Me pusieron colorete en los pechos y me los apretaron para realzar el escote. Llevaba un falso bronceado en los muslos… Una falsa «yo». Esta es la auténtica Gwen.

—A mí me gusta. Y quiero más. Si sigues mirándome así me olvidaré de que estamos tumbados sobre sacos de dormir en un granero y volveré a hacerte el amor.

Ella le lamió los labios con la lengua y el cuerpo de Luc respondió al momento.

—¿Y eso sería tan malo?

Luc masculló un juramento y la hizo ponerse encima de él. Y entonces Gwen se deslizó hacia abajo y absorbió toda su potencia masculina.

Luc gimió de placer y, agarrándola del trasero, flexionó la pelvis hacia arriba.

Ella empezó a subir y bajar sobre él a un ritmo suave, pero firme.

Sus senos le rozaban el pecho, pero él quería mucho, mucho más. Ella volvió a subir y sus pechos rozaron el rostro de Luc, que ya casi no podía aguantar más.

Incorporándose un poco, capturó uno de sus pezones con los labios.

Ella sabía tan bien…

Se dejó llevar por aquella cadencia erótica y absorbió sus

espasmos de placer, hundiéndose aún más en el centro de su feminidad y deleitándose en aquella dulce agonía que ya casi se volvía dolorosa.

Ella siguió cabalgando como si estuviera dispuesta a exprimir hasta la última gota de su espíritu con su aterciopelada feminidad y, poco después, Luc sucumbió a las delicias del más puro éxtasis.

A la mañana siguiente, Gwen se despertó de la siesta con mucha energía y con una sensación de realidad de jamás había experimentado. Dejó a Pyrrha al cuidado de un trabajador de confianza e hizo que colocaran un cartel para que nadie dejara la puerta abierta.

Iban de camino a la casa cuando el móvil de Luc empezó a sonar. Al ver el número, le lanzó una sombría mirada a Gwen.

—Gracias, pero no. No soy actor y nunca he querido serlo. Le deseo mucha suerte con su nueva película. Adiós —se volvió hacia Gwen y sacudió la cabeza—. Solteros desnudos en Los Angeles. ¿Qué clase de título para una película es ése? A lo mejor voy a tener que contratar a un publicista para…

El móvil sonó de nuevo y Luc masculló un juramento.

—Luc Hudson —dijo en un tono cortante—. Gracias, pero no. No estoy interesado en escribir un libro sobre técnicas sexuales para hombres. Adiós.

Frunciendo el ceño, Gwen apuró el paso, pero Luc no tardó en alcanzarla.

—Me has metido en un buen lío —le dijo.

Incapaz de contener la risa, Gwen se volvió hacia él y se encogió de hombros.

—Sólo decía la verdad. No puedes culparme por ello.

La mirada de Luc se oscureció.

—Podría decir lo mismo de ti, pero no quiero que me salgan competidores por todo el estado de Montana.

Ella sacudió la cabeza.

—Lo siento. No creí que causaría tantos problemas.

—Voy a enviarle instrucciones a mi asistente personal y empezaré a usar otro número de teléfono. Les diré que estoy muy ocupado con mi prometida —dijo con una risotada sensual—. ¿Cómo tienes pensado mantenerme ocupado?

Al ver la expresión de su rostro, el corazón de Gwen latió con

más fuerza. En ese momento se le ocurrían muchas maneras de mantenerlo ocupado.

—Hay que sacar mucho estiércol. Con la pala —le dijo finalmente, poniendo una cara seria.

—Bruja —respondió Luc, cargándola en brazos—. Te enseñaré cómo mantenerme ocupado.

Aunque no hubiera dormido nada, Luc se habría llevado a Gwen a la cama de no haber sido porque su teléfono móvil volvía a sonar de nuevo.

Esa vez era su hermano Devlin.

—Es mi hermano. Tengo que contestar.

—Iré a darme una ducha.

—Hola, Dev.

—¿Qué demonios…? —preguntó su hermano, que siempre iba al grano.

—Me dijiste que me ocupara del problema de Nicki McCord, ¿no? Eso es lo que estoy haciendo.

—Y todo lo que Gwen McCord ha contado en la tele, ¿también era parte del plan?

A Dev nunca le había gustado que los asuntos privados de la familia se filtraran a la prensa. Separar la vida privada de los negocios era su máxima prioridad.

—Estás celoso porque no eres tú —le dijo Luc.

Hubo una pausa.

—Yo tengo mis propios proyectos. Sólo quiero que los Hudson no se conviertan en el hazmerreír de Los Angeles. Eso nunca es bueno para los negocios.

Luc se quitó la chaqueta y el sombrero.

—No lo teníamos planeado —admitió—. Fue sólo una broma. Pero si consigo restarle importancia, no hará sino beneficiar los intereses de la familia.

—¿Me estás diciendo que ella no lo sabe de primera mano? Porque si un día se queda sin dinero y decide vender una exclusiva sobre su aventura amorosa con uno de los Hudson, será mejor que nos echemos a temblar.

—Ella es la menos interesada en hacer algo así. Lo que más le importa es el centro de recuperación de caballos —dijo Luc.

—Parece que te ha vendido. No te habrá dado por rescatar a

otra damisela en apuros, ¿verdad?

—Te agradezco la preocupación, Dev, pero puedo ocuparme de esto yo solo.

Se hizo un largo silencio.

—De acuerdo. Sólo una cosa más: ¿sigue siendo tan hermosa?

—Más.

Dev se rió.

—A lo mejor podrías convencerla de que volviera a Hudson Pictures.

—Dice que no le interesa.

—Todas dicen lo mismo, pero cuando llega el papel adecuado…

Luc se encogió de hombros.

—Ya veremos.

—Muy bien. La traerás de vuelta a Los Angeles dentro de una semana, ¿no?

—Ese es el plan —dijo él, aunque no las tuviera todas consigo—. Hablamos luego.

—Hasta luego, bomba sexual —se despidió Dev antes de colgar.

Luc se guardó el móvil. Lo que necesitaba en ese momento era darse una buena ducha. Entró en el cuarto de baño, se desvistió y abrió el grifo.

Se paró bajo el chorro de agua caliente y empezó a pensar en Gwen. No quería alejarse de ella ni un momento y era evidente que la atracción entre ellos era muy poderosa. Sin embargo, ya no eran unos jovenzuelos y tenían que controlar la situación.

Gwen se secó el cabello con la toalla y trató de recuperar el sentido común. ¿Acaso había perdido el juicio? ¿Cómo había podido involucrarse con el soltero más codiciado de Hollywood?

A lo mejor le hacía falta tener una aventura, pero las cosas habían tomado un color diferente. La atracción era demasiado profunda.

Mascullando un juramento, echó la cabeza hacia delante y empezó a secarse el pelo con el secador. Su mente corría a mil por hora, pero no veía las cosas claras.

Quizá debían dejarlo en ese momento. Después de todo, el falso compromiso hacía aún más inverosímil toda la situación.

—Una locura, una locura, una locura —susurró para sí.

Se dio la vuelta y allí estaba Luc, desnudo, excepto por la toalla

que llevaba alrededor de la cintura. Una blanca cicatriz le cruzaba el bajo vientre.

Gwen levantó la vista lentamente y lo miró a los ojos. El secador se le escurrió de entre las manos.

—Vaya —dijo él, recogiéndolo del suelo y apagándolo—. Siento haberle asustado.

Ella se apretó un poco más el albornoz amarillo que llevaba puesto.

—Sí que lo has hecho —respondió, reparando en sus marcados abdominales—. Sorprenderme, digo.

—Pensé que podrías arrepentirte de lo que hicimos la otra noche —dijo él—. Una y otra vez.

—Bueno, estaba pensando.

—Lo creas o no, yo ya pienso bastante por los dos —dijo, pasándose la mano por el pelo.

—¿En serio? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí. No vine a Montana para seducirte.

Gwen guardó silencio.

—Pero una vez aquí, supe que te deseaba.

—Yo también, pero…

—Sin «peros» —dijo Luc, levantando una mano—. Hemos compartido algo increíble. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así. ¿Y tú?

Gwen pensó que jamás había experimentado algo así, pero no se atrevió a confesarlo.

—No.

Él le puso las manos sobre los brazos.

—Entonces, no quiero perdérmelo por haber empezado así.

—¿Te refieres a lo del chantaje?

—Se podría decir así.

—¿Es que hay alguna otra manera de decirlo?

—Necesitas algo de mí. Y yo necesito algo de ti.

Ella cerró los ojos y trató de pensar.

—¿Entonces esto es una cana al aire? ¿Una aventura?

—No lo sé. Averigüémoslo.

Gwen abrió los ojos. La sinceridad de Luc acababa de golpearla de lleno.

Podría haberle hecho falsas promesas; dejar que se hiciera

ilusiones con un final feliz…

—Te deseo. Y tú me deseas. Es algo más que físico. No eres lo que yo esperaba.

Gwen se apartó el cabello, todavía húmedo, de la cara.

—¿Y qué esperabas? —preguntó, incapaz de negar la curiosidad que sentía.

El se encogió de hombros.

—Otra actriz superficial y alocada; una superestrella presa de un pasajero arrebato campestre.

Ella sonrió porque lo que Luc acababa de describir era el típico cliché. Las actrices no eran ejemplos de estabilidad y constancia precisamente.

—Este es mi hogar. Siempre que estoy lejos de aquí es de forma temporal. Para mí, este lugar es mi casa.

—Ya lo sé. Tienes suerte de haberlo encontrado… Tu hogar —le dijo, estrechándola entre sus brazos con suavidad y ternura rozó su frente contra la de ella y entonces le dio un cálido beso.

A Gwen se le aceleró el corazón.

Luc enredó los dedos en su cabello y se apartó un instante. Respiró hondo y masculló un juramento.

—Esta vez voy a tratar de ser un adulto responsable. ¿Estás tomando la píldora?

Gwen sintió un nudo en el estómago al oír la pregunta.

—No, pero…

—¿Pero?

—Pero el médico que ha dicho que probablemente me será muy difícil quedarme embarazada.

El asintió, pero no hizo más preguntas.

—A partir de ahora, usaremos protección —añadió.

—Muy bien —dijo ella, apoyando la cabeza en su pecho musculoso—. ¿Podemos empezar ahora? —le preguntó, deslizando una mano hasta su hombro.

Luc le abrió el albornoz y lo dejó caer al suelo.

—Oh, sí.

—Una cosa más —dijo Gwen, sucumbiendo al hechizo de la pasión.

—¿Qué?

—Creo que deberías posar para…

Él le tapó la boca con un beso ardiente.

—Cállate —susurró.

En días sucesivos tomaron la costumbre de levantarse pronto para ir a ver los caballos. Por la tarde Luc se ocupaba de sus negocios y Gwen seguía trabajando con los caballos o iba a hacer recados al pueblo.

Pero lo mejor de todo eran las noches. Eran mejor que el mejor chocolate del mundo.

Luc y ella disfrutaban de los manjares que les preparaba el chef de Luc, acompañados de buen vino y de la conversación más amena. Y después jugaban al póquer… o al sexo.

Gwen jamás se había sentido tan feliz en toda su vida.

El miércoles, al volver del establo, Gwen se encontró con un todoterreno desconocido aparcado frente a la casa. El vehículo le resultaba familiar, pero por más que intentaba recordar no lograba identificarlo.

Al entrar por la puerta principal se encontró con Dane Gibson. Luc estaba frente a él.

Gwen hizo una mueca. Le había prometido que asistiría a una gala benéfica, pero de eso ya hacía casi más de un mes, lo cual significaba que… quedaban unos pocos días para el evento.

—Hola —les dijo.

Los dos hombres se volvieron hacia ella.

—Hola, preciosa —dijo Dane—. Te veo muy bien.

Gwen no pudo evitar sonreír. Dane tenía don de gentes. No era precisamente un vaquero, pero hacía todo lo posible por parecerlo, sobre todo porque estaba muy interesado en ella, o mejor dicho, en la celebridad que había sido.

—Ya veo que conoces a Luc Hudson.

—De Hudson Pictures —dijo Dane, claramente impresionado—. No sabía que íbamos a asistir a la gala benéfica de Montana.

Gwen arrugó el entrecejo.

—Supongo que se me pasó. Lo siento. He estado un poco ocupada.

—No tiene importancia. Tenemos dos días. Se me ocurrió pasarme con una botella de buen vino para asegurarme de que te acordabas.

Luc la atravesó con la mirada.

—Eh… —dijo ella, apoyándose en un pie y luego en el otro.

—¿Sí? —dijo Luc, con el rostro de piedra.

Gwen se aclaró la garganta y miró a Dane.

—No puedo ir contigo, Dane. Estoy prometida.

Los dos hombres la miraron con gesto perplejo. Ella levantó la barbilla.

—Qué rápido —dijo Dane, arqueando una ceja.

—Sí, así es. ¿Os apetece un café?

—Yo preferiría un whisky —dijo Dane.

—Yo no tengo sed —contestó Luc.

Gwen se dirigió hacia el armario de las bebidas.

—No tengo mucho alcohol para que Nicki no se sienta tentada cuando viene —sacó una caja cerrada con llave, la abrió y sacó una botella de whisky.

Buscó dos vasos de chupito y los puso sobre la mesa junto con la botella.

Dane agarró la botella y se sirvió una copa.

—Tienes que asistir —le dijo—. Todo el mundo cuenta con que des el discurso de bienvenida. Además, así puedes darle un empujón al programa de recuperación de caballos. Tenemos un trato.

—¿Trato? —preguntó Luc.

—Dane ha aceptado adoptar algunos de los caballos después de que yo los rehabilite.

Luc asintió con la cabeza.

—Podría ir contigo a la gala benéfica —dijo.

—Sí, pero eso me dejaría a mí sin acompañante superestrella —intervino Dane.

Gwen miró al techo, exasperada.

Luc debió de verla, porque sus labios dibujaron una mueca divertida.

—¿No tienes alguna sustituta? —preguntó Luc.

—A nadie como ella —dijo Dane, señalando a Gwen con entusiasmo—. No solemos tener a muchas estrellas de cine en Montana.

Luc se encogió de hombros.

—¿Y no podrías llevar a otra actriz?

—¿A quién? —preguntó Dane enseguida.

—Tal vez esté muy ocupada, pero yo podría tirar de algunos hilos —dijo Luc—. Ahora está muy cotizada. Ha sido portada de algunas revistas y ha hecho algunos papeles en películas independientes.

Dane arrugó el ceño.

—¿Quién es? ¿Es conocida?

—Si no es así, pronto la conocerán. Pero no sé si estarás a la altura. Es una bomba, una pelirroja.

Dane hinchó el pecho.

—Claro que estaré a la altura. ¿Quién es?

—¿Quieres ver una foto?

—Claro.

Gwen también sentía curiosidad.

Luc abandonó la habitación y volvió con el portátil. Presionó algunas teclas y le dio la vuelta a la pantalla para enseñarle la foto a Dane.

Se trataba de una pelirroja despampanante con un cuerpo de infarto y un impresionante traje de gala.

—No está mal.

Gwen no tardó en reconocer a la mujer y entonces sonrió.

—¿Seguro que puedes conseguirla? Ahora está en la candelera.

—Puedo intentarlo —dijo Luc—. Se llama Isabella —le dijo a Dane—. Isabella Hudson.

Dane arqueó las cejas.

—Hudson. ¿Hay algún parentesco?

—Es mi hermana.

—Oh —Dane miró la foto de nuevo—. Si me traes a Isabella y Gwen y tú asistís al evento, entonces hay trato.

Cinco minutos después, Dane se marchó de la casa y Gwen respiró, aliviada por fin.

—Creía que no estabas comprometida con nadie.

—Y no lo estoy —dijo ella—. Y no tengo nada con Dane. El me ayudó mucho cuando empecé con lo de los caballos.

—Pero está claro que busca algo —dijo Luc.

—Una noche intentó… —se detuvo—. Dane es la clase de hombre que les tira los tejos a todas las mujeres. Seguro que se los tirará a Isabella, así que tienes que hacerte a la idea.

—Isabella creció con tres hermanos. Puede arreglárselas ella

sólita —dijo, riendo—. El viejo Dane debe de haberse llevado una gran decepción. Se llevó la botella de vino.

—Seguro que ya está hablando por teléfono con algún columnista de crónica social. No se consiguen tres celebridades por una todos los días.

—Pero no te consiguió a ti —dijo Luc, estrechándola entre sus brazos.

—Pero a mí no me quería. Sólo quería a Gwen McCord, la estrella de cine.

—Entonces, está loco —afirmó Luc antes de darle un apasionado beso.

Aunque no estuviera dispuesta a admitirlo, Gwen disfrutó mucho de los días siguientes. Desde su improvisado despacho, Luc se ocupaba de los negocios durante el día y apagaba su fuego en la cama todas las noches. No obstante, no todo era sexo. El la ayudaba con los caballos, jugaba al póquer con ella y también la ayudaba con la iniciativa del centro de recuperación. Entre otras cosas, le hizo una página web y diseñó un plan de negocios para ayudarla a organizar voluntarios y gestionar las finanzas del campamento de verano que quería montar.

Gwen estaba demasiado ocupada con las necesidades diarias de los caballos como para pensar en el aspecto comercial de las cosas. Sin embargo, era consciente de que no podría contar con los ingresos y la generosidad de su tío de forma indefinida.

Isabella accedió a asistir a la gala benéfica con Dane con la condición de que Gwen y ella pasaran un día entero en un spa antes del evento.

Gwen y Luc viajaron a Bitterroot Valley, lugar donde iba a tener lugar la fiesta, y después se dirigieron al aeropuerto para recoger a la hermana de Luc, que llegaba en un jet privado.

Desde la zona de embarque, Gwen vio bajar del avión a la joven. Isabella Hudson bajó las escaleras con el cabello al viento y un pequeño perrito entre los brazos. La fuerte brisa le abrió el abrigo de piel, descubriendo un minúsculo vestido.

Gwen sintió pena por ella de inmediato.

—Se tiene que estar congelando.

—Ya se lo advertí —dijo Luc—. Y te lo dije a ti. Bella es... —

hizo una pausa—. Una fuerza de la naturaleza.

Bella irrumpió en la terminal con un gesto de asombro en los labios.

—¿Pero quién querría vivir en un sitio como éste? ¿Seguro que Montana no es un glaciar?

—Yo también me alegro de verte —dijo Luc, estrechando a su preciosa hermana entre sus brazos—. Ya te dije que aquí hace frío. Mucho frío.

—Pero esto es absurdo —dijo, mirando por encima del hombro.

Su mirada de color azul cristalino se encontró con Gwen.

—Gwen McCord, eres tú —dijo, con una espléndida sonrisa.

El perrito emitió un dulce ladrido.

—Estás poniendo nervioso a Muffin, Luc.

—Ya veo —murmuró él, soltando a su hermana—. Bella, ésta es Gwen.

Bella le lanzó una mirada seria antes de volverse hacia Gwen.

—Un placer. Siempre te he admirado.

—Gracias —dijo Gwen, mirando al perrito e intentando descifrar la raza.

Parecía una mezcla entre terrier y bullbog, y era tan feo que resultaba gracioso.

—¿Y qué te ha hecho venirte a este lugar? Dime que es temporal.

Gwen sacudió la cabeza.

—Me encanta lo que hago aquí. No lo cambiaría ni por un Oscar.

—Vaya —dijo Bella con el rostro serio—. Bueno, ya hablaremos de ello cuando estemos en el spa —se volvió hacia Luc—. ¿Quieres que nos hagamos algunas fotos en el spa?

—Buena idea —dijo Luc y miró a Gwen—. ¿Te importa?

—Siempre y cuando esté vestida…

Bella hizo un gesto con la mano.

—Oh, no te preocupes. Les dejaremos hacer fotos mientras nos hacen la pedicura.

—Llevaré zapatos cerrados, pero…

—Si has estado encerrada en un rancho, estoy segura de que tus pies te agradecerán los mimos.

Horas más tarde, después de un tratamiento facial y un masaje, Gwen se sentó junto a Bella mientras la fotógrafa les hacía fotos.

—No soy capaz de mentir —dijo Gwen—. Echo esto mucho de menos.

—Yo siempre digo que las pedicuras deberían ser obligatorias para las mujeres. Deberían deducir impuestos. Los seguros tendrían que cubrirlas.

Gwen sonrió.

—Parece buena idea. Te vi en la película *Non—Tranquil*. Lo hiciste muy bien.

—Oh, gracias. Ojalá se fijara algún director de renombre.

—Lo harán —afirmó Gwen—. Tienes talento, belleza, fuerza y fuego.

—Sólo espero no haberme hecho vieja para cuando me den una oportunidad. A veces mi apellido me hace un flaco favor.

—Tienes que ser el doble de buena que otra gente —dijo Gwen —. Pero, por suerte para ti, eso no es difícil.

Bella la miró a los ojos.

—Tienes razón, y gracias por el voto de confianza. Ya entiendo por qué te quiere mi hermano.

Gwen miró a la fotógrafa.

—¿Ha tenido ya bastante?

La mujer asintió.

—Sí. Le enviaré las fotos al señor Hudson.

Gwen le dio las gracias y se volvió hacia Bella.

—Has sido muy amable asistiendo a esta gala con tan poco tiempo de antelación.

Bella le restó importancia con un gesto.

—Luc me recordó que le debía un favor. Oh, ¿a quién estoy engañando? Yo haría cualquier cosa por él. Me ayuda siempre que puede. Tengo mucha suerte —hizo una pausa—. La mujer que se gane su corazón será muy afortunada.

—No creo que sea de los que sientan la cabeza —dijo Gwen.

—Ahí te equivocas. Lo del playboy seductor no es más que una fachada. Cuando se compromete, es para siempre. El siempre ha sabido resolver problemas y necesita a alguien que sepa apreciar esas cualidades y que no se aproveche de él.

Gwen asintió.

—Vivimos en mundos muy distintos.

—He visto cómo lo miras y cómo te mira él —Bella la miró fijamente—. Esos mundos distintos no os han impedido ser amantes.

—Estamos prometidos —dijo Gwen, sin saber cuánto sabía Bella —. Nos queremos mucho.

Bella la miró con ojos penetrantes y bajó la voz.

—Pero la pasión no era parte del plan, ¿verdad? Te advierto una cosa: nunca le mientas. No tengas ningún secreto con él. Si lo haces, te arrepentirás toda la vida.

Capítulo 8

Luc entró en el salón de fiestas sin poder apartar los ojos de Gwen. Ella le dio su capa a la mujer del ropero y se echó el pelo por encima de los hombros. Su vestido de terciopelo negro se le deslizaba sobre los hombros y abrazaba sus curvas como lo haría un amante, dejando ver un atisbo de su delicioso escote. Sus labios rojo carmín y su dramática mirada revelaban a la rompecorazones que había en ella.

Todas las cabezas se volvieron hacia ellos mientras entraban en el enorme salón.

—Estás maravillosa —le susurró él al oído—. Pero también estás preciosa sin ese vestido.

Gwen esbozó una sonrisa y lo miró a los ojos. Se puso de puntillas y le dio un beso.

—Has dicho algo perfecto.

Los flashes de las cámaras sonaron a su alrededor y miles de destellos los cegaron momentáneamente. Luc la atrajo hacia sí, agarrándola de la cintura y sintiendo el agradable tacto de sus curvas aterciopeladas bajo los dedos.

—No me lo puedo creer —dijo Bella, mirando hacia su izquierda —. Mirad quién está aquí.

Luc siguió la mirada de su hermana y se encontró con la mujer a la que se refería Bella.

—Leslie Shay.

—¿Quién es?

—Una periodista de la prensa sensacionalista. Su único propósito en la vida es echarles porquería encima a los Hudson.

—Lo que quiero saber es dónde está la línea que hay que cruzar para convertirse en un acosador —dijo Bella.

—Desafortunadamente, cuando se trata de la prensa, esa línea es muy borrosa —respondió Luc.

—Yo digo que… —intervino Gwen, agarrándolo de la barbilla—, podemos darle algo de qué hablar —le dio un apasionado beso en los labios.

Se oyó un rugido de aplausos y las cámaras centellearon de nuevo.

El se apartó y se rió.

—Tú sí que sabes cómo armar un lío sin mover ni un solo dedo.

—Soy como tú —dijo Gwen—. Dame veinte minutos y habré terminado.

—Entonces deberíamos ponernos en marcha. Enfrentémonos a esa dragona primero —miró hacia Leslie y los tres se dirigieron hacia ella.

Leslie no tardó en hacerle señas a su cámara.

—Luc Hudson y Gwen McCord. Nos habéis sorprendido mucho. Nunca os habíamos visto juntos hasta que anunciasteis el compromiso. ¿Cómo lograsteis mantenerlo en secreto?

—En Montana hace mucho frío —dijo Gwen con una sonrisa—. Eso disuade a los paparazzi, que están acostumbrados al clima amable de Los Angeles.

—Resulta irónico que tu compromiso coincida con la nueva visita de tu hermana a la clínica de desintoxicación. ¿Tienes algo que decir al respecto?

Gwen se puso pálida y Luc salió en su defensa.

—Gwen está muy preocupada por su hermana. Los dos lo estamos. Nicki ha tenido una vida difícil y no siempre ha conseguido manejar bien las cosas, pero los dos estamos muy orgullosos de ella por haber pedido la ayuda que necesita.

—No obstante, esto no debe de ser muy bueno para Hudson Picture, sobre todo porque el estreno de verano está a la vuelta de la esquina.

—Sé que eres una mujer sensible, Leslie —dijo Gwen—. Te agradezco tu preocupación por mi hermana. Yo la quiero muchísimo y lo que más quiero en el mundo es verla feliz y sana.

Leslie asintió.

—Tú siempre tan amable, Gwen. ¿Te veremos en alguna película de Hudson Picture pronto? Gwen se rió.

—Estoy retirada y prometida.

—Una gran pérdida para nosotros —dijo Leslie—. Seguro que tu ex marido está que se sube por las paredes. No ha vuelto a tener mucho éxito desde tu última película.

Luc volvió a intervenir.

—Lo siento, Leslie. Nos están haciendo señas. Que disfrutes de la fiesta —dijo y se llevó a Gwen de allí.

Ella respiró profundamente.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Ella asintió.

—Le encanta ponerse medallas, ¿verdad?

—Y además creo que estaba colada por mi tío, pero la cosa no funcionó —dijo Luc. Un amor no correspondido o algo así.

—A lo mejor es buena idea hacer esta aparición esta noche —esbozó una sonrisa enigmática—. Pero presiento que la noche va a ser muy larga.

—Después nos daremos un buen baño… Tú y yo.

Ella esbozó una sonrisa sensual.

—Eso me gusta.

Gwen y Luc se pasearon entre los imitados, saludaron a todos los conocidos y, cuando llegó la hora del discurso de bienvenida, Gwen se hizo con la atención de todos con unas palabras apasionadas y conmovedoras que no dejaron a nadie indiferente.

Bella tocó a su hermano en el hombro.

—Es increíble. ¿Estás seguro de que no puedes convencerla para que vuelva?

Luc la observó mientras bajaba las escaleras y entonces vio un atisbo de vulnerabilidad en sus ojos.

—Ahora no.

A lo largo de la velada la gente se acercó a Gwen y a Bella para pedirles autógrafos y hacerse fotos con ellas.

—¿Qué tal vas? —le preguntó Luc, apartándola a un lado.

—Ya casi he terminado —dijo Gwen—. Aunque es una multitud agradable, estoy cansada y me falta forma.

—A mí no me engañas —dijo Luc—. Yo digo que empecemos con las despedidas.

Le estrechó la mano a Dane y le dio un abrazo a su hermana.

—Me la debes —le recordó ella.

—Pero si a ti te encanta ser el centro de todas las miradas. Has disfrutado cada minuto.

—Sí, excepto por la inhospitalaria temperatura. Ella es diferente, ¿no? —dijo Bella, mirando a Gwen—. Lo digo en el buen sentido. Pero no es tu tipo, ¿verdad?

—Ya sabes. No soy tan tonto como para morder el anzuelo.

—De acuerdo, sé como tú quieras. Te quiero —dijo Bella y le dio otro abrazo.

Sacando a Gwen del grupo de fans, la condujo al ropero y, justo después de ayudarla con el abrigo, se les acercó una mujer.

—Puede que todo el mundo se derrita a tus pies, pero yo sé la verdad. Dejaste a tu marido en la estacada después de acceder a hacer su película y rompiste el trato. Como no pudo conseguir todo el apoyo que necesitaba para seguir adelante con el proyecto tuvo que echar a un montón de gente. No tienes ni idea de cuántas vidas arruinaste con tu…

Dispuesto a no tolerar ni un minuto más de aquel ataque, Luc se interpuso entre la mujer y Gwen.

—Ya es suficiente. Usted no tiene ni idea de lo que ocurrió entre Gwen y su marido. No se merece ser objeto de su furia a causa de la mala gestión de Peter Horrigan. Si nos disculpa… —dijo y se llevó a Gwen de aquel lugar.

La hizo subir a la limusina.

Ella recostó la cabeza contra el respaldo del asiento y suspiró.

—Y esto no es más que el principio.

Exhausta y molesta, Gwen entró en la suite reservada para Luc y para ella y se dirigió a uno de los dormitorios. Se quitó los pendientes y el collar, se bajó de los tacones y trató de bajarse la cremallera del vestido.

Luc puso sus manos sobre las de ella.

—Yo lo hago —le dijo.

Ella lo dejó bajarle la cremallera hasta la base de la espalda y entonces sintió una ola de frío sobre la piel.

Pero Luc puso las manos sobre su espalda.

—Lo has hecho muy bien esta noche. Después de lo de Leslie Shay y esa mujer del ropero, pensaba que no soportarías la presión. Pero mantuviste el tipo durante toda la velada.

Una sensación de asfixia se apoderó de ella y la hizo dar un paso atrás. Otra vez se veía obligada a vivir una mentira.

—Esperaba que la gente no hiciera preguntas sobre Peter.

—Teníais una relación muy pública.

—No porque yo quisiera —dijo, sintiendo cómo la amargura la atravesaba por dentro como el ácido.

—Desde fuera parecía que disfrutabas tanto como él.

—Al principio era toda una novedad, pero con el tiempo quise

mantenerlo todo en secreto. Peter no estaba de acuerdo. Siempre decía que era estúpido no usar nuestra relación como medio para avanzar en nuestras carreras. Yo creo que más bien se trataba de su carrera se detuvo al recordar las discusiones que habían tenido—. Estoy segura de que no tengo que recordarte que a veces las apariencias engañan.

—No me has dicho mucho de tu matrimonio.

—Y no quiero hacerlo. Creo que voy a acostarme pronto.

—Tu baño está listo —le dijo él con una expresión indescifrable.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Cómo?

—Llamé por teléfono.

Los sentimientos encontrados de Gwen se agitaron en su interior. Por una parte, se arrepentía mucho de haber accedido a formar parte de aquella farsa, pero por otra, no podía evitar sentir debilidad por él cuando salía en su defensa.

—No me gusta vivir en una mentira.

—A mí tampoco —dijo él.

—¿Cómo vamos a tener una aventura en esta situación? Es absurdo. ¿Acaso es sólo por conveniencia?

Luc soltó una carcajada.

—Yo diría que mis sentimientos por ti son de lo más inconvenientes. Y a lo mejor los tuyos también. ¿De verdad quieres darles la espalda?

—Sí —dijo ella—. Sí.

El se quedó inmóvil, haciéndola sentir transparente, como si pudiera leer lo que pasaba con su mente como si fuera un libro; como si supiera lo mucho que lo deseaba.

—Yo sí quiero darle la espalda a lo que siento por ti —admitió ella—. Pero no puedo.

Después de la gala benéfica, Luc y Gwen pasaron cinco días recluidos en casa y Luc saboreó cada momento a su lado. Sorprendentemente, no echaba de menos el ajetreo de Los Angeles, pero tanto Gwen como él sabían que pronto llegaría el momento de volver a la ciudad y de hacer apariciones públicas.

Luc habló con su padre y con sus dos hermanos por videoconferencia y la reunión duró hasta las seis de la larde.

Cuando terminó fue a la cocina, esperando encontrar a Gwen allí, pero ella no estaba.

Se puso la chaqueta, el sombrero y los guantes y fue al granero. Ella estaba en una cuadra con un viejo caballo, al que acariciaba y hablaba en un susurro.

Luc sintió un gran deseo por ella. Quería mucho más de ella; sexo, sonrisas, confianza. Lo quería todo de ella y la pasión que sentía parecía aumentar cada día. Sin embargo, todo tendría que terminar en algún momento. Tenía que terminar. Pero hasta entonces, disfrutaría de ella de todas las maneras posibles.

Mientras la observaba, se fue acercando a la puerta de la cuadra.

Ella miró por encima del hombro.

—Hola.

—Hola. ¿Qué tenemos aquí?

Gwen miró al viejo caballo negro.

—Fred. He pasado más noches a su lado que con cualquier hombre desde que llegué a Montana. El fue el primer caballo al que recuperé. Lo habían explotado tanto que el veterinario crecía no que no sobreviviría. Pero lo hizo.

—¿Conoce todos tus secretos?

Ella sonrió.

—Unos pocos. Fred sabe escuchar muy bien. No te juzga, sino que sólo asiente y suelta un bufido de vez en cuando —miró a Luc —. Tenemos que ir a Los Angeles. ¿No es así?

Al oír la nota de pánico en su voz, Luc asintió y entró en la cuadra.

—¿De qué tienes miedo?

Ella se mordió los labios.

—No me gusta que me hagan preguntas que no quiero contestar.

—Eso es fácil. Sólo tienes que practicar una respuesta y cambiar de tema cuando te convenga—

Ella lo observó en silencio, como si no lo creyera.

—Estás preocupada sobre las preguntas acerca de tu ex y tu matrimonio.

—No hacen más que poner el dedo en la llaga. No importa lo que les diga, ellos siempre siguen insistiendo.

Luc oyó un tono de dolor en su voz.

—¿Hay algo que debería saber?

—No —dijo ella a toda prisa, dándole la espalda.

—Deberías decírmelo. Siempre es mejor estar preparado.

—No es fácil. Y no es algo de lo que hable con la gente.

El se inclinó hacia el caballo.

—Eso incluye a Fred?

—Fred sabe guardar el secreto —dijo ella, haciendo una mueca risueña—. Y él siempre está de mi lado.

Luc fue hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—Menos mal que Fred no puede hacerlo todo. Te gustará hacer este viaje a Los Angeles. Compras, masajes, el spa, cosas de chicas… Buena comida y lo más importante…

—La prensa —dijo ella en un tono sombrío.

—No… Yo.

Ella sonrió.

—Todos los Hudson son tan engreídos como tú?

—Suele pasar cuando naces en esa familia —le dijo él, llevándola fuera del establo—. Tienes que entender tu lugar y tu objetivo.

—¿Y el tuyo es…?

—Resolver problemas.

Ella se detuvo y lo agarró de la barbilla.

—El señor Chapuzas—dijo, bromeando—. ¿Nunca tienes ganas de desconectar?

—Eso es lo que he hecho aquí. Por primera vez en mucho tiempo.

—Pero no te has tomado un respiro. Has rescatado a Pyrrha dos veces y has hecho apariciones públicas.

—Pero no ha sido igual —dijo él, sin saber lo que significaba exactamente.

—Entonces quizá no seas el señor Los Angeles después de todo.

—Ya veremos. Nos queda una noche en la tierra de nadie. Y después tenemos que volver. Masajes y buena comida nos esperan allí. Dime qué es lo que más echas de menos y me aseguraré de que no te falte.

A la tarde siguiente, tomaron un jet privado rumbo a Los Angeles.

Gwen no tuvo más remedio que admitir que los jets eran la

mejor forma de viajar. Mientras Luc trabajaba frente a su portátil, ella pudo disfrutar de una agradable comida que incluía fruta fresca, sándwiches y trufas de chocolate.

—Nuestra primera aparición será dentro de dos días —dijo él, entornando los ojos frente a la pantalla del ordenador—. Una gala benéfica para los sin techo. Y al día siguiente nos han pedido que participemos en un programa de la mañana.

—Si no tenemos que aparecer hasta dentro de dos días, ¿por qué hemos salido tan pronto? El levantó la vista.

—Para que puedas hacer compras, recibir un masaje y hacer otras cosas.

—¿Qué? —preguntó ella, comiéndose otra uva.

—Ya te lo diré si lo consigo.

—¿Pero qué es?

El sacudió la cabeza.

—No quiero que te lleves una decepción. Si lo logro, ocurrirá esta noche.

Gwen miró la ropa que llevaba puesta; unos vaqueros, unas botas y un suéter.

—¿Debería vestirme de otra forma?

El sacudió la cabeza.

—Llevas la ropa perfecta. Cuando aterricemos, prepárate bien.

Ella sacudió la cabeza.

—Oh, Dios. Luc Hudson, un hombre de intrigas.

Él le lanzó una falsa mirada fulminante.

—Sólo confía en mí por esta vez. Si todo sale bien, te llevarás una agradable sorpresa.

—Ahora sí que me tienes muerta de curiosidad.

—Come algo de chocolate.

Gwen se comió varios bombones.

Después de aterrizar, Luc le dijo que se quedara sentada. El piloto y la auxiliar de vuelo se subieron a una limusina.

—Ha sido un viaje tranquilo —murmuró ella, observando un vehículo todoterreno que se acercaba a la pista—. ¿Quién va a ir ahí?

Luc le lanzó una sonrisa misteriosa.

—Nosotros.

Antes de bajar, Luc se puso una gorra de piloto y apagó las luces

del avión.

—Ten cuidado con los escalones.

—Una maniobra de despiste —dijo Gwen.

—No del todo. Tengo licencia para volar, pero el coche es prestado. No quiero que lo relacionen con nosotros.

—Que así sea —dijo ella mientras subía al coche.

El subió del lado del conductor y echó el asiento hacia atrás para poder estirar las piernas.

—¿Estás seguro de que nunca has trabajado paraba CÍA o el FBI?

—La CÍA y el FBI deberían aprender de Hudson Pictures. Esto nos va a llevar un rato.

Una hora y media más tarde, después de dar un rodeo por la zona residencial de Beverly Hills, Luc se detuvo frente a unas instalaciones protegidas por un portón.

—«Nuevos comienzos» —dijo ella, leyendo el cartel—. Nicki está aquí. ¡Tengo que verla!

El dio su identificación a los guardias de seguridad y asintió.

—Sólo serán unos minutos.

El corazón de Gwen empezó a latir con fuerza.

—Oh, Luc, no sabes cuánto significa esto para mí. Pensaba que no admitían visitas, ni siquiera de la familia.

—Eso es durante las primeras semanas. Lo está haciendo muy bien, así que los médicos han dado su permiso para que pudieras visitarla. De hecho, piensan que quizá le resulte beneficioso verte.

—No sé qué decir. Darte las gracias no es suficiente.

Luc paró junto a una puerta lateral de un edificio.

—Ve a ver a tu hermana. Te está esperando.

Gwen sintió el picor de las lágrimas en los ojos.

—Muchas gracias —dijo y le dio un abrazo.

Un auxiliar la esperaba en la puerta para acompañarla adentro.

—Señorita McCord, su hermana la espera al final del pasillo, a la izquierda.

Con el estómago lleno de mariposas, Gwen avanzó por el corredor a toda prisa y, al llegar a una esquina, giró a la izquierda.

Nicki la esperaba en una amplia sala, sentada en una silla con las manos sobre el regazo. Su cabello rubio estaba recogido en una coleta y su cara, limpia y sin maquillar. Parecía haber vuelto a ser la pequeña hermanita que Gwen recordaba.

—Nicki —susurró.

La joven se volvió hacia ella y la miró con ojos cautelosos, pero cuando Gwen fue hacia ella, se puso en pie y fue a recibirla con los brazos abiertos.

—Gwen, lo siento tanto… —le dijo, arrojándose a sus brazos y sollozando—. Siento haberlo estropeado todo. Debería haberte escuchado. ¿Te das cuenta de que estuve a punto de matar a esa familia? —su voz se quebró y rompió a llorar.

—Calla —dijo Gwen, consolándola—. Lo importante es que te diste cuenta de que no ibas por buen camino y que aceptaste la ayuda.

Nicki la miró a los ojos con una expresión llena de culpa.

—Y siento haberte involucrado en todo esto.

—Sólo serán unas cuantas semanas. Si eso es lo que hace falta para que encuentres tu camino, entonces no es más que un pequeño sacrificio.

—Pero yo sé lo mucho que odias Los Angeles.

—Pero comeré muy bien.

Nicki se rió, aún con lágrimas en los ojos.

—Siempre miras el lado bueno de las cosas.

—Es una forma de sobrevivir.

—Luc Hudson es un tipo duro —dijo Nicki—. Pero, ¿sabes una cosa?, fue muy amable conmigo cuando pasó todo. Me quedé muy sorprendida. Antes siempre temía provocar su impaciencia cada vez que recibía un mensaje de su asistente. Pero cuando hice la cosa más estúpida de mi vida, él estaba allí y me llevó al lugar donde debía estar. Se portó muy bien conmigo. Yo jamás habría esperado una cosa así de él. He oído que es un hombre implacable con los actores y que no le pasa una a la prensa. Y ahora lo creo. ¿Ha sido un incordio para ti?

Gwen parpadeó.

—Eh… no. De hecho, me ha ayudado a rescatar a un caballo. Parece que le gustan mucho. ¿Quién lo hubiera dicho?

Nicki miró a su hermana a los ojos.

—¿Estás segura? ¿No me estás mintiendo? No quiero que sufras por mi culpa.

—Si comer suculentas comidas preparadas por su chef y comer bombones en un jet privado de camino a Los Angeles es sufrir…

Nicki se echó a reír.

—Entonces, has estado en el cielo.

—Yo no diría tanto —dijo Gwen, tomando a su hermana de la mano—. No tenemos mucho tiempo, así que cuéntame cómo te va.

—Estoy aprendiendo a cuidar de mí misma —afirmó Nicki.

—Oh, sabrás hacerlo de maravilla.

—Tengo mucha suerte de contar contigo, Gwen. Mucha suerte.

—Yo siento lo mismo, Nicki.

—Pero estaré mejor cuando salga de aquí.

—Pero ya estás mejor —dijo Gwen, abrazándola. Una hora más tarde, regresó al coche. —Te has convertido en el salvador oficial de las chicas McCord.

El la miró con ojos escépticos.

—¿Cómo está?

—Muy bien. Sé que esto es justo lo que necesitaba. Te agradezco mucho que la hayas traído. Ella también te está muy agradecida.

—Espero que lo recuerdes durante las próximas dos semanas.

Gwen asintió.

—Merece la pena. Yo haré lo que haga falta por que Nicki mejore.

—¿Estás lista para el paseo en montaña rusa?

—No creo, pero haré lo que haya que hacer —dijo ella, volviendo a la realidad después de haber estado con su hermana.

—Nos vamos a quedar en la casa de la playa de la familia. Pensé que te gustaría ver las vistas por la mañana. Por lo que respecta a la prensa, estamos en mi bungaló.

—¿Y cuándo empieza la locura?

—Pasado mañana.

—Eres increíble —dijo ella, sintiendo que los muros que había construido alrededor de su corazón empezaban a desmoronarse.

Unos momentos después Luc atravesó otra puerta de seguridad y llegó a una casa de campo de dos plantas que estaba al final de un camino escarpado y sinuoso. Un hombre de mediana edad vestido de manera informal les dio la bienvenida.

—Buenas noches, señor Hudson. Buenas noches, señora.

—Este es Wilfred, pero todo el mundo le llama Fred. Lleva con la familia desde antes de que yo naciera. Fred, ésta es Gwen McCord.

—Un placer, señorita —dijo Fred, sacando el equipaje del maletero—. Es más hermosa en persona que en las fotos, si no le importa que se lo diga.

—Fred es todo un galán —dijo Luc.

—Muchas gracias, Fred. Es muy amable. Yo siempre me llevo bien con los Fred —dijo Gwen, mirando a Luc de reojo.

—¿En serio? —dijo Fred, acompañándolos al interior de la casa —. Todos esos postizos y silicona… No hay nada como la belleza real, y eso es lo que usted tiene. ¿Dónde dejo el equipaje?

—En mi dormitorio —contestó Luc—. Mi prometida se va a quedar conmigo.

Gwen parpadeó al oír el tono posesivo.

—Por fin ha encontrado a una joven estupenda —dijo Fred—. Enhorabuena, señor Hudson —le estrechó la mano y se volvió hacia Gwen—. Creo que es costumbre desearle lo mejor a la novia —tomó la mano de Gwen y se la llevó a los labios—. En este caso puede que lo necesite.

Gwen se rió.

Luc frunció el ceño.

—Si otra persona hubiera dicho eso…

—Ya no tendría cabeza —dijo Fred, siguiendo la broma—. Ahora en serio, señorita, es un buen hombre.

Gwen guardó silencio un momento y entonces asintió.

—Lo sé.

Los tres subieron las escaleras que llevaban a un enorme dormitorio principal en el que esperaban una botella de champán y flores frescas. Gwen fue hacia la ventana frontal y contempló el mar. Olas de espuma blanca rompían en la orilla sin cesar.

Luc abrió la ventana y la brisa marina penetró de inmediato.

Gwen respiró hondo.

—Es maravilloso —dijo ella, cerrando los ojos—. Hace más de un año que no vengo y Montana sigue siendo mi adorado hogar, pero el océano le hace la competencia.

—Hablando de cosas maravillosas… —dijo él, ofreciéndole una copa de champán.

—Esto es fabuloso —susurró Gwen, sabiendo que pisaba un terreno peligroso.

Estar con Luc era un sueño. Sin embargo, sabía que algún día

tendría que terminar.

Pero esa noche no.

Capítulo 9

Los rayos de luz que se filtraban a través de las cortinas hicieron despertar a Gwen a la mañana siguiente. Bostezando y estirándose miró a Luc, que dormía a su lado plácidamente. Sus oscuras pestañas resaltaban sobre su piel bronceada y una fina barba de un día cubría su mandíbula y su fuerte barbilla. Los duros y masculinos rasgos de su rostro contrastaban con sus labios sensuales.

El corazón de Gwen empezó a latir rápidamente y la sangre se calentó en sus venas; tanto así que tuvo que apartar la vista. Su reacción la hacía sentir como una loca y a lo mejor lo estaba al fin y al cabo.

Toda la situación era una locura.

Ella había creído que Luc era como su ex; manipulador, sediento de poder, implacable y cruel.

Volvió a mirarlo.

La realidad era que podía ser implacable cuando era necesario, pero no estaba sediento de poder, y era fuerte por dentro y por fuera. Se ocupaba muy bien de la prensa y le había dicho lo que tenía que hacer hasta el último detalle.

De alguna forma se sentía tanto provocada como protegida por él. Si sus vidas hubieran sido diferentes, tal vez podrían haber sido algo más que meros amantes de ocasión…

Gwen sacudió la cabeza. Necesitaba una ducha urgentemente, y después un paseo. Giró hasta el borde de la cama y sacó un pie.

Pero entonces una mano firme se cerró sobre su tobillo.

—¿Adonde crees que vas? —le preguntó Luc con una voz somnolienta.

Se volvió hacia él. Era difícil resistirse al encanto de su pecho desnudo y sus intensos ojos azules.

—Voy a dar un paseo por la playa. Después de Montana, me parecerá que hay una ola de calor.

—Buena idea. Voy a vestirme y te acompaño.

Gwen se llevó una pequeña decepción. Ya no podría aclararse las ideas dando un paseo. Sin embargo, cuando él la agarró de la mano y la llevó a la orilla del mar, se sintió muy complacida y feliz. El sol de Los Angeles brillaba en todo su esplendor y las olas refrescantes rompían en la costa.

—Admítelo —dijo él—. Lo has echado de menos.

—El océano. Hay algo especial en el ritmo de las olas y en el calor del sol. Son las únicas dos cosas por las que merece la pena quitarse los zapatos y andar descalzo, pero…

—¿Pero?

—Supongo que a June le encantaría el océano.

Luc le dio un golpecito en la nariz y sonrió.

—Apuesto a que sí —miró al cielo—. Si lo pienso bien, no recuerdo la última vez que di un paseo por la playa.

—Normalmente vas a correr, o escuchas música o lees un libro.

El la miró de reojo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Tú eres de ésos. Lo sé.

Luc la agarró de la cintura y la pellizcó en las costillas.

—Y tú eres justo lo contrario. Pasas de ser estrella de cine a ser una ranchera que rescata caballos. Te levantas al despuntar al alba cada mañana y no te tomas ni un respiro —le dijo, estrechándola entre sus brazos—. Excepto cuando te seduje, lo cual me gustaría hacer en este preciso momento.

Mientras la besaba Gwen se dio cuenta de que la hacía sentir en casa en cualquier lugar, siempre y cuando estuviera a su lado.

Pero ésa ya no era su casa.

Se apartó y sacudió la cabeza.

—No quiero darles tanto de qué hablar a las revistas de cotilleos.

Luc suspiró.

—Si no hubieras sido tan famosa, entonces no tendríamos este problema.

—Si no hubiera sido conocida, nunca habrías venido a Montana y yo no estaría aquí en este momento.

Luc la miró fijamente. Emociones poderosas luchaban dentro de sus pupilas.

—Eso sí que habría sido una pena. ¿Sabes? Si le quedas a mi lado el tiempo suficiente, a lo mejor te empieza a gustar Los Angeles mucho más que antes.

A Gwen se le agarrotó el estómago. Ella sabía que todo lo que había entre ellos tenía fecha de caducidad.

—Cuando termine la farsa, te alegrarás de librarte de mí.

—¿Y si no es así? ¿Y si no te cansas tú?

El corazón de Gwen dio un vuelco.

—No puedo ir por ese camino —dijo, sacudiendo la cabeza—. Pertenecemos a mundos muy distintos.

—Sin embargo, tenemos mucho en común.

—Es sólo temporal —dijo ella con firmeza y mirándolo a los ojos.

—Ya veremos —respondió Luc, echando a correr.

Después de un suculento desayuno a media mañana que incluía lonchas de beicon, tortitas con frutas silvestres y sirope de arce, se marcharon de la casa y Luc la dejó en el spa.

—Mi asistente te pidió cita. Por lo que a mí respecta, estás muy bien cómo estás, pero ella no quería que empezaras tu gira de relaciones públicas sin recibir un buen masaje y todas esas cosas que les gustan a las mujeres.

—Tenía razón. Por favor, dale las gracias de mi parte.

—Lo haré. El chófer te recogerá dentro de dos horas para llevarte a Rodeo Drive. Compra lo que quieras y cárgalo a mi tarjeta —le dijo, dándosela.

—¿Estás seguro? Podría hacer destrozos importantes en tu cuenta de crédito.

—Adelante. Necesitarás algunos trajes de fiesta para los eventos nocturnos. Cómprate tres o cuatro por lo menos. Mi asistente tiene nuestro itinerario, pero como ya sabes, siempre está sujeto a cambios. Te grabaré el número de ella en el teléfono, y el mío también, y el del conductor —levantó la vista—. Pareces aturdida.

—No —dijo ella sin sonar muy convencida.

—Muy bien. Entonces no trates de hacerlo todo esta tarde. Cenamos en The Ivy esta noche.

—Empieza el espectáculo —dijo ella, recordando que ese restaurante era uno de los favoritos de los famosos, y que por eso estaba plagado de paparazzi.

Luc asintió con la cabeza.

—Después volveremos a mi bungaló, tú y yo solos —dijo, dándole un beso.

Respirando hondo, Gwen se preparó para lo que se le venía encima y bajó del vehículo.

En cuanto puso un pie en la entrada del salón de belleza, la

llevaron a una sala privada para darle un masaje.

Un rato más tarde, estaba disfrutando de una taza de té verde cuando un hombre espléndido de origen latino entró por la puerta. Apoyando las manos en las caderas, la miró de arriba abajo.

—Estás hecha un desastre —dijo Carlos.

Gwen se llevó una gran alegría al ver a su estilista favorito después de tanto tiempo. Se puso en pie y fue a darle un abrazo.

—No hay nada que me guste tanto como plantearte un nuevo desafío —le dijo, bromeando—. ¿Cuándo empezaste a trabajar aquí? Pensaba que tu salón estaba en otro lado.

—Gwen, Cariño, yo siempre estoy en un sitio distinto —dijo él, llevándola al salón de estilismo y sentándola en una silla—. Tengo cuatro en California y voy a abrir uno nuevo en Nuera York dentro de seis meses.

Gwen hizo una exclamación exagerada.

—Has hecho una cadena.

Carlos suspiró dramáticamente.

—Jamás —levantó las manos—. Todo el mundo me necesita, así que siempre intento encontrar un hueco para todos. Y ahora vamos a ver si este desastre que algunos llaman pelo tiene arreglo. ¿Quieres un tono más oscuro o platino?

—Me gusta el color —dijo ella—. Y como no tienes previsto abrir un local en Montana, no quiero tener que preocuparme de las raíces. Creo que hay tintes en el supermercado local.

Carlos reprimió un grito.

—¿Tintes de bote? No te atreverás. Ahora que has vuelto, te voy a dejar como nueva.

—No he vuelto del todo.

—Pero estás comprometida con uno de los Hudson, ¿no? —le dijo, peinándola con los dedos—. ¿O es sólo un montaje?

—Oh, no —dijo ella, presa del pánico momentáneamente. Exhibió el anillo—. No es un montaje, pero pasaremos tiempo aquí y allí. Además, a Luc le gusta mi color de pelo —dijo, aunque no tuviera ni idea de cuáles eran las preferencias de él.

Carlos suspiró.

—Muy bien. Entonces te haré algunas mechas —hizo una mueca —. Definitivamente, necesitas un corte. ¿Qué estilo es éste?

—Se llama «hazte una coleta cuando te levantes para ir al

granero».

—Granero —Carlos murmuró algo en español—. En poco tiempo volverás a ser el bellezón de siempre.

Gwen dejó que Carlos obrara su magia. Sin embargo, lo de volver a ser la rutilante belleza de antes no la convencía del todo. De hecho, cuando salió del salón de belleza, la primera cosa que compró fue una gorra de béisbol. Si Carlos se hubiera enterado, la habría matado.

Con gafas de sol tamaño maxi, se abrió camino en varias tiendas de la zona en busca de trajes y vestidos adecuados; prendas que estuvieran a la altura de su papel como prometida de Luc Hudson. ¿Qué debía llevar la prometida de uno de los Hudson?

Ropa de firma llamativa y lujosa.

Gwen la granjera no atraería las miradas, pero la novia de Luc Hudson, sí.

Dispuesta a hacer el sacrificio, se dejó asesorar por un dependiente y escogió unos trajes insinuantes, pero no tan provocadores como los que solía llevar cuando estaba con Peter. Cuando el empleado se dio cuenta de quién era ella, se puso muy contento y le pidió un autógrafo.

Gwen se lo dio rápidamente y se marchó de la tienda si armar mucho revuelo.

Por suerte, el chófer la esperaba justo a la entrada. Luc estaba sentado en el asiento de atrás, hablando por teléfono.

Al verla salir, la miró y sonrió.

—Me gusta la gorra —le dijo con una mueca.

Ella arrugó la nariz.

—Decidí ponérmela. No quería que la gente me reconociera, pero parece que nunca es suficiente —se quitó la gorra.

—Dios mío —dijo Luc, boquiabierto—. ¿Qué te han hecho?

—Unas mechas —dijo Gwen, insegura—. Me preguntó si lo quería más oscuro o platino.

—Menos mal que no le dejaste hacer ninguna de esas cosas. ¿Pero quién es ese tipo?

Ella se echó a reír.

—Uno de los estilistas más populares de todo Los Angeles. Quizá de todo el país.

Luc suspiró.

—El corte está bien, pero creo que tu color natural es más bonito.

Gwen no pudo evitar sonreír.

—Gracias. Le dije que a ti te gustaba más mi color natural para que no me hiciera nada drástico.

—Tenías razón.

—¿Tan horrible es?

—No. A mí me gustas aunque estés calva.

Gwen respiró hondo y se inclinó hacia él para darle un beso.

—Esto es una locura y lo detesto. Pero cuando estoy contigo, no parece tan malo.

—Pues entonces, no pierdas ese pensamiento —le dijo él, besándola con frenesí—. Piensa en eso cada vez que tengas dudas.

En unos pocos segundos, el conductor paró delante del restaurante. Gwen se peinó el cabello con los dedos.

Luc le puso las manos sobre las mejillas y le dio un último beso antes de bajar.

—No pienses en la gente ni en los periodistas. Estamos sólo tú y yo, ¿de acuerdo?

Ella respiró profundamente y asintió.

—Sí.

Luc la ayudó a bajar del coche y la abrazó con Firmeza mientras soportaban la lluvia de flashes. Ella escondió el rostro contra su pecho de forma instintiva.

—Señor Hudson, ¿ya tienen fecha para la boda? —Gwen, díganos que va a hacer otra película.

—¿Cómo se encuentra su hermana?

Gwen salió de su letargo y miró hacia la multitud.

—Se encuentra bien. Está trabajando duro para ser la persona que quiere ser. Estoy muy orgullosa de ella.

Miles de cámaras centellearon a la vez.

—Me gustaría disfrutar de una cena tranquila con mi prometida, si no os importa —dijo Luc en un tono ecuánime.

Se oyeron varias risotadas.

—Se va a casar con la mujer más sexy del mundo. ¿Qué esperaba?

El les lanzó una mirada seria.

—¿Cree que no lo sé? —les preguntó y la condujo al interior del

restaurante—. Primer asalto. Menos mal que ha terminado. ¿Te encuentras bien?

Gwen pensó que seguiría estando bien siempre y cuando él la rodeara con su brazo.

—Sí —dijo, asintiendo.

Aunque estuvieran sentados en un rincón, varias personas fueron a saludarlos. Tres actores de moda les dieron la enhorabuena y sutilmente insinuaron que les encantaría compartir escenario con Gwen.

Ella sonreía sin cesar y bebía pequeños sorbos de agua con gas.

—¿No quieres tomar un poco de vino? —le preguntó Luc.

—No bebo vino cuando estoy de promoción —dijo ella, bebiendo un poco más—. No quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme.

Luc hizo un gesto de frustración.

—De verdad que eres la actriz perfecta. ¿Sabes cuánta gente tengo que vigilar para que no se pasen de la raya cuando se beben una copa de más?

—Los periodistas son implacables. Y necesito hacer uso de todas mis neuronas. El se rió y le acarició el cabello.

—Eres una extraña combinación de…

—Soy un incordio y… —dijo ella, interrumpiéndolo.

El soltó una carcajada y sacudió la cabeza.

—Belleza y sensibilidad. Peter Horrigan debía de ser muy estúpido.

Gwen perdió el sentido del humor de inmediato.

—Simplemente, tenía unas prioridades distintas.

Luc asintió y le acarició la mejilla.

—Pareces triste. Te arrepientes de algo.

—De una cosa, pero me estoy ocupando de ello.

—¿Aún?

—Para siempre —dijo y bebió otro sorbo—. Pero ya basta de hablar de mí.

—Muy bien. ¿Quieres tomar postre o prefieres irte ya?

Ella sonrió.

—¿No puedo tomar postre en casa?

El se rió con malicia y le hizo señas a un camarero.

—La cuenta, por favor.

Minutos después llegó el chófer y Luc, con la cortesía que lo caracterizaba, ayudó a subir a Gwen en el asiento trasero.

—Gracias a Dios que ha terminado —dijeron los dos al mismo tiempo.

Luc se acercó un poco y le dio un beso apasionado. Nunca tenía suficiente cuando se trataba de ella. Siempre quería más.

Metiendo la lengua dentro de su dulce boca, empezó a acariciarle las mejillas y entonces sintió una ola de calor que le recorría todo el cuerpo. Ella llevaba toda la noche excitándolo con sus sonrisas tentadoras y sus enigmáticos ojos verdes llenos de secretos que él deseaba conocer.

—Estoy deseando hacerte el amor —le dijo—. Estoy deseando meterte en mi cama. No he pensado en otra cosa desde que te conocí.

—Abrázame. Hazme olvidar esta locura.

El estiró los brazos y la abrazó con fuerza, deslizando las manos por dentro de su ajustado top para sentir su piel.

—Otra cosa buena de Los Angeles es que no tienes que llevar tanta ropa.

Gwen empezó a mordisquearle los labios.

—Una buena observación —le dijo.

El conductor se detuvo delante del bungaló.

—Gracias a Dios —dijo Luc, sacándola del coche—. Nos vemos mañana. Lance. Gracias y buenas noches.

—Gracias —dijo Gwen.

Luc la condujo a través de la puerta de entrada y en cuanto estuvieron dentro ya no pudo aguantar más. La apretó contra su cuerpo y le agarró el trasero con ambas manos.

Ella gimió sobre sus labios y absorbió toda la seducción de su lengua.

Tirándole de la ropa, Luc logró quitarle el top y también se quitó su propia camisa.

Entonces le quitó los pantalones y las braguitas mientras ella intentaba hacer lo mismo con sus raqueros. Cuando por fin lo consiguió, le metió las manos por dentro de los calzoncillos.

Luc sintió que iba a explotar.

Lo único que deseaba en aquel momento era sentir el tacto de sus manos, pero si Gwen no paraba…

Metió una mano entre sus piernas y encontró el húmedo centro de su feminidad.

Ella dejó de acariciarlo un momento y él estuvo a punto de rogarle que continuara, pero entonces decidió llevarla al más puro éxtasis frotando sus delicados pétalos íntimos y haciéndola jadear de placer.

Ese sonido sexy lo envolvió en un manto delirante.

Introdujo un dedo dentro de ella y siguió acariciándola. Su respiración entrecortada lo excitaba sobremanera, pero lo quería todo de ella, en las manos, en la boca, de todas las formas posibles…

Tomando sus labios con un dulce beso, continuó hasta sentirla convulsionar de gozo una y otra vez.

—Oh —dijo ella, metiéndole las manos por dentro del slip.

—No sé cuánto tiempo podré aguantar —le advirtió él.

—Ojo por ojo. Mira lo que me has hecho.

Luc tomó una decisión impulsiva movido por un instinto primario. Sacándose un preservativo del bolsillo del pantalón, se lo colocó rápidamente y apoyó a Gwen contra la pared. Le separó las piernas y la hizo encajar sobre su hinchada masculinidad, suave y lentamente.

Ambos gimieron frenéticamente y Gwen se quedó sin aliento.

Apretándole el trasero, Luc empezó a empujar y ella se arqueó como una bailarina. Con cada embestida, entraba más y más dentro.

Y entonces, mirando dentro de sus verdes pupilas, sintió que había caído presa de un hechizo eterno que no quería romper por nada del mundo.

Quería a Gwen y nada más tenía importancia.

Capítulo 10

Cuando Gwen se despertó a la mañana siguiente, suspiró con desgana, como si hubiera contraído alguna clase de enfermedad del sueño. Aunque no lo dijera en voz alta, resultaba muy reconfortante saber que no se tenía que levantar con los primeros rayos del sol para cuidar de los caballos. Estirando perezosamente las extremidades, miró hacia el otro lado de la cama. No había nadie.

Se incorporó de un salto. ¿Qué la había convertido en semejante dormilona? Ella solía levantarse temprano. ¿Acaso era por el sexo tan maravilloso del que disfrutaban?

Apartándose el cabello de la cara, se levantó de la cama y metió los brazos en las mangas de una enorme bata que estaba sobre una silla. Se la ató a la cintura, entró en el cuarto de baño, se echó un poco de agua en la cara y se cepilló los dientes.

Justo antes de llegar al pasillo central, oyó la voz de Luc.

—Estaré en el despacho en treinta minutos —decía por teléfono —. Tendré algo de lo de Jake Stratton para cuando llegue. Sólo necesitamos un ángulo más amable de ese tío. Todo el mundo tiene un lado más amable, ¿no? Y si no lo hay, le daremos uno.

Gwen rodeó la esquina y lo vio caminando de un lado a otro frente a una enorme ventana. Llevaba una camisa blanca, una chaqueta y unos pantalones oscuros.

Luc se echó a reír.

—Me halagas. Es cierto que yo podría encontrar el lado amable de un asesino en serie, pero no sé si podré mantenerlo si sigue matando inocentes. Te veo en un rato —levantó la vista y sus ojos se iluminaron—. Hola, dormilona.

—Lo sé —dijo ella—. Qué vergüenza. Nunca duermo tanto cuando estoy en Montana.

El se encogió de hombros y fue hacia ella.

—Pues ahora tienes la ocasión. Puedes volver a la cama si quieres. Yo tengo que ir a la oficina.

—Ya lo he oído. Tienes que inventar algo para un asesino en serie.

—No exactamente —dijo él, riendo y acariciándole el cabello—. Es una locura, pero tu pelo me gusta de cualquier color.

Gwen sintió mariposas en el estómago.

—Gracias —le dijo—. ¿Tengo algo que hacer hoy?

—Relájale. Date un baño en la piscina climatizada, lee… Si necesitas ir de compras, sólo tienes que llamar al chófer y él te llevará a donde quieras.

Gwen sintió un deseo repentino por él.

—¿Te han dicho alguna vez que estás muy sexy con tu estilo informal californiano?

Él le dio un beso y se apartó con reticencia.

—No me lo ha dicho nadie importante. Y deja de tentarme.

—¿Quién? ¿Yo? No llevo maquillaje, no me he cepillado el pelo, estoy medio dormida…

—Sí —dijo él—. A mí me gusta —la apartó de él—. Tenemos un baile benéfico o algo así esta noche. Descansa.

—Ah, entonces me toca trabajar esta noche.

El soltó un gruñido sofocado.

—No tienes ni idea de lo que me haces.

—No. Dame una pista —dijo ella, siguiéndole el juego.

—¿Sabes que no me costaría nada quitarte esa bata y hacerte el amor ahora mismo?

—¿No te costaría nada? —le preguntó ella en un tono juguetón.

—No, pero ya te lo demostraré más tarde —dijo Luc, dándole un beso rápido—. Llámame si necesitas algo.

En cuanto lo vio salir por la puerta, Gwen se sintió abandonada. Pero eso no era más que… una estupidez.

Mientras deambulaba por el bungaló se fijó en la decoración, moderna y minimalista. A diferencia de ella, a Luc no le gustaban los excesos decorativos.

Una cosa más que la separaba de él… Un motivo más para pensar que no encajaba en su vida a largo plazo.

Su estómago rugía sin cesar, así que buscó algo de comer en los muebles de la cocina.

«Gofres con chocolate… Oh, sí».

Metió uno en la tostadora y entonces se acordó de sus caballos, que a esas horas ya debían de echarla mucho de menos.

Mientras esperaba, tamborileando con los dedos sobre la encimera, oyó sonar su teléfono móvil y corrió hacia el dormitorio, pero cuando fue a contestar dejó de sonar.

Frunciendo el ceño, miró la pantalla.

Era Luc.

Le dio al botón de rellamada de inmediato y él contestó en enseguida.

—Hola. ¿Echas de menos a tus caballos?

La voz de él era un ronroneo sensual al otro lado del teléfono.

—¿Cómo lo sabías?

—Supongo que lo adiviné. Hay un portátil en una habitación que está dos puertas más adelante del salón, a la izquierda.

Gwen siguió sus indicaciones y llegó a un precioso despacho con grandes ventanales y equipado con la última tecnología. Mirando alrededor, vio un portátil en el escritorio.

—Sí —dijo, sentándose delante de la pantalla.

—Mueve el ratón —le dijo él.

Gwen hizo lo que le decía y en la pantalla aparecieron imágenes en directo de Pyrrha y de Fred.

—¿Cómo lo has hecho? —le preguntó ella, sin aliento.

—A través de tu ordenador. Fue muy sencillo. ¿Cómo está la futura madre?

—Parece que está bien —dijo Gwen, observando a la yegua—. Muy bien. Se mueve un poco. Es tan dulce… Tiene miedo de confiar, pero lo intenta. No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Cada vez que quieras verlos, puedes hacerlo. Sólo tienes que acceder a esta retransmisión de vídeo en directo y sabrás que están sanos y salvos.

Gwen sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Te lo agradezco mucho. Es increíble. No sé cómo darte las gracias.

—Eres muy creativa —le dijo en un tono sugerente—. Seguro que se te ocurrirá una forma de hacerlo.

Gwen no pudo contener la sonrisa.

—Qué malicioso eres, muy malicioso.

—Sí —dijo él.

—Sí. Afortunadamente.

El se rió a carcajadas y el sonido de su risa la sacudió de pies a cabeza.

—No te hagas adicta a la pantalla —le advirtió Luc—. Date un respiro. Esta noche te ganarás un descanso a pulso.

—Muy bien, gracias —dijo ella y colgó.

Se quedó mirando la pantalla hasta oír el «pop» de la tostadora y, tras comerse el gofre, siguió vigilando a los caballos un rato más antes de darse un paseo por la casa.

Encontró una enorme sala de audiovisuales con una impresionante pantalla de televisión, una mesa de billar y otra para jugar al póquer al otro lado. Luc debía de haber pasado muchas tardes allí jugando a las cartas con sus amigos y hermanos.

Una foto desechada sobresalía del borde de la papelera. Gwen la sacó y la miró un instante. Era un artículo de una revista que incluía varias fotos de él, al que describían como uno de los solteros más deseados de Los Angeles. En la foto más grande, llevaba una camisa blanca sin abotonar y miraba a la cámara con una media sonrisa, sensual y provocativa. Sus ojos azules parecían decir: «Vas a ser mía y te va a gustar».

Gwen sintió un nudo en el estómago al recordar lo distintas que eran sus vidas. Unos años antes ella había aparecido en un artículo similar como la nueva cara de moda, pero el tiempo que había pasado fuera de Hollywood la había convencido de que no quería volver a los escenarios.

Era mucho más feliz en Montana. Sin embargo, no podía evitar preguntarse cómo habrían sido las cosas si lo hubiera conocido antes y no hubiera estado casada.

—No importa —susurró para sí, ahuyentando los pensamientos que la atormentaban. Al darle la vuelta a la foto para volver a echarla en la papelera, vio algo escrito en el dorso.

¡Feliz treinta cumpleaños para el soltero de oro de Los Angeles! Menos mal que te pareces a tus hermanos, mayores y mucho más guapos… Dev y Max.

Gwen sonrió. Ella también había echado a la basura su ejemplar de La mujer más sexy de América.

Se quedó en la habitación unos segundos más, mirando las fotos familiares que colgaban de las paredes. Había algunas fotos en blanco y negro de los abuelos de Luc. Eran una pareja de lo más elegante. Lillian, la abuela de Luc, era la clase de mujer que atraía todas las miradas cuando entraba en una habitación, sin importar su edad. Todo un ejemplo a seguir gracias a su talento y reputación.

El amor que le tenía a su marido era tan grande como el que él le profesaba a ella, y Gwen no podía sino preguntarse cómo había

podido seguir adelante después de la muerte de su esposo. Se acercó a contemplar una foto de toda la familia; abuelos, padres e hijos.

Una gran saga…

Gwen sintió una punzada de dolor. Su propia familia estaba desgajada y esparcida por toda la geografía del país. Solamente había llegado a conocer a uno de sus abuelos y no mantenía una relación estrecha más que con sus tíos de Montana.

¿Cómo sería tener una familia tan grande y unida? Seguramente tenía sus pros y sus contras, pero las ventajas debían de superar con creces a los inconvenientes.

Sonriendo con tristeza, le echó un último vistazo a la foto de Luc y su familia y fijó el recuerdo en su memoria. Algún día, de una forma u otra, ella encontraría la forma de tener una familia como ésa, aunque no pudiera ser la de los Hudson.

Después de vérselas con un tráfico caótico. Luc logró por fin llegar a casa. Metió el coche en el garaje y se pasó la mano por la frente.

«¡Que día!», pensó.

Al entrar en la casa, se encontró con Gwen, vestida con un traje verde que le caía sobre el cuerpo como seda líquida.

Con sólo mirarla una vez se le disparó el corazón.

—Estás impresionante —le dijo, yendo hacia ella.

—Gracias a ti. Tú me compraste este vestido ayer —dijo ella, sonriendo y acariciándole el cabello»—. ¿Un mal día?

El se quejó con un gruñido.

—No tienes ni idea.

—¿Lo de trabajar con el asesino en serie no fue como esperabas?

El se rió.

—A veces pienso que tengo que hacerme loquero.

—Pero yo pensaba que también eras psiquiatra —dijo ella en un tono irónico.

—No —respondió Luc—. Pero creo que he avanzado un poco con mi actor descarriado. Me pasé todo el día buscando una organización benéfica con la que quería colaborar, y al final encontré algo.

—¿Qué es?

—El Rescate de gatos —dijo Luc, todavía sin creérselo del todo.

Gwen lo miró con incredulidad.

—Estás de broma.

El sacudió la cabeza.

—Oh, no. Parece que nuestro asesino en serie siente debilidad por los gatos.

Gwen ladeó la cabeza de la forma más dulce del mundo. Ella también lo entendía.

—Por lo visto, tuvo varios de pequeño —añadió Luc.

Gwen rió suavemente.

—Siempre se trata de lo que echamos de menos de nuestra infancia.

—Supongo —hizo una pausa—. ¿Y a ti qué te faltó?

—Tengo que un hogar seguro, electricidad, mucha comida, una buena educación… No puedo quejarme.

—¿Pero qué era lo que deseabas que no has conseguido?

Cerrando los ojos, ella respiró profundamente.

—Yo quería complacer a mis padres. Quería sentirme parte de algo más grande que yo. Quería sentir que hacía las cosas bien, eligiera lo que eligiera. Yo quería que mi hermanita pequeña no se sintiera tan perdida.

Luc sintió que se le agarrotaba el estómago.

—Eso no es mucho pedir, Gwen —dijo, estrechándola entre sus brazos.

—Gracias —respondió ella, abriendo los ojos—. Pero ya has hecho bastante de loquero por hoy. ¿A qué evento vamos esta noche?

Luc se encogió de hombros.

—No lo sé, pero seguro que será por una buena causa —se sacó la Blackberry del bolsillo y tecleó un número—. Por lo visto, es la Asociación americana de problemas del corazón —la miró a los ojos y sonrió—. Muy apropiado. Romperás corazones a diestro y siniestro esta noche.

Treinta minutos más tarde, después de que Luc se diera una ducha y se pusiera un traje elegante, los dos subieron a bordo de la limusina, rumbo a la gala benéfica.

—Entonces, mi objetivo de esta noche es encontrar la forma de hablar de la película, *Sala de espera*, tantas veces como pueda —dijo Gwen.

—Si tienes ocasión —respondió él—. Si no, di algo bueno de

Hudson Pictures.

Ella asintió.

—Eso puedo hacerlo. ¿Algún tema prohibido?

—Tú hermana. Si te preguntan, sólo di que estás muy orgullosa de ella por haber dado el paso adecuado para cambiar su vida.

—Eso no tiene nada de malo, porque es verdad —dijo Gwen.

La limusina se detuvo frente a un lujoso hotel.

—El espectáculo empieza de nuevo —dijo Gwen, suspirando.

Esperó a que Luc bajara para que la ayudara a salir y, en cuanto salió del coche, esbozó su mejor sonrisa. Miles de flashes parpadeaban a la vez y una multitud de curiosos los saludaban con la mano.

—Buenas noches —les dijo una joven periodista que se escudaba detrás de un micrófono—. Soy Chelsea Walker, de ENTV. Enhorabuena por el compromiso. ¿Nos pueden adelantar algún detalle de la boda?

—Os diremos algo tan pronto como ultimemos los detalles —dijo Luc con una sonrisa radiante.

La reportera sacudió un dedo con escepticismo.

—Ya he oído eso antes. Gwen, nos gustaría preguntarle cómo se encuentra su hermana Nicki.

—Muy bien, gracias. De hecho, fui a verla hace poco. Está trabajando muy duro para mejorar. Estoy muy orgullosa de ella. Y, por supuesto, todos estamos muy contentos con el próximo estreno de su película. Es un papel importante para ella en un largometraje de acción. Hudson Pictures es especialista en crear grandes éxitos de taquilla.

La reportera se volvió hacia Luc.

—¿No hay forma de convencer a Gwen para que vuelva a la gran pantalla? Su fans la echan de menos.

—De momento, lo único que quiero es llevarla al altar. Deberíamos entrar. Ha sido un placer hablar contigo, Chelsea —dijo, conduciendo a Gwen al interior de la sala. Ella se rió para sí.

—Las cosas no cambian —dijo—. Te hacen las mismas preguntas y tienes que dar las mismas respuestas una y otra vez.

—La repetición es la clave, aunque a lo mejor tenemos que lanzarles un par de huesos para mantener su interés.

—¿Qué clase de huesos?

El se encogió de hombros.
—Algo sobre ti. Podríamos decir que estás considerando la posibilidad de hacer otra película.
Ella sacudió la cabeza con vehemencia.
—Prueba con otra cosa. Eso me acarreará más problemas de los que quiero tener.
—Nunca digas nunca.
—Ni hablar.
—Ya veremos —dijo él, llevándola hacia el salón de baile.
Tomaron asiento y varios invitados se pararon ante su mesa para darles la enhorabuena. Cuando la cara le empezó a doler de tanto sonreír, Gwen decidió tomarse un descanso.
—Disculpen, voy a empolvarme la nariz.
Luc también se incorporó. Le pasó el brazo alrededor de la cintura y le susurró algo al oído.
—No vayas a perderte —le dijo y le dio un beso.
Durante una fracción de segundo, todo se desvaneció alrededor de Gwen. Aunque todo fuera una mentira, un montaje…
Lo único que importaba era el tacto de sus labios.
El gimió suavemente.
—Esto es muy bueno, pero…
El flash de una cámara la sacó de su ensoñación.
—Lo siento —dijo ella, apartándose—. Creo que me he metido demasiado en el papel.
—Por mí no tiene ninguna importancia —respondió Luc.
Ella sonrió y se apartó. A lo mejor no era demasiado para él, pero sí lo era para ella. En lugar de ir al servicio de señoras, decidió darse un paseo por un pasillo desierto para respirar algo de aire. A cada día que pasaba sus sentimientos por Luc se hacían más y más intensos, pero la pasión no era suficiente. ¿Acaso se estaba enamorando de él?
Un error… Eso no podía ser más que un tremendo error.
Parada delante de un gran ventanal, contempló las luces de la ciudad, que se extendían hasta las colinas circundantes. Cerró los ojos un instante y entonces se acordó de su casa de Montana.
La brisa fresca en las mejillas, el crujido de la nieve recién caída bajo los pies, la sensación de paz… Su lugar estaba muy lejos de Los Angeles.

—Gwen, eres tú.

Ella abrió los ojos de inmediato al oír aquella voz familiar y se dio la vuelta.

—Peter —dijo, mirando al hombre al que había creído amar en el pasado—. ¿Cómo estás?

El se rió con amargura.

—Podría estar mejor —se colocó la corbata y se pasó una mano por el cabello—. Seguro que has oído que las cosas no me van todo lo bien que quisiera desde que te marchaste.

Ella retrocedió.

—He estado desconectada de todo desde que me fui a Montana.

Peter esbozó una sonrisa críptica.

—Pensaba que terminarías cansándote. He oído que estás comprometida con uno de los Hudson. Impresionante. Te has llevado a uno de los peces gordos.

—Es bueno conmigo.

—Pero no creo que sea tan bueno como lo fui yo. Nosotros nos compenetrábamos como nadie —dijo él, acercándose peligrosamente—. Estábamos destinados a conquistar Hollywood.

—A lo mejor tú sí —replicó ella, dando otro paso atrás y topándose con la pared.

—Gwen, no puedes negarme que había algo entre nosotros, una química… Era increíble.

Ella levantó una mano y le hizo detenerse.

—Yo no lo recuerdo así.

—Podríamos volver a tenerlo de nuevo. Ahora mismo lo siento. ¿Tú no?

Ella sacudió la cabeza.

—No, yo… —se volvió hacia atrás, aliviada. Luc venía a rescatarla.

—Creo que te has perdido. El servicio está por ahí —dijo Luc, señalando otra dirección. Su tono era ligero y jovial, pero sus ojos no engañaban a nadie—. Tendrás que disculparnos. Mi prometida está cansada. Ha tenido un día muy largo.

La llevó fuera de la sala y llamó al chófer.

En cuestión de segundos la limusina se presentó ante el lugar.

—Nos gustaría ir a casa —dijo, después de ayudarla a subir. Cerró la ventanilla de privacidad y se volvió hacia Gwen—. ¿Qué

demonios ha pasado?

Capítulo 11

—Fue una emboscada —dijo Gwen—. No tenía ni idea de que Peter estaba allí. No hablamos de nada íntimo… Ha sido una sorpresa muy desagradable.

Parecía tan sincera que Luc se relajó un poco. Pero entonces recordó que ella era actriz y que estaba entrenada para mentir.

—Parecía algo íntimo. Pensaba que ibas a empolvarte la nariz.

—Me duelen las mejillas de tanto sonreír. Ya no tengo práctica. Necesito un descanso.

—Deberías habérmelo dicho.

—Lo hice, a mi manera.

—A los ojos de la prensa, podría parecer una cita furtiva de amantes.

—Siempre es así, ¿no? —dijo ella, en un tono amargo que sorprendió a Luc—. Así eran las cosas con Peter.

Luc no supo qué pensar.

—¿Qué quieres decir?

—No se trataba de una cita, ni de una gloriosa reconciliación. Peter ha estado tan pesado como de costumbre, acorralándome contra la pared antes de que me diera cuenta. Siempre le ha preocupado mucho la imagen que doy, que dábamos como pareja. Siempre le ha preocupado más qué aspecto tengo que quién soy y qué necesito —dijo ella en un tono sosegado—. Y pasa lo mismo contigo. La única diferencia es que tú vienes de frente.

El la miró fijamente.

—No me gusta que me comparen con Peter Horrigan.

Gwen miró por la ventanilla.

—A lo mejor deberíamos dar marcha…

—No —dijo él, rechazando la posibilidad de inmediato—. No podemos parar. Hay algo entre nosotros. Ha sido así desde el principio.

Ella siguió mirando por la ventanilla.

—Eso era lo que decía Peter.

Luc perdió la compostura.

—¿De verdad crees que soy como él?

Gwen suspiró y cerró los ojos.

—Tú eres apasionado y ambicioso. Manipulas a los medios, pero

de alguna forma… —abrió los ojos y se volvió hacia él—. Eres más directo. Me exiges que desempeñe un papel, pero es por una buena razón y no es para siempre —sacudió la cabeza—. Parece una locura, pero de alguna forma, me chantajeaste. Sin embargo, lo hiciste con mi consentimiento —esbozó una media sonrisa—. Y tiraste tu especial del soltero más sexy del mundo al mismo sitio que yo.

Luc no pudo evitar soltar una carcajada.

—A la basura.

—Sí. Y me parece que a Pyrrha le gustas mucho.

—Bueno, entonces no hay más que hablar. Ella no habría soportado a Peter.

—A lo mejor no —dijo Gwen—. Creo que Pyrrha sabía que contigo estaba a salvo.

El asintió.

—También tú estás a salvo conmigo, Gwen.

—Peter me dijo lo mismo, pero cuando tuvo que elegir entre mi salud y la de mi hijo, o la película que estaba haciendo, eligió la película.

Luc se quedó petrificado.

—Un hijo… Estabas embarazada.

—Por eso nos divorciamos. Me obligó a trabajar dieciséis horas al día para terminar la película. Hubo un accidente. Me caí y tuvieron que llevarme de urgencia al hospital. Perdí el bebé.

—Oh, lo siento mucho.

—No podía seguir enamorada de un hombre así. Nunca le he contado a nadie lo que pasó, pero necesitaba que tú lo supieras —se mordió el labio—. Esto ya no es una farsa. No es sólo una aventura.

—Nunca lo fue. No tengo intención de dejarlo contigo.

—Llevamos vidas muy distintas en lugares distintos.

—Ya nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Ahora mismo, estamos juntos. Y a mí no me gusta perder el tiempo —dijo, dándole un beso arrebatador.

***

Luc y Gwen pasaron unos días lejos del ojo público, recluidos en el bungaló. El chef invisible de los Hudson les preparaba deliciosas

cenas y postres y ellos los disfrutaban a la luz de las velas en el patio techado de la casa.

Gwen contemplaba el atardecer sobre le regazo de Luc y entonces se sentía la mujer más feliz del mundo.

—Si no tuviéramos que volver a salir… No estaría tan mal.

Luc se rió.

—No sé. No me infles tanto la moral. Se me subirá a la cabeza.

Gwen le dio un puñetazo de broma.

—Como si te hiciera falta que te subieran la moral. No he conocido a nadie que confíe tanto en sí mismo —hizo un gesto con la mano—. Mira qué casa tienes, y qué vida. Todo ordenado, sin líos ni desorden.

—Porque resuelvo los líos cada día.

—Supongo que sí —dijo ella, mirándolo—. ¿Entonces cómo es que me soportas? Entre mi hermana y yo no hacemos más que meterte en problemas.

—Pero eso es distinto. Por cierto, creo que he encontrado un patrocinador para tu campamento de verano para niños desfavorecidos.

—¿En serio? ¿Quién es?

—Un contratista que nos ha hecho muchos trabajos. Al principio le costó un poco salir adelante, pero ahora tiene mucho éxito. Tiene ganas de hacer algo por los que no tienen.

—¿Y de dónde sacaste tiempo para ocuparte de eso después de tener que lidiar con asesinos en serie, además de la promoción de la última película de la productora?

—Ahora sí que tratas de subirme la moral —dijo él.

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¿Te importa ir a abrir? —le preguntó, lanzándole una mirada cómplice.

—No —dijo ella, intentando averiguar de qué se trataba—. ¿Sabes quién es?

—Es mi chófer, que me trae unos paquetes.

—¿Qué clase de paquetes?

—¿Por qué no vas a verlo tú misma?

Sintiendo una gran curiosidad, Gwen se levantó de su regazo y fue hacia la puerta. Al abrir, June dio un salto adelante.

—Oh, Cariño, ¿cómo has llegado aquí?

La perra dio otro salto y emitió un gemido que casi le rompió el corazón a Gwen.

—Buena chica. Esta es mi June. ¿Cómo ha llegado aquí? —le preguntó al chófer.

—Vino volando —dijo Luc, reuniéndose con ella.

—¿Volando? ¿Cuándo?

—Hoy. Teníamos que recoger a alguien en Minnesota y pensamos que Montana era un buen sitio donde hacer escala.

June meneó la cola con alegría y empezó a corretear por la casa.

—Te va a ensuciar el suelo —dijo Gwen.

—Por eso tengo una señora de la limpieza.

Sorprendida, ella sacudió la cabeza.

—No sé qué decir excepto gracias.

—A mí me basta con la expresión de tu cara.

Gwen sintió que su debilidad por Luc empeoraba por momentos.

Aquello no podía terminar bien, pero ella era incapaz de cortar por lo sano. En cambio, lo único que podía hacer era tratar de no pensar en el futuro y vivir el presente.

Dos días más tarde Gwen se vio obligada a salir del bungaló para buscar un vestido para la fiesta de San Valentín que tendría lugar en la mansión de los Hudson, un lugar legendario situado en las colinas de Beverly Hills. Tres años antes, justo después de perder el bebé, la habían invitado a una fiesta allí, pero ella no se había sentido con fuerzas como para exponerse al escrutinio público.

Peter se había puesto furioso con ella.

Pero las cosas habían cambiado mucho. Aquél era el hogar donde Luc había crecido y la velada parecía prometedora.

Después de mirar en varias tiendas, encontró el vestido perfecto. Quería estar espectacular para Luc, para que estuviera orgulloso de ella. Sin embargo, no quería detenerse a pensar lo que eso significaba.

Después de las compras decidió parar en una de sus cafeterías favoritas para tomar algo de comer. Se sentó en una mesa de un rincón y trató de pasar desapercibida con sus vaqueros y su coleta discreta.

Mientras disfrutaba de un plato de sopa y de una taza de té helado, hizo una llamada rápida para saber cómo estaban los

caballos y, al levantar la vista del móvil, vio acercarse a Peter Horrigan.

—No tengo nada más que hablar contigo —le dijo, incorporándose—. Por favor, déjame tranquila.

—Oh, Gwen, hay algo entre nosotros. Sólo quiero un minuto de tu tiempo. ¿No crees que me lo debes?

—No. No te debo nada.

Peter miró a un lado y al otro.

—Vamos, Gwen. Yo soy el que más sufrió cuando me dejaste. Si pudieras volver sólo para una película…

—Rotundamente no —dijo ella, furiosa—. Ya te dije que quería una nueva vida, y eso es lo que he buscado lejos de aquí.

—¿De verdad quieres que me crea que no vas a hacer nada para Hudson Pictures? —le preguntó, sacudiendo la cabeza—. Y tu nuevo prometido es el digno nieto de su abuelo. Apuesto a que no ha trabajado duro en toda su vida.

Gwen montó en cólera.

—No tienes ni idea de lo mucho que trabaja Luc. Pero tú no entiendes nada de eso.

—Me pregunto cuántas horas pasa contigo —dijo Peter.

Iracunda, Gwen le arrojó el té a la cara.

Peter la miró con un gesto de perplejidad.

Disgustada y avergonzada, dejó algo de dinero en la mesa, agarró la bolsa del vestido y el bolso y salió del café a toda prisa. Con manos temblorosas llamó el chófer mientras avanzaba por la acera.

—¿Se encuentra bien, señorita? —le preguntó el chófer, que no tardó ni un minuto en aparecer—. Parece que hubiera visto un fantasma.

Gwen se mordió los labios y forzó una sonrisa.

—Bueno, podría decirse así.

—En serio, podemos parar para que coma algo. Hay agua con gas y zumo en la parte de atrás, pero no hay comida.

Expuesta e incómoda, Gwen sacudió la cabeza.

—No, sólo lléveme de vuelta a la casa, por favor.

Luc llegó menos de una hora después y fue a su encuentro de inmediato. Ella estaba en el despacho, viendo a los caballos por el ordenador.

—¿Qué ha ocurrido?

Todavía molesta, Gwen guardó silencio un instante. El estómago le daba vueltas.

—No quería preocuparte.

—¿Qué sucedió?

El tono de voz de Luc no hizo sino ponerla más nerviosa.

—Peter se presentó en una cafetería donde estaba comiendo algo —le dijo, poniéndose en pie.

La expresión de Luc se volvió de acero.

—¿Y cómo sabía dónde estabas?

Ella sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Es como si tuviera un espía.

—¿Y qué quería?

—Trató de convencerme para que hiciera una película con él y cuando empezó a insultarte, perdí el control —le dijo, sintiendo la misma oleada de furia.

Luc reprimió un juramento.

—¿Y qué tiene contra mí?

—Dice que eres igual que tu abuelo, un «viva la vida». Me puse tan furiosa que le arrojé el té a la cara.

Luc parpadeó.

—¿Que hiciste qué?

—Lo sé —dijo ella, debatiéndose entre la vergüenza y la impotencia—. Fue un gesto impulsivo y absurdo, pero…

—¿Viste si había cámaras cerca?

En ese momento, el pánico se apoderó de Gwen.

—Oh, no —se cubrió la cara con las manos—. No vi a nadie, pero eso no significa nada. Estaba tan molesta que no creo que me hubiera dado cuenta —bajó las manos lentamente—. Lo siento —dijo, risiblemente afligida.

El se rió.

—No te preocupes. Podría haber sido peor.

Una inyección de alivio recorrió las entrañas de Gwen al sentir sus brazos alrededor.

—No sé qué pensar.

—Claro que podía haberlo sido. Te comportaste como una novia furiosa y protectora. Si no empiezas a tener más cuidado, podría llegar a creérmelo.

El catorce de febrero, Gwen se puso su nuevo vestido verde azulado con una abertura de infarto y entró en la sala de estar de la casa de Luc. El estaba hablando por el móvil, pero al verla entrar se quedó boquiabierto y la miró de arriba abajo.

—Tengo que irme. Hablamos luego —dijo, y colgó el teléfono—. Me he quedado sin palabras. Estás impresionante.

Gwen había recibido halagos de muchos hombres a lo largo de su vida, pero ninguno le había acelerado el corazón de esa manera.

—Gracias.

—Te he visto en fotos, y en las películas, pero hay algo en ti que es diferente. Pareces más real que nunca.

Gwen asintió.

—Así es. He ganado algunos kilos y no estoy dispuesta a sacrificarme más por la belleza. No me gusta fingir.

El deslizó un dedo por su hombro de terciopelo y le bajó el tirante del vestido.

—Es una pena que tengamos que salir esta noche. Preferiría quedarme aquí contigo —le dijo, rodeándole la cintura con el brazo.

—Pero la llamada del deber y la familia también forman parte de ti. Tienes que contestar a esas llamadas.

—No te importa.

—¿Cómo podría importarme? Cuando recibiste la llamada en que te avisaron de lo de Nicki, le ocupaste de ella de inmediato.

—Tengo que decirte que mi primera reacción cuando respondí al teléfono fue una inmensa rabia. Pero cuando la vi, me di cuenta de que no era más que una niña asustada.

—Y tenías que ayudarla —dijo ella—. Tú, que siempre salvas damiselas en apuros.

—Eso es una tontería.

—Yo creo que no. Y no sólo damiselas, sino también caballos.

—Bueno, ya es suficiente —dijo él con un gruñido de broma—. Cuanto antes salgamos, antes volveremos y antes le tendré toda para mí.

Subieron a la limusina que los esperaba fuera y se dirigieron a la mansión de los Hudson.

—No sé si has estado alguna vez —le dijo a Gwen durante el camino.

—Una vez me invitaron a un evento allí, pero no pude asistir.

—¿En serio? —exclamó él, frotándose la barbilla—. Mi abuelo construyó Hudson Manor para mi abuela.

La mansión de piedra y hierro había sido erigida sobre varias hectáreas de tierra que se elevaban sobre Loma Vista Drive, en Beverly Hills.

—Una demostración de amor muy bonita.

—Mi abuelo lo hacía todo a lo grande.

—Lo echas de menos.

—Sí. El era un fuera de serie. Pero si me concentro mucho, todavía puedo oírlo reír y oler el aroma de sus puros.

—Eres muy afortunado de tener una familia como la tuya.

—Y tú echas de menos no haberla tenido.

Gwen sintió un nudo en el estómago.

—Sí. ¿Quién estará en la fiesta?

El se rió.

—Es más fácil decirte quien no estará allí.

—De acuerdo, ¿entonces quién no estará?

—Mi tío David. Está en Europa dirigiendo una película independiente. No para mucho por aquí.

—¿Y por qué no?

Luc se encogió de hombros.

—Su esposa murió hace mucho tiempo y él mandó a su hijo Jack a vivir con mis abuelos. Está desconectado del resto del mundo, y parece que no quiere que sea de otro modo.

Gwen sacudió la cabeza.

—Qué pena.

—Sí, lo es. Pero creo que podrás conocer a la mayoría de la gente.

—En realidad, ya conozco a Max, a Devlin y a tu padre.

—¿Y cómo los conociste a ellos y no me conociste a mí?

—Fue en algún evento de promoción. En cuanto Peter me vio hablando con miembros de tu familia, me apartó de ellos de inmediato. Era muy controlador.

—Eso me sorprende. A mí me parece que no necesitas que nadie te controle.

—Ahora —dijo ella, recordando aquellos días en los que se sentía insegura y dispuesta a sacrificarlo todo por Peter—. Me llevó

un tiempo confiar en mí misma.

—Y ahora eres una supermujer. Rescatas caballos y arrojas tazas de té helado a la cara de los villanos.

Ella esbozó una sonrisa escéptica.

—Sólo fue una taza de té. Y no se volverá a repetir.

La limusina paró delante de la puerta principal, que estaba iluminada por miles de luces.

—Oh, vaya.

—Mi abuela dijo algo parecido cuando mi abuelo le enseñó el edificio por primera vez. Pasaron años amueblándola. Siempre me he preguntado cómo lograron que un lugar tan enorme tuviera un sabor hogareño y acogedor.

—Estoy deseando que me enseñes la casa —dijo ella y le dio un beso en la mejilla.

—Será un placer.

Una mujer con el pelo encanecido los recibió en la puerta.

—Hannah —dijo Luc al ver al ama de llaves de los Hudson, que llevaba toda la vida con ellos. Le dio un abrazo—. ¿Cómo es que te has quedado en el turno de tarde?

—Lo pedí —respondió ella—. Sabía que todo el mundo vendría esta noche, y quería veros a todos —miró a Gwen de arriba abajo—. ¿Y quién es esta preciosa señorita que te acompaña?

—Gwen McCord. Es mi prometida.

Hannah abrió mucho los ojos.

—¿En serio? Pensaba que iba a pasar mucho tiempo antes de que sentaras la cabeza.

—Ella ha cambiado mi vida —dijo él, mirando a Gwen y sintiendo algo más que un mero juego.

—Bueno, entonces —dijo Hannah—, debe de ser usted mucha mujer, señorita McCord.

—Eso espero —respondió Gwen de broma y le extendió la mano —. Encantada de conocerla.

—Su nombre me suena —dijo Hannah, frunciendo el ceño.

—Es posible —dijo Gwen—. Yo hice algunas películas, pero ahora estoy fuera del negocio.

—Mm —dijo Hannah, volviéndose hacia Luc—. Me alegro de verte con alguien más de tu edad, hijo.

—Te he oído —dijo Luc y condujo a Gwen adentro.

Para él los suelos de mármol y el empapelado pintado a mano de las paredes de la casa de su familia eran algo cotidiano; no así para Gwen, que miraba a su alrededor con gesto de perplejidad.

—Oh, Dios mío —dijo ella, mirando a todos sitios—. ¿Aquí vive gente?

Luc asintió.

—Mi abuela vive en el primer piso. Mi padre y mi madre viven en el segundo, en el ala izquierda, y Dev también, en el ala derecha. Bella se fue a vivir a la casa de huéspedes hace algunos años.

—Debiste de sentir que te habías ido de camping cuando llegaste a mi pequeña casa de campo —dijo Gwen.

—No, a no ser por la decoración rosa de la habitación de invitados —respondió, mirándola de reojo.

—Quería hacer que te fueras —dijo Gwen, confesando.

—Hace falta algo más que unas cortinas rosa y un montón de accesorios de pelo para hacerme echar a correr.

—Me sorprendes —dijo ella—. Siempre lo haces.

Luc observó fijamente la expresión de sus ojos, sincera y vulnerable. ¿Cómo podría hacer que se quedara a su lado una vez terminara aquel mes?

Capítulo 12

—Luc, Cariño. Hace siglos que no nos vemos —dijo una hermosa mujer de edad madura—. Y he oído que tu abuela va a anunciar algo en unos minutos.

Luc le dio un beso en la mejilla.

—Hola, mamá. Me gustaría que conocieras a Gwen McCord.

La mujer le estrechó la mano.

—Encantadora. Soy Sabrina. Un placer conocerte, Gwen —tomó la mano izquierda de Gwen y examinó el anillo de compromiso—. Un gusto excelente. Ojalá fuera verdad.

—El diamante lo es —dijo Luc.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Es un placer conocerla, Sabrina —dijo Gwen—. Tiene una casa preciosa.

Sabrina miró a su alrededor y sonrió.

—Charles estaba loco por Lillian y todo lo hizo por ella. La amó hasta el día en que murió.

Varios hombres se acercaron a Sabrina.

—Tengo una familia curiosa —dijo Luc en un susurro—. Mi padre y mis hermanos.

—Gwen McCord —dijo un hombre alto y distinguido, ofreciéndole la mano—. Puede que no me recuerde, pero nos hemos visto antes.

Gwen enseguida se dio cuenta del parecido familiar.

—Claro que me acuerdo, señor Hudson —dijo, estrechándole la mano—. Nos conocimos en una gala benéfica de la Cruz Roja. Allí también conocí a Devlin y a Max.

—Buena memoria —intervino Devlin, el hermano mayor de Luc —. Pero no le des nada de beber mientras yo esté cerca. No quiero terminar empapado.

Gwen hizo una mueca.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Gwen.

—Está en Internet —dijo Devlin—. Tengo que volver con mi cita antes de que empiece a gritar.

—¿Y quién es la desafortunada? —preguntó Luc. Devlin le lanzó una mirada fulminante. —Valerie Shelton. Sé bueno con ella —dijo y se marchó.

—¡Vaya! —exclamó Luc.

—Están saliendo —dijo su madre con un suspiro—. Ella es muy tímida y muy dulce. Parece tan vulnerable… No sé cuánto durará. Devlin tiene una personalidad muy fuerte. No creo que ella sea capaz de…

Su esposo se aclaró la garganta.

—Los dos son adultos —le recordó.

—Cierto, y me gustaría tanto tener nietos…

—Hay algunos pasos que hay seguir antes de llegar a eso —dijo el señor Hudson.

Otro hermano Hudson, alto y de pelo oscuro, le tendió la mano.

—Hola, soy Max. Soy el productor de *Sala de espera*. Te agradezco… —se detuvo un instante—. Que hayas accedido a ayudar a tu hermana.

Gwen sintió un nudo en el estómago. Aunque delicada y sutil, su alusión al compromiso falso le recordaba que, al fin y al cabo, aquello no era más que negocios para los Hudson.

Decidida a ignorar el comentario, sonrió y guardó silencio.

—Me alegro de verlos de nuevo —dijo finalmente.

—Me sorprende que te acuerdes. Acababas de ser nominada a los Oscar y esa noche estabas muy ocupada. Por cierto, me encanta tu trabajo. Si estás interesada en hacer algo con Hudson Pictures, llámame.

—Gracias, pero estoy muy ocupada en Montana. Yo también admiro mucho tu trabajo. Tu último thriller fue fabuloso.

Luc le pasó el brazo alrededor de la cintura.

—Deberíamos entrar. No podemos dejar esperando a la abuela cuando tiene algo que anunciar. Me pica la curiosidad.

Luc condujo a Gwen al interior de un enorme salón lleno de mujeres de gala y hombres con traje y pajarita. Lillian Colbert Hudson estaba de pie en el centro de la estancia. Como si de una anciana reina se tratara, la matriarca de los Hudson conservaba su majestuoso garbo a pesar de la edad. Su cabello, de un color rojo intenso, hacía contraste con su rutilante vestido.

—Es realmente increíble —dijo Gwen—. He visto muchas fotos de ella y también he visto algunas de sus películas, pero nunca la había visto en persona.

Luc asintió.

—Cada día está un poco más débil, pero todavía tiene mucha guerra que dar. No se le escapa una.

El padre de Luc dio unos golpecitos en un vaso de cristal con una cuchara de plata y se hizo el silencio en el enorme salón. Lillian le sonrió.

—Gracias, Cariño —se volvió hacia la multitud de imitados—. Feliz día de San Valentín —dijo, sonriendo con efusividad.

Se oyeron unas cuantas risas entre los presentes.

—Como bien sabéis, la otra mitad de mi corazón, el amor de mi vida, fue Charles Hudson. Nos conocimos durante la Segunda Guerra Mundial en Francia. El era un americano apuesto y yo no era más que una cantante de cabaret que trabajaba en un local de espectáculos. Ambos luchábamos contra los alemanes, pero no nos enteramos de qué hacía el otro hasta que Charles resultó herido y yo lo escondí en mi diminuto apartamento.

—Nos casamos en secreto —dijo la señora, sonriendo—. No fue nada del otro mundo, y ésa es una de las razones por las que disfruto mucho con todas vuestras bodas. Cuando Francia quedó libre, Charles fue destinado a Alemania. Me prometió que iría a buscarme. Yo lo habría esperado para siempre, pero, gracias a Dios, no fue necesario. El me trajo a América y me convirtió en la mujer más feliz del mundo. Os deseo que encontréis esa clase de amor algún día. Su sueño siempre fue inmortalizar nuestra historia de amor en una película y éste es el momento idóneo para un proyecto como ése. Este año se celebran los sesenta años de Hudson Pictures —Lillian hizo una pausa para darle más dramatismo al discurso—. Tengo el placer de anunciarles que nuestra historia será llevada a la gran pantalla en una película titulada *Honor*. Gracias a todos por vuestra contribución a este proyecto que está tan cerca de mi corazón y que honrará la memoria de mi querido Charles.

Gwen sintió lágrimas en los ojos al ver la expresión de Lillian, llena de amor.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Luc, interceptando una lágrima que corría por su mejilla con la punta del dedo.

—Qué amor más auténtico deben de haber compartido —dijo ella.

El asintió.

—Encontraron a la persona adecuada en medio de las

circunstancias más adversas, pero no se rindieron —Luc entrelazó su mano con la de ella.

—¿Te gustaría conocerla?

Gwen asintió.

—Claro.

Abriéndose paso entre la multitud, Luc le hizo señas a su abuela. Ella sonrió y fue a su encuentro.

—Me alegro de verte, cielo —dijo—. Últimamente no nos vemos mucho. Y ahora preséntame a Gwen.

Sorprendida de que Lillian supiera quién era ella, Gwen reprimió un suspiro.

—A ti no se te escapa nada —dijo Luc, riendo a carcajadas y dándole un abrazo a su abuela—. Abuela, ésta es Gwen McCord. Gwen, Lillian Hudson.

Lillian tomó la mano de Gwen y la miró a los ojos.

—Tienes un buen corazón. Puedo verlo. Y también he visto una de tus películas. Estabas fabulosa.

—Gracias, señora Hudson. Es un honor conocerla.

Lillian miró el diamante que llevaba en el dedo.

—Mi nieto y tú estáis muy unidos.

Gwen miró a Luc de reojo y asintió.

—Es un poco complicado.

Lillian asintió.

—Las mejores cosas empiezan de esa manera y hablo desde la experiencia. Espero verte pronto —dijo antes de que otro imitado reclamara su atención.

—Gracias —dijo Gwen, sabiendo que nunca olvidaría a aquella anciana encantadora.

—De nada —le dijo Luc—. ¿Quieres algo de beber?

—Quisiera agua con gas.

—¿Nada de vino aunque no estés de servicio esta noche?

—Mira lo que pasó con el té —dijo ella.

—¿Estarás bien si te dejo sola un momento?

—Sí, muy bien. Así tendré ocasión de admirar esta decoración tan maravillosa.

Luc se dirigió al bar, saludando por el camino a familiares y amigos. Se puso una copa de vino tinto para él y sirvió un agua con gas y lima para Gwen.

—Ya veo que has traído a tu nueva prometida —comentó su primo Jack mientras pedía una copa de Patrón.

—Sí, así es —dijo Luc, mirando al otro lado de la habitación y buscándola con la vista. Mientras esperaba, ella se entretenía contemplando una colección de huevos de Fabergé—. Es más hermosa en persona que en la pantalla.

Jack asintió y bebió un trago de su bebida.

—Tu compromiso es de lo más creíble. Parece que los dos estáis muy unidos. Creo que casi todos los hombres de esta habitación querrían estar en tu lugar.

Luc sacudió la cabeza.

—Yo pensaba que ella era como todas las otras actrices que había conocido. Egoísta, ambiciosa y superficial, pero en cuanto la vi, me di cuenta de que era distinta.

—Quieres decir «distinta en el buen sentido».

—En la mayoría de las cosas —dijo Luc, pensando que Gwen era tan testaruda como él mismo—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Vas a trabajar en el nuevo proyecto?

—La abuela me ha pedido que busque a un guionista de inmediato. Ella preferiría a Cheryl Cassidy.

—Es buena.

—Sí, lo es. El único problema es que no me habla.

—¿Y por qué no? —preguntó Luc, sorprendido.

—Tuvimos una aventura.

—Y supongo que no os habláis después de la ruptura.

—No terminamos muy bien que digamos.

Luc le dio una palmadita en la espalda a su primo.

—Buena suerte.

—Gracias.

En ese momento Bella se metió entre ellos.

—Champán —le dijo al camarero—. ¿No es emocionante? Todo el mundo debería estar bebiendo champán y brindando. Quiero estar en esta película.

—Tú y cientos de actrices —dijo Max desde detrás de Luc—. Ponte a la cola.

Bella frunció el ceño.

—Gracias por tu apoyo.

—Sólo digo las cosas tal y como son —dijo Max, mirando a Luc

y a Jack—. ¿Tengo razón o no?

—Desafortunadamente, sí —dijo Jack.

—Pero tienes que intentarlo de todos modos —dijo Luc.

—Pero soy una Hudson, y los Hudson son el doble de exigentes con los suyos que con el resto de la gente —afirmó con un golpe de melena—. Pero no hay problema. Estoy dispuesta a trabajar el doble de duro —dio media vuelta y se marchó.

Luc miró a su hermano y a su primo.

—Que carácter.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo Max con una carcajada.

—Os dejaré a los dos aquí en el bar. Una mujer preciosa me espera al otro lado de la habitación.

Max sacudió la cabeza.

—Todavía me sorprende que estés colado por ella. No es tu tipo en absoluto.

—Y eso forma parte del juego —dijo Luc, que no quería dar más explicaciones.

Después de la fiesta de San Valentín, Gwen quedó atrapada en medio de una batalla de sentimientos contradictorios.

Se escribía correos electrónicos con Nicki cada día, sacaba a pasear a June mientras Luc trabajaba y, por las noches, disfrutaba de su compañía.

Un día tuvieron que asistir a un evento promocional para *Sala de espera* y los periodistas la interrogaron acerca del incidente con Peter.

—Simplemente, trataba de defender mi honor —les había dicho Luc.

El reportero se rió y Gwen aprovechó el momento para cambiar de tema y promocionar la película.

Esa misma noche, un poco más tarde, Luc le hizo el amor con verdadera devoción y ella se acurrucó a su lado pensando que aquello era… el paraíso.

Un paraíso en la Tierra.

Siempre que estaba en sus brazos se sentía en casa. Luc era su hogar, su amor… Se había enamorado de él y ya no había marcha atrás.

Al darse cuenta, Gwen sintió un escalofrío que le recorrió el

alma.

A la mañana siguiente se despertó sintiendo sus besos en el cuello.

—Me haces cosquillas —le dijo, sonriendo.

Pero Luc deslizó una mano hasta sus pechos y empezó a juguetear con sus pezones.

—¿Tienes cosquillas? —le preguntó en un tono sugerente.

—Sí.

En cuestión de segundos él comenzó a acariciarla en su lugar más íntimo, desatando su deseo antes de hacerla suya en un delirio de pasión.

—Te quiero… —le dijo después.

El corazón de Gwen se detuvo un instante.

—Tener siempre en mi cama —dijo Luc, terminando la frase.

Ella respiró hondo y trató de aclarar la mente.

—No quiero que te vayas —le susurró él con una voz seductora que reverberó en cada célula de su ser.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Tengo que proponerte un desafío y creo que he encontrado uno. Hudson Pictures va a producir una película sobre una mártir misionera. Es el papel perfecto para el regreso de Gwen McCord.

Gwen, que todavía estaba sumergida en una nebulosa de placer, abrió los ojos y trató de concentrarse.

—¿El papel perfecto para el regreso?

—Sí —dijo, haciéndola volverse hacia él—. Se filmará en California y así podríamos estar juntos.

Gwen arrugó el entrecejo y sacudió la cabeza.

—Pero yo no quiero volver. Me gusta lo que hago en Montana. Me resulta gratificante.

—Pero puedes seguir yendo a Montana —le dijo él, deslizando un dedo por su mejilla—. Piensa en ello. Pero recuerda que así tendríamos una oportunidad de seguir estando juntos —le dio un beso sutil en los labios—. Nunca tengo suficiente cuando se trata de ti. Maldita sea, ojalá no tuviera que irme a trabajar ahora —dijo, levantándose de la cama.

Se dio una ducha rápida, se vistió y le robó otro beso antes de marcharse.

Volviendo a la realidad, Gwen se incorporó sobre la cama y se

tapó hasta la barbilla con las sábanas. La posibilidad de hacer otra película no la entusiasmaba en absoluto, y con sólo pensar en ello se le ponía la carne de gallina.

Por más que lo intentaba no entendía por qué Luc le había sugerido tal cosa. ¿Acaso no había entendido que ella no tenía interés en regresar al cine?

O quizá no fuera más que manipulación. A lo mejor él sólo la había seducido para que aceptara un papel en Hudson Pictures…

Ese pensamiento la atravesó por dentro como el filo de una navaja. No podía creerlo, pero la duda ya estaba sembrada.

Se levantó de la cama, se dio una ducha y fue a ver a los caballos en el portátil de Luc.

Mientras los observaba se dio cuenta de lo mucho que echaba de menos Montana; el lugar donde ella pertenecía.

Tenía que volver. No sabía lo que pasaría entre Luc y ella, pero el compromiso falso había terminado después de la fiesta de San Valentín.

En realidad, podía haberse marchado justo después, pero se había dejado entretener por él.

Mientras hacía la maleta, llamó a Luc, pero saltó el contestador y, como no quería dejar ningún mensaje, volvió a intentarlo varias veces, en vano.

Finalmente llamó a su asistente, pero esa llamada también fue transferida al contestador de voz.

Confusa, pero decidida, Gwen escribió una nota y llamó un taxi. Se quitó el anillo de compromiso, lo puso sobre la cómoda y salió de la casa rumbo al aeropuerto.

Después de un día de crisis tumultuosa, Luc llegó a casa. Eran más de las siete. Un actor había sido arrestado por maltratar a su mujer, con la que llevaba casado tres años.

Mucha gente pensaba que Luc obraba milagros, pero había cosas que él no podía ni quería arreglar.

Su asistente y él se habían pasado todo el día al teléfono, tratando de buscarle un hogar seguro a la esposa y a sus hijos.

En días como ése, se habría ido a Montana encantado. Gwen no habría tenido que pedírselo dos veces.

Al entrar en la casa, se encontró con un inesperado silencio.

—¿Gwen? ¿Dónde estás?

Fue a su despacho y miró el ordenador. Estaba apagado. Frunciendo el ceño, comprobó las otras habitaciones y finalmente entró en el dormitorio. Había un anillo sobre la cómoda, y también una nota.

Al verla, un nudo de terror le atenazó el estómago.

Querido Luc, tenía que irme a casa. Estaba olvidando quién soy y quién quiero ser. Aunque estar contigo ha sido una experiencia maravillosa, no quiero volver a mi vida de antes. Siempre te estaré agradecida por cómo ayudaste a mi hermana. Te mereces todo lo mejor.

Siempre tuya,

Gwen

Se había ido; así, sin más, sin llamarlo, sin darle la oportunidad de hablar con ella…

El anillo estaba frío como un témpano de hielo.

Volvió a colocarlo sobre la cómoda y se derrumbó sobre la cama. Se había acostumbrado a tenerla en su cama… y en su vida.

Epílogo

Tres días más tarde, Gwen terminó de limpiar los establos y, antes de irse, se detuvo frente a la cuadra de Pyrrha.

Una parte de ella había sentido un gran alivio al volver a casa.

Ella y june habían retozado un rato sobre la nieve fresca nada más llegar, y después había ido a ver a sus adorados caballos.

El olor a heno fresco, la sensación de paz…

Sin embargo, Luc no se iba de sus pensamientos. La añoranza que sentía cada vez que se levantaba por la mañana o se acostaba por la noche la estaba volviendo loca. Pero había decidido ignorar sus llamadas, y así lo había hecho, en repetidas ocasiones.

Se decía a sí misma que él representaba todo lo que quería dejar atrás; la falsedad de Hollywood, el ajetreo, la superficialidad… Pero sabía que eso no era cierto. Luc era mucho más que eso. El hacía lo que hacía por su familia y por el legado de sus abuelos. Todos dependían de él para salir de apuros mediáticos y él siempre estaba ahí para ellos.

Y también para su hermana, a la que había ayudado incondicionalmente. Nicki ya se encontraba mucho mejor y estaba a punto de dejar la clínica. Por fin había madurado y estaba dispuesta a buscar la felicidad lejos de la bebida. Estaba lista para cuidar de sí misma, y todo era gracias a Luc.

Un anhelo inconsolable le adormecía los sentidos y cada día se hacía más difícil olvidarlo.

Además, para colmo de males, tenía un retraso importante; un retraso que ya empezaba a ser preocupante.

Cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera borrar esa posibilidad.

Era inútil…

La yegua fue hacia ella y asintió con la cabeza.

—Ya estás mucho mejor, ¿verdad? —le dijo Gwen en un susurro.

De pronto oyó pasos a su espalda y, al mirar atrás, creyó ver un espejismo.

Pero no…

Era Luc.

—Seguro que pensaste que te librarías de mí. ¿Cómo pudiste escabullirte así? —le preguntó, yendo hacia ella con paso firme y

provocador.

—No me escabullí —le dijo Gwen, tragando con dificultad.

El arqueó una ceja.

—¿Ah, no?

—No. No lo hice. Te llamé varias veces, pero no contestaste.

—Porque me estaba ocupando de un asunto muy feo.

—Oh. También llamé a tu asistente, pero…

—Estaba conmigo.

Gwen respiró hondo y trató de despejar los nubarrones que se cernían sobre ella. Una bola de emociones le obstruía la garganta.

—¿Por qué te fuiste?

Ella se mordió los labios.

—Cuando me dijiste lo de ese papel, me entró el pánico. Me acordé de Peter, obligándome a aceptar un papel por el bien del negocio. Sé que tú no intentabas nada parecido, pero… No pude evitar volver al pasado y me di cuenta de que necesitaba regresar a casa desesperadamente. Mi hogar está aquí.

Luc asintió con la cabeza.

—¿Tienes sitio para alguien más?

El corazón de Gwen revoloteó como mil mariposas.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir… —le dijo él, acercándose—. ¿Tienes sitio para mí en tu casa?

Gwen pensó que iba a desmayarse, pero apretó las rodillas y respiró profundamente.

—Sí.

—¿Por qué? —le preguntó él, poniendo la mano sobre su mejilla —. ¿Por qué tienes sitio para mí?

—Porque te amo —dijo ella sin vacilar.

—Me encanta saberlo —dijo Luc, estrechándola entre sus brazos —. ¿Considerarías la posibilidad de compartir dos residencias?

—¿Y tengo que hacer películas?

—Nunca jamás.

—Entonces, sí —dijo Gwen, preguntándose si estaba soñando—. No puedo creerme que vinieras a buscarme.

—Y yo no puedo creer que creyeras que iba a hacer otra cosa. Tú y yo tenemos algo especial. Ya conoces la historia de mi familia. Cuando conocemos a esa persona especial, nada se interpone en

nuestro camino.

Ella cerró los ojos y saboreó ese momento inmortal.

—No sé qué decir.

—Di que te casarás conmigo —dijo él, frotando su mejilla contra la de ella. Los ojos de Gwen brillaron.

—¿Lo dices en serio?

—No podría decirlo más en serio —se puso de rodillas—. Gwen McCord, te quiero con todo mi corazón. ¿Quieres casarte conmigo y ser mi esposa?

—Oh, Luc —dijo ella, sintiendo el picor de las lágrimas en los ojos.

—Di que sí.

Ella respiró hondo una vez más.

—Creo que debo decirte algo. Tal vez esté embarazada.

Boquiabierto, Luc se puso en pie de inmediato.

—¿Embarazada? ¿Estás segura?

—Creo que sí. Tengo un retraso y he tenido algunos síntomas desde que estaba en California, pero todavía no me he hecho la prueba.

El la miró, asombrado.

—Nada podría hacerme más feliz que tener un hijo contigo. Bueno, una cosa sí. Pasar el resto de mis días contigo.

—Oh, Luc. Te quiero tanto… No sabía lo que era el amor verdadero hasta que te conocí.

—Por fin he llegado a casa. Me he pasado toda la vida buscándote, pero no lo supe hasta que te encontré.

Gwen lo rodeó con los brazos y se apoyó en su pecho.

—Entonces, bienvenido al resto de nuestras vidas, mi amor.

Fin